# La tigresa /*Una extraña historia de amor*

## Uno

De qué vivía, nadie lo sabía con certeza. Y era este uno de los requisitos fundamentales para ser tomado en serio en cualquier círculo ilustre de París. Sin embargo, el detalle de que a Fec nunca se lo hubiese visto apostando, ni en clara compañía de una mujer (situaciones que, al fin y al cabo, revelaban indicios de ingresos ocasionales), tenía la consecuencia poco favorable de que nadie, por lo general, lo tomaba en serio. La gente lo suponía un idealista tardío que oscilaba entre Fourier y Bakunin, y que de sus tantas misiones insondables obtenía algún que otro escaso beneficio, o bien un torpe diletante que trabajaba en secreto en una obra revolucionaria, o incluso un pequeño especialista cuya competencia se manifestaría algún día. Algunos también lo tomaban por un humilde trabajador, pero, para la mayoría, no era más que un imbécil.

Por eso, enorme y generalizado fue el asombro cuando de pronto se vio a Fec acompañado de la hermosa Bichette, que le profesaba—las señales eran inequívocas—salvaje privanza. Y unos días más tarde ya no cabía duda de ello, lo increíble había ocurrido: Bichette había encontrado a su amo, Bichette, la Tigresa, estaba amansada.

Este apodo no se le había puesto solo porque, a grandes rasgos, encajaba con ella, sino porque de verdad le estaba absolutamente justificado: era libertina, cruel, pérfida, a menudo soez y estaba poseída por una imperiosa propensión al vagabundeo. Tenía el pelo de un rojo cobrizo, unos ojos negros delimitados por un blanco azulado y poseía por naturaleza, al menos en parte, aquellos vivos colores que la parisina ordinaria conseguía solo con artificios. En cada estación del año llevaba una blusa con una falda, rara vez un pañuelo en el pecho y nunca un sombrero. Su voz, aunque fundamentalmente ronca, no dejaba de ser penetrante y de una extraña sensualidad. Solo hablaba en argot, al cual dotaba de un gran número de neologismos de lo más extraños. Tres hombres habían ido a la cárcel por ella, dos se habían pegado un tiro y el incontable resto de sus amantes (de los cuales se había librado tras pocas noches de relación, sin inmutarse siquiera por sus súplicas ni amenazas), todos ellos, sin excepción, estaban dispuestos a lo que fuese para volver con ella. Era odiada entre sus colegas porque nunca cobraba. Los hombres la instaban a aceptar regalos caros o sencillamente cualquier cosa que tuvieran. Su orgullo no conocía límites, su sarcasmo era atroz, y si alguien intentaba desafiarla con una sonrisa apenas perceptible, se peleaba con quienquiera que fuera, con una destreza que la hacía sumamente peligrosa. Aquello que a casi toda mujer le sucede al menos una vez en la vida, depender, aunque sea por poco tiempo, de un hombre, era para Bichette algo del todo impensable.

Por eso, no sorprendió a nadie que la curiosidad en los cafés de Montmartre se manifestase con la más violenta excitación. Todos querían conocer la base de aquella relación. Las más intrépidas hipótesis circulaban de una mesa a otra. Todas fueron rápidamente desechadas por demasiado primitivas o vulgares, en particular viendo a Fec, que de repente, a ojos de todos, se había convertido en una personalidad sumamente notoria, de la que no solo todo, sino quizá también un final insospechado podía esperarse.

La posibilidad de que Fec cumpliera con estas expectativas estaba presente sin lugar a dudas. No obstante, de una manera completamente infundada: pues la capitulación de Bichette se había efectuado de la manera más simple y ordinaria.

### \*\*\*

Esto había pasado en León, una pequeña *brasserie* del Boulevard de Clichy, frecuentada sobre todo por prostitutas, proxenetas y mozalbetes de la misma ralea.

Bichette, que había aparecido hacia las cuatro de la madrugada en compañía de un japonés que excedía con creces las dimensiones físicas tradicionales de su raza, se tomó en la barra, uno tras otro, cuatro vasos de vino blanco y acto seguido se dejó caer aburrida en un banco.

El japonés se sentó sumiso a su lado y acarició servilmente su pequeña y robusta mano.

Ella le arrebató la mano y le propinó un golpe en la cabeza que prácticamente lo dejó en el suelo.

Se quedó sentado apático y en silencio al lado de ella, que, inmóvil, lo miraba fijamente.

Fec, que había observado todo esto, le hizo al japonés, más por aburrimiento que por escarnio, señas para que se le acercara.

Este se levantó de inmediato, encantado de poder escaparse de su poco halagadora situación.

En el momento en que el enorme cuerpo se movió hacia su mesa, a Fec se le ocurrió que había ofendido a Bichette, y como conocía su carácter pendenciero, tenía curiosidad por lo que pasaría a continuación. Mientras le hacía al japonés preguntas irrelevantes, no despegaba los ojos de Bichette.

Entonces ella, pocos minutos después, se levantó lentamente y se fue acercando, poco a poco y con un movimiento abandonado de caderas, a la mesa de Fec.

El japonés dejó súbitamente de hablar y esquivó la mirada hacia sus manos sucias.

Fec, un tanto nervioso, empezó a cantar a media voz: «*J’ai une femme qui aime les animaux, ça c’est rigolo, ça c’est rigolo.*..».

Bichette lo agarró fuerte de los pelos y le tiró la cabeza brutalmente hacia atrás, y mirándolo a los ojos enfurecida, le dijo entre dientes:

—Parece que no sabes quién soy… ¿Y tú, se puede saber quién eres? ¿Eh?

Puesto que Fec, con el cuero cabelludo intensamente dolorido, no contestó, Bichette le gritó al japonés:

—¿De qué conoces tú a este *schnock*?

El japonés calló, abochornado, descubriendo los dientes amarillos entre sus finos labios.

Bichette, desconcertada ante la inmovilidad de Fec, decidió soltarle la cabeza.

—*¡Schlingue!*… Y tú, amarillito estúpido, te puedes quedar ahí donde estás—. Acto seguido, rotando los hombros abandonó lentamente el local.

El japonés quiso seguirla.

Fec, sin embargo, lo detuvo a la vez que, sin ninguna concreta intención y solo cediendo ante un comprensible acceso de cólera, le informó que todo aquel que se mostraba a menudo con Bichette, no tardaba en tener algo que ver con la policía…

### \*\*\*

La noche siguiente Fec estaba sentado a la misma mesa. Hacia las cuatro de la madrugada apareció Bichette. Sola.

Tras un cuarto de hora le hizo señas a Fec, que, dudoso ante las intenciones de ella, dejó transcurrir algunos segundos.

Luego volvió a fijarse en Bichette. Y notó alrededor de su boca aquella marca que se le hace a todas las mujeres cuando desean a un hombre. Fue decisivo. Se levantó con las manos en los bolsillos del pantalón, caminó en puntas de pie entre las mesas y se sentó a la minuciosamente escogida mesa de Bichette, sin siquiera mirarla.

Bichette fumaba, y con los mofletes inflados, miró las uñas de Fec y le dijo en un tono cortante:

—¡Conmigo no se mete nadie! ¡Grábatelo en el coco!

Fec, sin inmutarse, le gruñó:

—Ni siquiera se me ha pasado por la cabeza.

Bichette hizo un gesto sarcástico con los labios. Luego sonrió con la respiración.

—Tampoco es que tengas pinta de haber hecho mucho la *gouape*. Con esas manitos de piojo…

Fec sonrió ligeramente:

—Si quieres venir conmigo, bien. Si no, dímelo y me voy.

Bichette lo examinó de una manera breve pero concisa, y se sorprendió al ver que, efectivamente, estaba hablando en serio. Entonces titubeó aún más. Su orgullo nació ante la idea de una posible humillación. Pero después este dio un giro: ahora su orgullo le exigía deshacerse de esta dura masculinidad que había exhibido con cada predecesor.

—¿*Eh ben*?—preguntó Fec acomodándose la gorra.

—¡Quédate!

### \*\*\*

En el camino Fec tomó el bolso de Bichette.

—¿Plata?

—Sí.

—Bonita pieza. Fec lo pesó con la palma la mano.—¿No tienes miedo de que…?

—¿Taf?—Bichette parpadeó.—¡Ni hablar! Además… a mí no me *demanga* nadie.

Fec se esforzó por no reír. Pero eso le obligó a adoptar un aire distante.

—Ah, pero hay personas frente a las que toda opinión es incorrecta. La mayor parte de las veces uno las toma por ingenuas.

Bichette guardó un largo silencio. Finalmente dijo con una voz lánguida:

—Pues a veces lo son.

Fec se aclaró la garganta y lanzó, a sabiendas de que con ello la enfadaría:

—Apuesto que a ti te encantan los tipos delicados, como los llaman.

Bichette apretó los labios con odio.

—Pues no—dijo.

—Aaah… Es que esos tipos a los que llaman delicados te resultan tremendamente aburridos.

—Como todos.

—¿También las personas refinadas?

—¿Esas? Me hacen vomitar.

—¡Estupendo!—Fec se acomodó el fular—Entonces te gustan… los animales.

Bichette encogió los hombros con desprecio

—*¡Schnock*!

—¡Lo decía por decir, nada más!—dijo Fec tranquilamente.

Bichette escupió.

### \*\*\*

Bichette habitaba una pequeña y ahumada habitación del cuarto piso del sucio Aëro-Hotel de la rue Puget.

Se desnudó de inmediato. Y con una velocidad digna de elogios.

Fec tenía aún puestos los pantalones cuando Bichette ya estaba totalmente desnuda sobre la cama.

Examinó instintivamente su cuerpo.

Apartando la cara, preguntó Bichette en voz baja:

—¿Soy guapa?

—Sí—Fec, sin prisa, se fue quitando la ropa.

Cuando se sentó en el borde de la cama, Bichette se colocó entre sus muslos y abrió la boca en redondo.

Y así, él la tomó en brazos despacio pero con firmeza…

A las ocho de la mañana aún no habían dormido ni vuelto a pronunciar palabra.

A las nueve, le dijo Bichette con voz temblorosa:

—Ahora déjame.

Fec se preparó para abandonar la cama.

—Puedes dormir aquí, si quieres.

Sin decir nada, Fec se acostó a un lado y se durmió.

### \*\*\*

Durante los días que siguieron, permanecieron juntos sin interrupción. Incluso por las noches.

No hablaron casi nada más. Solo de vez en cuando, Bichette acariciaba la mano de Fec. O jugaba con su cabello. O con su gorra.

En el quinto día, sin embargo, sobre las nueve la mañana, a ella le sobrevino un llanto convulsivo.

## Dos

La cosa, pues, no era tan simple, ni mucho menos ordinaria. Henri Rilcer, comúnmente llamado Fec, rompía con su pasado. Había terminado con todo: también consigo mismo. No tenía metas, vivía con indiferencia. De cara al vacío.

A los diecisiete años había sido, durante ocho semanas, amante de una judía gorda que tenía cuatro pliegues marrones en el cuello, seis en la barriga y tres niños, pequeños y siempre mugrientos. La prioridad que daba a mentir constantemente era lo que la hacía, como él destacaba ostentosamente, así de encantadora. Pero, ante todo, le procuraba el inmenso placer de verse desdeñado por su familia. Y cuando se habían acostumbrado a ello, rompió brutalmente la relación. Una vez, a los dieciocho años abofeteó a su padre porque le había quitado un cigarro encendido de la boca en la despensa, donde no se podía fumar. Lo echaron de casa. Dos semanas después empezó a trabajar como mecanógrafo para un abogado, donde al cabo de un tiempo desfalcó una pequeña suma y desapareció. Luego se presentó ora aquí, ora allá. Se lo veía frecuentar los más extravagantes balnearios, y en invierno Viena, Londres, Berlín o Roma. Siempre vestía elegante e iba casi siempre solo, pero cuando estaba de viaje, de una forma u otra siempre había un escándalo. Era alto, delgado y tenía una cabeza tan llena de expresividad que podía pertenecer tanto a un diplomático como a un apache. A los treinta años volvió a París sin ser reconocido por ninguno de sus antiguos amigos. Había terminado con todo. Había dejado todo atrás. Ahora llevaba un desaliñado traje gris y un pañuelo verde oscuro alrededor del cuello. Dormía con prostitutas o en los portales de los edificios, y vivía fundamentalmente de hurtos insignificantes.

Ahora hacía ya dos años que llevaba esa existencia. Vivía con indiferencia, sin metas. En un vacío absoluto. Había tomado a Bichette del mismo modo que había hecho antes con docenas de mujeres. Y puesto que contaba con recuerdos al lado de los que Bichette no resplandecía mucho más que una lamparilla de noche, no le provocaban gran asombro ni su belleza, ni su carácter salvaje. Para él era una oportunidad que se le presentaba como cualquier otra. Eso sí, ella tenía que ofrecérsele. Él ya no se abalanzaba más sobre la vida. Dejaba que las cosas lo alcanzaran, sin detenerse a desearlas. Tenía suficiente. Al mediodía, cuando salía a la calle o cuando estaba bebido, solía preguntarse si aún se encontraba con vida.

El llanto convulsivo de Bichette, sin embargo, lo había sorprendido. Y no porque hubiese sido algo nuevo que a él que, como buen observador y así de escéptico que era, lo hubiera desconcertado, no, a sus ojos era la constatación indiscutible de que tenía ante sí algo indeseado, y que esta horrorosa conmoción había sido irreprimible. Y de verdad había sido irreprimible, pues se trataba de un derrumbe. Su gran experiencia le decía que le bastaba con un gesto para tener definitivamente a Bichette en sus manos. Pero ni siquiera pensaba en eso de hacerse con Bichette. El hecho de que a pesar de todo lo hiciera tuvo una explicación bastante curiosa.

### \*\*\*

Bichette, tras calmarse un poco y dejar de sollozar horriblemente, salió corriendo de la habitación apenas vestida y no regresó.

Fec al fin abandonó el hotel y se fue a desayunar a León.

Gaby, un arquetipo de cocainómana que parecía nunca dormir, se sentó a su mesa, intentando sonsacarle algo de Bichette.

—¿Tú, levantado tan temprano? ¿A ti también te despachó, eh?….

Fec no respondió.

—Que no te afecte. Así es su juego. Con esto se gana su reputación. Y con un poco de riña—Gaby contempló a Fec desde sus esféricos ojos, de un blanco resplandeciente, destinándole un claro desprecio hacia toda su persona.

—Pero tú… ¿Por qué no mueves un dedo? ¡Piensa en algo! Sin afectación, que parezca que no quieres nada. Uno tiene que tener sus artimañas. Hacer buenas jugarretas. Si no, seguirás estando en la miseria, como un perro.

Fec le echó el humo del cigarro en la cara.

—No me importa. Paso de todo. Hasta de mí, te digo.

Gaby se rio entrecortadamente y golpeó la mesa.

—¡Pues por eso, idiota! No haces nada con tu vida. Nadie toma a las personas por lo que son, sino por lo que muestran a los demás. Y también aquello que realmente son, tienen que hacérselo ver a los demás. Porque si no, ¿cómo van a saber por qué tomarlas? ¿Eh?

Fec frunció los párpados con una simulada desenvoltura.

—Lo que acabas de decir no me es desconocido. Lo he escuchado ya, con prácticamente las mismas palabras, hace dos semanas en el Hotel Grelot, la última vez que tú y yo… Pero ¿sabes qué? Ya no tengo más ganas.

—¡Pero qué burro estás hecho!

—Gaby se volvió, enfadadísima, y balanceó las tetas por encima de la mesa.

—*Eh ben*, ¿para qué tengo que demostrarle a la gente lo que soy?

Gaby sonrió con ironía.

—Peor para ti—y agarrándole la mano de repente, dijo—¿O es que no te gusto cuando voy de coca?

En ese instante entró Bichette por la puerta.

Apenas miró a Fec antes de acercársele corriendo. No fue hasta llegar a la mesa que notó que Gaby, a quien había pasado por alto, sostenía la mano de Fec. Sin decir nada, se sentó al lado de él en la banca.

Los ojos de Gaby se humedecieron de la irritación. Desprendió lentamente su mano de la de Fec, se levantó y se fue. Unos pasos más allá les gritó:

—*Au revoyure, ’ssieurs dames*.

Bichette dejó caer la cabeza hacia atrás sonriendo sarcásticamente, de repente enmudeció, y volvió a levantar la cabeza con movimientos discontinuos. Con los brazos estirados se aferraba firmemente al borde de la mesa. Las aletas de la nariz se movían. Y parpadeaba.

Y entonces volvió Gaby, con la cabeza despectivamente inclinada y se sentó de un salto en la mesa que se encontraba enfrente de ellos.

—Ejem… así que… ¡ah, sí: el amor!… ¡el amooor!

Bichette agarró a Fec por el cuello de un solo movimiento y hundió sus labios en los de él.

Gaby, agarrándose con fuerza de la nuca, gimoteó:

—¡Eha, eha! ¡Desde luego esto es abracadabrantísimo! La Tigresa… ¡cautivada!… ¿Y ahora? ¿A quién te vas a devorar? ¿Hm?

Se oyó el chasquido de una silla rompiéndose: Bichette había saltado sobre ella. Se tiró, con los puños delante del pecho, encima de Gaby y le mordió tan fuerte en la palma de la mano, que esta cayó chillando de la mesa al suelo.

Cuando Gaby, con el rostro desfigurado por el dolor, se reincorporó temblando de rabia, Bichette tenía un cuchillo en la mano.

Jean, el camarero, sujetó a Gaby por detrás y la abrazó, apretándola contra su pecho. Casi simultáneamente Fec le quitó el cuchillo a Bichette, se guardó su bolso de mano y la arrastró a la calle.

Una vez fuera, ambos tuvieron la impresión de que habrían de callar durante largo rato…

En la rue Démours, Bichette se quedó parada ante una tienda de confección.

Una gorra de lana amarilla colgada en el escaparate llamó mucho la atención de Fec. Entró en la tienda, la compró y se la puso de manera pícara y elegante sobre el cabello revuelto a Bichette, que esperaba en la calle profundamente admirada. Y en esto, se dio cuenta, para su sorpresa, de que había actuado meramente bajo el acceso impetuoso de un buen humor repentino, sin ninguna reflexión en concreto, y que había recorrido el largo camino desde Montmartre hasta Etoile junto a Bichette como en un estado de apática satisfacción. Se frotó la barbilla con el dorso de la mano. De repente todo le parecía inconcebible.

—*V’lan*, me queda bien—Bichette se contoneaba y se daba la vuelta frente al espejo de al lado de la tienda. Cuando por fin continuó su marcha, le dedicó a Fec una sonrisa. Pero qué clase de sonrisa fue para él imposible de decidir, a pesar de haber pasado un buen rato cavilando al respecto…

Bichette lo tomó de la manga y lo arrastró, aturdido como estaba y sin poder atinar a resistirse, a una *bijouterie*.

Vació su bolso sobre el mostrador de la tienda, se embutió en la blusa estuchitos, lápices, cajitas y preguntó apresurada:

—¿Cuánto me da por este bolso?

El joyero lo examinó con una lupa grande, luego frunció sus pálidos labios y ceceó:

—Doscientos.

—¡Trescientos!—exigió Bichette cortante.

El joyero objetó, y como nadie le contestó, siguió hablando un rato hasta que, gruñendo y sin estar muy seguro, tiró el bolso en su caja fuerte.

Bichette le arrancó los billetes de la mano y los deslizó instantáneamente dentro del chaleco de Fec.

El joyero no se atrevió a reír. Se limitó a abrir la puerta de la tienda cortésmente con sus propias manos.

En la calle, Bichette se puso rápido las manos en el pelo, frente al espejo de la tienda.

—Esta es la primera que me gusta.

Fec, que ahora empezaba a entender, dijo, solo para escucharse hablar:

—Es lana inglesa.

—¿Eh? Ah, sí, yo la encuentro absolutamente *riche*—Bichette lo tomó por el brazo debajo de la axila arrastrándolo tras de sí.

Fec se humedeció los labios resecos. Preso de una súbita cólera por no poder verle la cara, se quedó inmóvil.

—¡Bichette!

Ella se volvió de inmediato y se sorprendió al ver que él había dejado de caminar. Sosteniéndole aún la mano, Bichette se plantó frente a él. Tan cerca que él podía ver su cara en sus pupilas.

La piel de la frente de Fec se arrugó bajo la visera, mientras profería a media voz entre dientes:

—¿De qué se trata todo esto? ¡Desde esta mañana no hacemos más que tonterías!

Bichette le soltó la mano y dio un paso atrás. Su cara empequeñeció:

—¿Y por qué no?

—Yo no te quiero.

Bichette torció la boca socarrona.

—Yo tampoco… pero no puedo seguir andando a la deriva.

—¿Andando a la deriva?—Fec intentó captar su mirada.

—Sí, tengo que tener algo—Bichette pegó su cuerpo al de él rápidamente.

—Todo esto son tonterías, lo sé… No te creas que yo… Bueno, lo que pasó con Gaby fue solo por orgullo, o rabia, o vanidad, qué sé yo… Y lo de esta mañana fue… simplemente porque no puedo seguir yendo a la deriva. Y tú, yo sé bien que tú también estás andando a la deriva. La manera en que vives es un disparate. Es irracional. No tiene sentido. Y yo, simplemente no puedo seguir viviendo así, a tontas y a locas, por eso… Es estúpido… Con esto tampoco quiero decir que nos engañemos a nosotros mismos como hacen esas chicas almibaradas de taconazos con sus *marlous*. Lo mires por donde lo mires, es ridículo todo este turbio jugueteo de truhanes, esta repugnante alharaca romanticona, lo de volver la mirada, la rudeza impostada, esto de negociar con el corazón y el culo y… *¡schlingue!* ¡Estoy hasta las narices! ¡Que se atreva uno más a retarme! Tú ya has visto mis dos cicatrices. Y hasta me lo paso bien cuando lo hago. Pero eso no lleva a ninguna parte. Como todo. Yo ya simplemente no lo soporto. Basta —empujó a Fec y miró fijamente a una farola.

—¿Qué edad tienes?

—Veintiocho.

—¿Ya?

Bichette sonrió extrañada, lo rodeó con los brazos y continuó caminando con él.

## Tres

Cuando consecuencia de un repentino y alocado estado de ánimo almorzaban en un distinguido restaurante de la Avenue de Ternes, Bichette le preguntó, con el vaso de vino en los labios:

—¿Por qué me compraste esta gorra? Dime la verdad.

Fec maldijo tanto en su fuero interno hasta sonrojarse por completo.

—Pues…fue algo que se dio por sí solo… quizá también porque yo… No, realmente no lo sé.

Los ojos de Bichette se oscurecieron con satisfacción.

—Te creo. Te creo porque te has puesto rojo.

Los dientes de Fec empezaron a rechinar mientras levantaba la mirada lentamente.

—Escucha, Bichette: Yo…yo tomé tu dinero, aún antes de saber lo que tú ante la… lo que después de la *bijouterie*… lo que dijiste hace un momento allí. Como si ya lo hubiera sabido… que pensabas así. Y por cierto, me ha gustado mucho. Sí, el andar a la deriva es un disparate. Si uno no quiere tener nada más, si uno no quiere hacer nada más, es mejor dar la vuelta a la esquina y que se lo lleve el viento. Pero en mi caso es diferente. Yo ya llevo dos años así. Antes hacía muchas cosas. Hasta que en un momento me saturé de todo. Todo, todo, todo. Y entonces el andar a la deriva se convirtió para mí en un verdadero placer. Aunque en las últimas semanas también me he cansado de eso.

Y creo que por primera vez lo admito. Lo que tu llanto convulsivo significó hoy, yo lo sé. Pues bien, te lo digo: comprarte el gorro de lana fue para mí exactamente lo mismo que para ti el ataque de llanto. Este tipo de sorpresas hacia uno son advertencias. Y por eso a partir de entonces las cosas cambian. Ahora tengo la opción de esfumarme o… de volver a querer algo, de querer hacer algo nuevo.

A Bichette se le transformó totalmente la cara de la conmoción.

—¡Sí, Fec, sí, hagamos algo! ¡Algo nuevo! ¡Algo totalmente nuevo!… ¡Tenemos que unirnos!

—¿Que nos unamos?—Fec estaba perplejo. Bichette, nerviosa, se estiraba la falda hacia abajo con los dedos. Sus ojos parpadeaban.

### \*\*\*

Pero lo cierto es que un poco de revuelo ya habían levantado. Si bien en París uno está más que acostumbrado a muchas cosas que en otros lugares causarían alboroto, una pareja así de desaliñada no pasaba desapercibida en un restaurante de moda de primera clase. Sus caras, que en este entorno, por así decir, destacaban, y la impresión de seguridad en sí mismo de Fec, hicieron, sin embargo, que el *maître d’hôtel* se desarmara rápidamente; pero la vivacidad de su conversación, que atentaba absolutamente contra las costumbres del local, y en especial la extrema rudeza de los ademanes de Bichette, dieron lugar otra vez a una desagradable atención.

El camarero se acercó sigilosamente y con gran disimulo deslizó sobre la mesa, como una clara señal, el platillo con la cuenta doblada.

Cuando este se había alejado unos tres pasos, Fec le gritó:

—Si el *Maître d’hôtel* no se disculpa inmediatamente, voy presentar una queja al director.

El pequeño plato desapareció en un abrir y cerrar de ojos.

El *Maître d’hôtel* vino a toda prisa y se disculpó servilmente. Fec no se dignó a mirarlo.

Todos los presentes abandonaron ostensiblemente su actitud hostil.

Los labios de Bichette se movían fuertemente uno encima del otro. Sus ojos estaban entrecerrados, mientras decía en voz baja:«Fec, nos uniremos».

Fec soltó una carcajada desenfadada.

Este aparente triunfo vulgar disgustó a un señor, cuya especialidad consistía presuntamente en mostrar buenos modales. Caminó hacia Fec contoneándose con aires de autosuficiencia y le preguntó en voz muy alta cuándo partía el tren hacia Angulema.

Fec palideció. Sus dedos temblaban. Pero le resultaba molesta la idea de abofetear a ese petimetre. Su cerebro estaba en llamas.

Se levantó de un salto y con una voz que se podía escuchar por todo el local, le contestó en un correctísimo francés y con la más amable entonación:

—Salga por esa puerta, cruce la calle y diríjase a la agencia de viajes, donde amablemente se le proporcionará, como natural de Angulema, toda la información requerida.

De repente, en todas las mesas estaban todos concentrados en sus platos.

Un hombre mayor se acercó a Fec con su copa de vino en la mano y la hizo chocar con la suya. Y luego una bella y joven dama gritó desde el fondo de la sala:

—¡Bravo!

Bichette contenía la respiración.

Fec pidió entonces la cuenta.

### \*\*\*

Volvieron en taxi, con las lenguas revueltas entre sí, al Aëro-Hotel de Montmartre. Permanecieron en la cama hasta las siete de la tarde.

En el bar Liberty de la Place Blanche tomaron un *apéritif*, sin pasar desapercibidos y en un agradable silencio, y luego comieron en un pequeño *bouillon* de la rue Lépic. Hacia las once aparecieron en la pista de baile del Moulin de la Galette. No se saltaron ninguna canción. Bailaron hasta las cuatro de la mañana. Juntos.

### \*\*\*

Léon todavía estaba «verde» cuando entraron. Solo al fondo, en una esquina, había dos mujeres mayores sentadas.

Jean se acercó dando tumbos, gruñendo y medio dormido. En cuanto reconoció a Fec, se rio con complicidad.

—¡Ten cuidado! ¡Gaby está furiosa!

—¿Sabes algo?—preguntó Bichette malhumorada.

—¿Por qué? Os lo diría.

Bichette estaba cansada. Y Fec borracho.

Se hundieron en el banco, apoyados uno contra el otro, riéndose vagamente. La sonrisa de Bichette se desdibujó lentamente y permaneció solo alrededor de los ojos. La de Fec invadió de golpe todo su rostro para luego endurecerse con desagrado.

Luego se aclaró varias veces la garganta y con los dedos de su mano derecha hizo señas confusas en el aire.

—¡Ah! Una mujer que lava con la ventana abierta nunca caerá… siempre que esa no sea su especialidad. Pero incluso no siendo su especialidad puede caer, ya que no es una especialidad frecuente la de no tener ninguna… Tú me entiendes, Bichette… A todo esto, yo he notado que el aburrimiento estimula a las personas y que los bistecs atontan. Siempre hay algo que se esconde tras ello. Para salir adelante, primero hay que estimular a las personas. Acto seguido estas se atontan, y uno las pilla atiborradas. Y entonces ahí las tienes. Y uno se puede esconder tras ellas. Porque no hay nada detrás. ¿O acaso debería uno sorprenderse de que a las mujeres les gusten los alimentos dulces ricos en grasas y… y… los bombones?

Bichette frunció los labios con odio, se sentó gruñendo y sacó la mano de un tirón de la de Fec.

—*¡Schnock*!

—*Eh ben*. Fec le agarró la mano y tiró violentamente de ella hacia sí.

—Suéltame—dijo Bichette empujándolo con los pies—¡Quédate ahí!

Bichette intentó morderle la mano y como fracasó, lo escupió en toda la cara.

—*¡Crotte*! ¡Suéltame!

Bichette hizo un último y frenético esfuerzo para liberarse. Pero Fec no cedió.

—¡Déjame ya!—gimoteó desvanecida.

—Con una sombrilla de papel que tenía tres caras quemadas se hizo a los dieciséis años un sombrero que le procuró su primer novio rico. Sí, así son los negocios… Oye Bichette, esa no era mi dulce lavandera de la rue Nollet. A ella la amé con locura. Y cuando digo que la amé…es en serio. Tenía algo de ti en los ojos. ¡*Crotte alors*! Aunque diferente. Pero con ella me sentía bien. Podíamos hablar. Hablar. Hablar. Hablar. Más o menos así como ahora. Y cuando iba a pasear con ella del brazo por el bosque, me gustaba. *¡Crotte*! Aunque evidentemente no estaba bien. Pero por lo menos a su lado supe, de alguna manera, que yo no estaba bien y que nunca lo estaría… Escucha, Bichette, yo a ti tampoco te quiero. Nunca, nunca, nunca he querido realmente a nadie en toda mi vida. ¿Por qué? Eso es extraordinariamente fácil de comprender: porque si no, habría sido un espantoso rinoceronte… Pero tú tienes razón, Bichette, ni siquiera yo lo aguanto más. Algo tiene que pasar. Algo se tiene que hacer. … *Eh ben*, Bichette, yo sé qué tiene que pasar primero, qué es lo primero que tenemos que hacer. ¿Lo adivinas? Sí, nos tenemos que unir. Has sido inge… ingeniosa. Escucha, Bichette, ¡nos tenemos que amar! Eso tiene que hacerse. Es extraordinariamente sencillo cuando uno sabe con exactitud y certeza, como nosotros, que es del todo imposible que tú y yo nos amemos. Tú me entiendes, Bichette… tú…

Bichette le acarició los labios con la mano reseca—Fec, te lo pido: ¡Ven! ¡Hagámoslo!

Fec la apartó de sí malhumorado. De repente la agarró de los codos, los empujó hacia atrás y le refunfuñó en la cara:

—Bichette, ¿me escuchas? Yo te quiero…y tú a mí…¿de acuerdo?

—Le corría saliva por la comisura de la boca. La cabeza de Bichette cayó agotada sobre su hombro.

Y entonces Fec exclamó suavemente en la boca:

—¡Dime ahora mismo que me amas! ¡Que siempre me amarás! ¡Que de verdad lo harás!

La cabeza de Bichette se hundió más aún. En esto, dijo lentamente, pero en voz alta:

—Sí, Fec, sí, Fec, yo…—y luego de repente dijo—¡Ya está!

Fec chilló, la soltó y tomó un trago.

### \*\*\*

El pequeño Pimpi, cuyo verdadero nombre era por todos desconocido, estaba apoyado desde hacía rato en la barra observando. Se sentó al lado de Fec con la intención de tener un efecto calmante. Era el único que nunca lo había tomado por un ingenuo ni mucho menos por un idiota.

—Hey niños, tenéis un aspecto terrible. ¿Qué os ha pasado?—Pimpi estalló en una simpatiquísima risa.

Fec esbozó una mueca.

—¡Bebe! Y haz algo con tu nombre.

—Así que estuviste en Inglaterra. Dudas, no tuve muchas, querido maestro.

—Pero yo…—Fec hizo gárgaras con el vino—. Uno nunca tiene que saber bien todo lo que alguna vez pasó.

—Hm. Yo es que tengo mala memoria, de profesión.

—Gran Pimpi, ¿dónde está tu carne de conserva?… Dónde…

Bichette se acostó sobre la mesa y puso las dos manos en el brazo de Pimpi.

—Ayúdame a sacarlo de aquí.

Pimpi, cuyas orejas se movían lentamente, miró participante y realista.

—¿Dónde vive?

—A solo dos cigarros de distancia—dijo Fec tan tranquilo que ambos callaron asombrados.

De repente vieron el hercúleo cuerpo del japonés fanfarroneando ante a la mesa. Tenía los puños apoyados en las caderas y los verdes ojos tornasolados apuntando fijamente a Fec.

Bichette buscó su cuchillo. Se rio nerviosa, cuando se le ocurrió que Fec podría haberlo escondido.

Pimpi, que no entendía nada, saludó al japonés tomándolo por un borracho.

Este lo apartó poniéndole las manos rígidas en el cuello bajo las orejas y con un brusco movimiento hizo caer a Pimpi al suelo desmayado.

Bichette lanzó un grito estridente y se quedó parada con todo el cuerpo temblando.

A Fec se le salieron los ojos de las órbitas. Su barbilla se contrajo en un gesto raro, al tiempo que intentaba alcanzar la mesa con la mano izquierda.

Cuando el japonés, con la cabeza un poco inclinada, lo vio, Fec tomó su vaso de vino y le tiró el contenido en los ojos. Casi simultáneamente volcó la mesa, se volvió a poner contra la pared y con el pie derecho pateó el estómago del japonés con tanta fuerza que lo hizo retroceder dando tumbos. Este perdió luego el conocimiento y cayó sobre una silla.

Fec, que a causa de la fuerza de su patada había caído al suelo, se levantó de un salto y le gritó a Jean, que acudió corriendo y riendo sarcásticamente, que sacara del medio a Pimpi antes de que se le acercase el japonés, y salió corriendo con Bichette.

### \*\*\*

La húmeda brisa matinal había dejado a Fec casi sobrio. Bichette, extrañamente irritada, se apartó de él en el acto. Sin despegar los ojos del suelo lo siguió a tres pasos de distancia.

Fec pidió una habitación en el Hotel Puget, que quedaba en la esquina opuesta, porque temía que el japonés no se hiciera esperar mucho.

Bichette se tiró en la cama muerta de cansancio.

Fec se apoyó en el armario y se acarició las mejillas haciendo ruido. «Qué incómodo sería si la casa se derrumbase ahora», pensó en aquel instante y se rio de ello.

Se oía el traqueteo de un pesado carro subiendo por la calle. Toda la habitación empezó a temblar. Fec, respirando con gran dificultad, se tapó los oídos.

—¿Ahora te tapas los oídos cuando te hablo?—le gritó Bichette colérica mientras se incorporaba.

Fec, con un rictus de lasitud en los labios, dejó caer las manos.

—No. Lo hice porque…—volvió rápidamente la cabeza hacia la ventana.

—Perdón, ¿qué me habías dicho?

Bichette miró la pared a través de él con una orgullosa frialdad. Luego movió un hombro sarcásticamente y dejó caer la cabeza en la almohada.

Fec tenía la impresión de haber sentido durante dos segundos lo que ella no le había querido repetir. Pero no lograba recordar aquel sentimiento. Y eso que lo intentó una y otra vez. Se quedó parado ante el armario hasta que le ardieron los ojos.

## Cuatro

Hacia la una del mediodía Pimpi los despertó.

Fec, vistiéndose rápido, le abrió la puerta extrañado.

—¿Cómo has llegado aquí?

—Loute conocía la dirección—Pimpi dejó un gran bolso de cuero y una maletita no menos arruinada en la mesa, se sentó satisfecho y tocándose la herida meneó la cabeza indignado.

—¿De este hotel?—preguntó Fec aturdido.

—Del Aëro. Fue Gaby quien acompañó al japonés.

Bichette se frotó los ojos con el extremo de la manta y se levantó. Cuando vio a Pimpi y su maletín, se apoderó de su cara floja y adormilada una espantosa expresión de estupor. Esto provocó que la mirada de Pimpi también adoptara la misma expresión.

Fec no se movió. Atento, se limitaba a observar: algo importante parecía que iba a ocurrir.

Y entonces Pimpi se rio con su característica risa de negro que dominaba de una manera verdaderamente ejemplar.

—Niños, la cosa no es tan grave… No ha pasado nada, Bichette, nada de nada… Yo hace un momento estaba en el Aëro. Pensé que tú, hermosa muchacha, eras inteligente y habías cambiado. Y como yo sé muy bien cuánto una dama necesita sus utilerías, por eso yo… Pero para mí fue un placer que todo se hubiera pagado, porque de otra manera… y etcétera y etcétera. ¿El parisino me conoce? Él me conoce.

—Gracias.

La cara de Bichette, que laboriosamente se había tensado, se adormeció de nuevo.

—Pues ya podemos ir quedándonos aquí por el momento, Fec.

—¿Nosotros?—Los dedos de Pimpi se contrajeron y abandonaron la rodilla.

—Perdón, es que no estaba muy seguro.

Fec sonrió comprensivo. Luego miró a Pimpi atentamente.

Su cabeza empezó a tambalearse de nuevo. Su cara prematuramente envejecida buscaba una expresión que encajara.

—Es que, Pimpi, ¡qué tío más tonto eres!—Fec se sonó la nariz.

Pimpi gruñó algo cuya única palabra inteligible fue «arenque».

Acto seguido agregó divertido:

—Jo, sin gente boba no habría nada muy bonito en el mundo.

Pasando por el lado de Pimpi, que se estaba chasqueando la oreja, fue Fec hacia la ventana y la abrió.

Bichette, que había observado cada gesto, torció la boca burlona.

Y justo después, Fec dio un salto de la ventana hacia atrás.

—El japonés está ahí abajo.

—¿Dónde?—Bichette saltó de un solo movimiento al borde delantero de la cama.

—¡Atrás!—Fec se colocó detrás de la cortina de la ventana.

—Desde aquí puedo mirarlo sin que se dé cuenta… Pimpi, ¿pero les dijiste allá enfrente que ni una palabra de…

—Jo, sí, también—Pimpi se lió un cigarro nervioso.

—Quizá lo mejor sea evitar la carretera y volver a los bosques. Además…

—Aparentemente no sabe qué hacer.

—Y además:…—Pimpi fracasó en su intento de poner una cara inocente. Con el dedo índice se apartó el pelo engominado de la frente—sabes… Bichette… que con el Goux, el Laroche, el Cauler, etc., no pasaba de nada cuando estabas sola… Pero ahora es diferente, muy diferente, te pido que me creas. Y luego está el Harry. Ya sabes cómo es. Y además está Ralix, el perro. En tres días sale, jo.

—Está bajando la calle—Fec, que había oído todo, se sentó en la mesa observando a Bichette, que, inmóvil, miraba un punto fijo en el suelo.

—O si no, Bichette, vete tú sola… por un tiempo.

Pero Pimpi se enfadó en el acto al oír esta propuesta. Por eso tiró el cigarrillo en el cubo haciendo que salpicase y luego apretó enérgicamente las manos de Fec y Bichette.

—Me gusta mucho este arenque. Les da a los japoneses pesados y no se queja de nada, ni tampoco de cómo traté a ese mono amarillo—tomó el sombrero de la lámpara. En la puerta se volvió y dijo:

—Si necesitaran algo, excepto monedas, el pequeño Pimpi todavía duerme donde Fécamp. Así que *good bye*.

—Y cerró la puerta tras de sí. Su risa de negro estalló en la escalera.

### \*\*\*

—No creo que Gaby haya motivado al japonés a perseguirnos—dijo Fec después de un rato.

—La manera en que me provocó no fue muy *guips* que digamos.

—Algo así como la versión femenina de Pimpi.

—Solo que no tan sincera.

—Por eso digo «femenina»…

Bichette agarró a Fec por los hombros, lo lanzó sobre una silla y le dijo muy de cerca—¿Qué quisiste decir con eso, eh?

Fec hizo un silencio despectivo, escondiendo las manos en los bolsillos.

—¿Acaso crees que Pimpi y yo…?

Fec miró a un lado indiferente.

—Eso ya pasó. Hace mucho. ¿O es que crees que yo oculto todo tipo de cosas?

Los labios de Fec se recreaban en gestos burlones.

—¿Te lo he preguntado?

—¡Te voy a responder!… No, pero hacías como si yo…

—¿A qué viene todo esto?—Fec movió la cabeza indignado.

Bichette, cuya mirada no se despegaba de su cara, lo agarró con fuerza.

—¿O es que piensas que yo…?

—Yo no pienso nada de nada. Ese nunca ha sido mi fuerte.

Bichette tragó saliva y le soltó los hombros. Se desabrochó la falda toda arrugada, se la quitó y se levantó. Luego puso la palangana sobre la silla y la llenó de agua—Fec, no sé si aún te acuerdas de lo que ayer…no, esta mañana cuando estábamos en Léon … Por favor ¡pásame la toalla!…¿Te acuerdas?

—Sí.

—¿De cada palabra?

Fec, que se limpiaba los zapatos, asintió con la cabeza.

Bichette finalizó su baño en silencio.

—¿Por qué preguntas?—Fec examinaba sus piernas fuertes y macizas.

—*Couci-couça*—Bichette se quitó la camisa sucia, la tiró al suelo, luego dejó caer su conjunto de seda y se subió a la cómoda para contemplar su cuerpo desnudo en el espejo.

Fec se enfadó.

—¡Estaba borracho!

—Lo dices como justificándote—Bichette se volvió rápidamente hacia él. Cuando lo vio ahí , de pie y confundido, saltó hacia él con una sonrisa burlona.

—¡Te justificas! *¡Schlingue!*

Fec se rio a regañadientes.

—¿Es que no debo?

Bichette jugueteaba enroscándose un cordel en la mano. Con la otra se acariciaba los senos.

—No.

—¿De verdad?—preguntó Fec asombrado.

—No—Bichette lo repasó con una mirada escrutadora.

—¿En serio?

—No—Sus ojos se endurecieron en una expresión plana.

La curiosidad de Fec era tan grande que se delataba con su risa insegura.

—*Eh ben*, entonces, ¿asunto zanjado?

Apenas terminó de formular la pregunta le acometió una súbita y mortificante vergüenza que lo obligó a esquivar la mirada de Bichette. Bichette, por su parte, se limaba las uñas con negligencia.

—Sí, pero…

—¿Pero qué?

—Yo… yo no sé si…

—Si ¿qué?

—Si realmente…

—¿Qué?

—Cómo tú…

—¿Qué cosa? ¡por Dios!

—Cómo ves esto…cómo…

—No eres sincera.

—¿Eh? ¿Que no soy sincera?

—Eso.

—*¡Schlingue!*

Bichette golpeó la mesa con el puño, haciéndola crujir, y empezó a revolver desquiciada por todas partes, sin parar de hablar atropelladamente por lo bajo. Finalmente encontró las llaves, abrió el bolso de cuero de par en par y tiró en la mesa collares, pulseras, cadenas y estuches, todo revuelto.

—Mira, mira, mira, mira…

Con los dedos crispados desgarró los estuches y los vació como si fueran bolsas. Pendientes y anillos brillantes salieron rodando. Algunos cayeron al suelo.

—¿Te crees que a mí me gusta todo este ajuar? Nadie me ha visto nunca llevar cosas así.

Fec se acercó, y preso de una rabia que incluso a sí mismo sorprendió vagamente, le dio un puñetazo y la arrojó en la cama.

Bichette se levantó de un respingo con una destreza animal.

Y así se pelearon. Con odio. Jadeando y encarnizados. Pero sin golpear al otro en la cara.

Un grito agudo y muy estridente que sonó peligroso, hizo retroceder a Fec.

Ahí estaba Bichette, respirando con dificultad. Sus brazos colgaban como quebrados por todas partes. Sus medias negras de seda estaban hechas jirones. Sus pechos arañados temblaban enrojecidos. Tenía el rostro lívido. A uno de sus zapatos le faltaba el tacón. Empezó a marearse.

Fec, asustado, la rodeó con ambos brazos y la acostó suavemente en la cama—¿Qué tienes, qué es lo que te…?

Bichette negó débilmente con la cabeza. Luego apretó con suavidad las mejillas de Fec con las manos, atrayéndolo hacia sí, y le tapó la boca con un beso lento y ardiente.

### \*\*\*

A continuación se vistieron en silencio.

Tras vacilar un instante, Fec recogió las joyas, las metió en el bolso de cuero y lo cerró con llave. Se disponía a dejar las llaves al lado, sobre la mesa, cuando algo lo obligó a mirar hacia el costado.

Los ojos de Bichette, clavados en él, lo acechaban.

Fec encogió los hombros y se guardó la llave.

Bichette esbozó una sonrisa incierta y le rodeó el cuello con los brazos.

—Pero ahora dime por qué no he sido sincera…

—No porque tú no sepas cómo me figuro todo esto, sino… *¡Crotte*! ¿y además para qué…?—Fec se soltó enojado.

—¿Sino…?—Bichette dio una patada con rabia.

—Lo quiero saber: sino ¿qué?…

—Sino porque quizá temes no poder seguir adelante—Fec no sabía realmente por qué había dicho eso.

Bichette se apartó de él.

—Puede ser—Su propio cuerpo la hizo retirar las manos del cuello de Fec.

—Pero te aseguro que no fue tan así. En todo caso aún tenemos que hablar sobre los detalles. Y ahí es cuando sabré si puedo o no hacerlo. Pero, ante todo, no pienses que soy débil o deshonesta. Que sepas que siempre he vomitado todos mis sentimientos.

Fec reprimió la sonrisa que empezaba a dibujarse en su rostro cuando vio la mirada triste de Bichette.

—Tenemos que decidirnos rápido, Fec—Bichette empezó a maquillarse apresuradamente—Pimpi tiene razón. Desaparecer será lo mejor. Al menos por un tiempo.

—Hm. ¿Qué me dices de… Bagnolet?—dijo Fec malhumorado.

—¡Ni hablar!—Bichette trazó una raya con los dedos en su espléndida cabellera y la lanzó hacia atrás de un tirón.

—París siempre será París—Se empolvó el pecho y el cuello con tanta energía, que levantó una nube blanca alrededor de ella.

—Niza. ¿Qué te parece?

—¿Niza? *Eh ben*—Fec, sin embargo, se inquietó tras haber aceptado, sabiendo que no había reflexionado al respecto, ni tenía la sensación de que fuera realmente inevitable—Ahí todavía queda un brazalete.

—Véndelo—Bichette, frente al espejo, movía febrilmente las manos alrededor de su cabeza—Y vuelve rápido.

Se empolvó cuidadosamente la nariz, las mejillas y la frente, con delicados golpecitos.

—Si no, estamos muy justos—corrigió con la punta de la lengua el *rouge* de los labios.

—Mientras tanto comeré aquí. Arthur me traerá alguna cosa—y se volvió sonriendo.

—¿Estoy bonita así?

Su risa triunfante inundó la habitación.

—Sí—Fec se abotonó la chaqueta y se anudó el pañuelo alrededor del cuello.

La expresión de Bichette se ensombreció.

—Lo dices de una manera…

—Tú bien lo sabes—Fec tomó un paquetito amarillo del bolso y sacó un cigarro.

—Vamos, ¡vete ya!

Fec fumaba con indolencia.

—¿Quieres esperar aquí todo el rato?

—¿Acaso no te acuerdas del mono amarillo?—Bichette se sentó en la cama estirándose los dedos—¡Date prisa! ¡Y ten cuidado! No te dejes ver sin necesidad.

—Voy a ir a la rue du Temple. El viejo Chabert es el que mejor paga. Aunque se queja. Por lo que tardaré un rato..—Fec abrió la puerta malhumorado.

—¡Fec!—Bichette se levantó de un salto, se le tiró al cuello, acarició su cabeza y le ofreció sus labios abiertos y perfumados.

Fec la besó tan lenta y suavemente como ella quiso. Luego partió sin decir nada. Una vez en la escalera, todo le fue indiferente.

—¡Espera!—le gritó Bichette a través de la puerta.

—Todavía quedan dos faldas. Y tres pares de zapatos.

### \*\*\*

Ya había oscurecido cuando Fec, ligeramente bebido, regresó.

Bichette, acostada boca abajo en el suelo, bebía vino y fumaba.

Fec pasó por encima de sus piernas.

—Eres tú—Bichette giró la cabeza hacia arriba sonriendo.

Fec tiró la chaqueta en la cama y los zapatos al suelo.

—¿Estuvo alguien aquí?

—¿Quién piensas que pudo venir?—Bichette aplastó el cigarro en el suelo.

—Solo preguntaba—Fec se dejó caer agotado en la cama.

—¿Cuánto tienes?

—Quinientos.

—Entonces nos vamos. Bichette se levantó. Hueles a lluvia.

—Sí. Llueve.

Bichette se puso bien cerca de él y lo miró a los ojos.

—Y a *kriek*.

—*Crotte alors*!—Fec se levantó.

—¡Vayámonos ahora!

—Eso es lo que estoy esperando, ¡estúpido!—Bichette le pellizcó la mejillas para hacerlo rabiar y le escupió en la boca tres veces.

—El rápido nocturno sale en cuarenta minutos.

Hicieron la maleta en un abrir y cerrar de ojos…

Apenas el taxi se puso en movimiento, Bichette, como presa de una repentina embriaguez, saltó sobre las rodillas de Fec, le apretó fuerte la cabeza con las manos y le susurró, con un voluptuoso temblor—Fec, ahora eres mío. Solo mío. Y yo tuya. Solo tuya. ¡Ah! Lo hemos hecho bien. ¡Vamos a hacer tantas cosas! De todo. Te he entendido perfectamente. Y tú me has entendido perfectamente a mí. No nos vamos a engañar. Vamos a hacerlo todo. Lo haremos alto y claro, sí, tenemos mucho que hacer, sí, hacer, hacer, cacer, blacer, oracer… cer.

Fue como si hubiera cubierto con esta palabra violada todo aquello que estaba en sus intenciones.

Fec, fascinado del todo, se impregnaba de su aliento con un indescriptible deleite. Temblaba al pronunciar su nombre—Bichette… todo lo que debilita a los demás y los acaba enfrentando y haciendo que se traicionen nos dará a nosotros un poder del todo insospechado. La mayor de las fuerzas. El impulso final. Fuertes desde las raíces del pelo y claros como la nulidad sobre la que nos erigimos, nunca formaremos parte de los débiles ni de los tontos. Y si hemos de fracasar (ya que la naturaleza, la vida es lo más estúpido y bruto que existe), no será por culpa nuestra. Y esto es lo que amarga no solo la vida, sino también la muerte a los demás: la tenue conciencia de no haber hecho todo para evitar la derrota, de haber sido débil, tonto. Nosotros, sin embargo, vamos a perecer de otra manera. Quizá con un grito agudo en los labios de esos que tú…. Bichette, Bichette, ¡dame una bofetada! —Bichette lo hizo al instante. Y soltó un chillido de placer.

## Cinco

Apenas pisaron la rampa de la estación, la vista de la Niza que se extendía ante sus ojos, bañada con el pálido sol de la mañana, les causó un profundo disgusto. Ambos percibieron la ausencia de la hostilidad, el odio generalizado y las costumbres peligrosas que en Montmartre los había envuelto como un cálido abrazo.

Aquí todo era tranquilo y alegre. Ambos tuvieron la impresión de estar distanciándose del otro, como si la ciudad con su calor y luminosidad se hubiera interpuesto entre ellos…

Pararon en un hotel cerca de la estación y a pesar de que habían dormido durante casi todo el trayecto, fueron derecho a la cama, solo para ocultar al otro su decepción.

Bichette, que como todas las mujeres de su condición, tenía una apasionada predilección por la cama, se quedó dormida a los pocos minutos. A cualquier hora que se metiera en una cama, era capaz de dormirse.

Fec despertó tras dos horas de espantosa duermevela. Por primera vez, desde que estaba con Bichette, se sentía solo. Examinaba a la que yacía a su lado con una indiferencia que casi lo irritaba. Quizá por eso, su primera idea fue la de no despertar a Bichette para poder disfrutar de estar solo. Se acostó cómodamente, las manos detrás de la nuca, y escuchó con atención y los ojos bien abiertos los ruidos de la calle que ascendían lentamente. Y tras escuchar y escuchar se preguntó: ¿Dónde está lo demás, lo familiar? ¿El impreciso ruido sordo de París? Se sorprendió de que le fuera tan difícil conseguir prescindir de esta ciudad, y de que la vista de Niza, donde más de una vez había pasado semanas maravillosas, por poco no le había provocado repugnancia. ¿Dónde había quedado ese último afán de aventuras que en el camino a la *gare* de Lyon se había convertido en algo patético de verdad.—¡Qué deleite el de la costumbre!—se dijo textualmente. Abrió los ojos como platos y miró el techo boquiabierto e inmóvil. ¿Por qué clase de pueril y ajada emoción se estaba dejando arrastrar? Dos años vacíos y planos en París, y su resistencia, que otrora toleraba a la perfección no solo cualquier cambio de lugar sino también de clima, se había ahora reducido. Pero él era consciente de que solo necesitaba desearlo para disipar este estado, solo necesitaba desearlo…

De repente empezó a apretar los dientes: el peligro que los había unido a él y a Bichette, y por el que se habían visto amenazados al cambiar de ciudad, le resultaba conocido hasta el más mínimo detalle. Observó la mirada de Bichette al despertar, una mirada orgullosa y burlona, que solo parecía pertenecer a ella. Se imaginó con ella en la calle, en los restaurantes, en los cafés. Y no vio más que un apabullante aburrimiento. Era preciso encontrar aquí un reemplazo inmediato para la vida rodeada de odio que dejaron en París. El idilio, aquel halo de comodidad, había terminado con todo. Algo tenía que suceder, de inmediato. Él tenía que empezar. Tenía que hacer algo.

Abandonó la cama con cuidado.

Sí, algo tenía que cambiar ¿pero qué? ¿Qué tenía que hacer? ¿Qué debía permanecer igual?

Con ambas manos Fec agarró frenético una silla. No era capaz de pensar en nada en absoluto. Se mordió confundido un dedo y apretó fuerte los párpados.

—Yo… yo quiero algo más—se dijo al fin con desprecio, y sintió cómo a la vez se tranquilizaba.

—Sí, pero ¿por qué quiero algo más? ¿Porque no quiero perder a Bichette?—se imaginó muerta a la que dormía, y encontró en esta idea una gratificante solución.

—¿O porque me quiero asegurar a largo plazo una vida apacible con el capital que supone esta mujer?—aspiró el aire de la sobrecalefaccionada habitación y se sintió como en un mullido *fauteuil* encolerizado por el aburrimiento.

—¿O porque quiero millones y el poder que dan? ¿Acaso no estuve cerca de poseerlos?—se vio a si mismo en Roma, una mujer sobre la alfombra…y también en el desván de la casa de la rue de Chéroy, donde había pasado la noche anterior al primer *rencontre* con Bichette, despertándose sin una perra y riéndose de su falta de ambición.

—¿Entonces por qué demonios? ¿Por qué, por qué, por qué? Algo como para simplemente mantener este maravilloso acuerdo? ¡Estupendo! ¡Realmente estupendo!

Todavía sostenía la silla con desesperación.

Bichette se dio vuelta ronroneando.

Fec, temeroso, soltó la silla. Y por fin lo vio todo con claridad. Con tanta claridad que cerró los ojos deleitándose durante unos segundos.

—Será mi última aventura. La última de todas. Y terminará como todas las aventuras. Banal y grotesca.

«Como todas las aventuras». Repitió a media voz mientras bajaba la escalera.

### \*\*\*

No fue hasta las siete de la tarde que regresó Fec al hotel. Bichette seguía durmiendo. Después de prepararlo todo con máxima cautela, Fec encendió la luz. De todos modos, hacía falta despertar a Bichette. Sin importarle más, empezó a cambiarse la ropa.

—¡Ay!.. mmm…¿qué pasa?—oyó desde atrás la débil voz de Bichette.

—¡Ponte el vestido que está en la cama! Ahí está el abrigo y aquí los zapatos y el sombrero. ¡Date prisa! En una hora tenemos que estar en el Casino.

—¿Pero qué pasa…? ¿Y tú, qué te estás poniendo?—la expresión de Bichette era de un indescriptible horror.

Fec frunció las cejas para evitar una carcajada sobre esa mirada.

—Presumo que es un esmoquin. ¡Por favor, no preguntes ahora! No hay tiempo que perder. Hablar mientras nos vestimos es una gran estupidez. Perdemos el tiempo, el encanto y la razón. Así que ¡paciencia! En el camino te enterarás de lo que haga falta.

—*Cahin caha*—Bichette meneó la cabeza suavemente de un lado a otro y lanzó un profundo y singular suspiro.

Fec, mientras se anudaba la corbata, y encontrándose, de imprevisto, atractivo, oyó a Bichette dar un par de pasitos rápidos.

—¿Y qué es todo este ajuar? ¿Eh? Bichette apuntó despectivamente con la barbilla las joyas que había esparcidas sobre la mesa.

Fec se volvió, rápido como un rayo, y la miró, riendo por dentro pero fijamente a los ojos.

—Este es el ajuar que te vas poner.

—Y si no lo hago ¿qué? ¿eh?

—¡Lo harás!—los dedos de Fec se cerraron lentamente en un puño.

—¿Y si no?

—¡Lo harás!—el puño de Fec empezó a levantarse.

—*¡Schlingue!*—le escupió Bichette.

Esta vez, Fec no pudo contener la risa.

—Bichette, te lo pido por última vez…

Bichette silbó para sí con insolencia.

—Si no te voy a…—gritó Fec, ya totalmente furioso.

—Si no, si no…—Bichette gritaba igual que él.

Fec, que para su regocijo tuvo la impresión de que todo podía acabar si continuaba, se dejó calmar por una pérfida sensación de curiosidad. Se alejó de repente y se concentró en anudarse la corbata.

Tras una larga pausa, Bichette dijo—Esto es grandioso, es *riche*. Si no me equivoco esto está pasando.

—No te equivocas.

Bichette se aseó en silencio y con una tempestuosa meticulosidad. A los diez minutos incluso se puso a coser.

En el taxi, Bichette frunció el labio superior enfurruñada.

—Qué pena no haberme podido poner esos encantadores zapatos. Y eso que eran de mi talla…

Fec masculló preocupado—¿Y el vestido? ¿Te queda bien?

—Como has visto ya, hasta el mínimo detalle—Bichette, sonriendo alegremente, le pegó en la mano.

—Pero ahora dime: ¿cómo has hecho para escoger la talla correcta, ¿cómo haces siempre para…?

—Por el momento, solo te diré que..—Fec hablaba tan rápido como podía, para proteger aquello que tenía que decir de la comicidad que ya estaba experimentando.

—Por el momento, solo te diré que eres hermosísima. Que a tu lado, cualquier joven duquesa se ve mucho más miserable. Que eres mi valiosa amante y que no abrirás la boca en toda la velada. Solo tienes permitido mover las manos y la cabeza. Será fácil para ti. Te mostrarás desorientada en tus movimientos más seguros, y viceversa. Y no te olvides, ni por un instante, de tener extremo cuidado ni de que eres una dama de los pies a la cabeza.

—Gracias—Bichette le levantó la barbilla con el dedo índice.

—Pero es un comienzo sucio… ¿no habrá disparos?

—Nunca se sabe cómo va a terminar—. Fec, ofendido por la alegría de Bichette, quería convencerla del peligro.

—¡Bah!—Bichette se apretó los labios entre dos dedos riendo para sí—El final es siempre una especie de… olor, mi respetado maestro.

Fec, sorprendido y contrariado al mismo tiempo, se sonó la nariz.

De repente, dijo Bichette con una voz completamente distinta—¿Vas a decirme de una vez de qué demonios se trata?

—No.

Bichette calló solo porque giraron por la ruidosa rue de la Gare.

### \*\*\*

No fue hasta bien pasada la medianoche cuando emprendieron la vuelta. En el coche, Bichette se lanzó al cuello de Fec con tanta energía, que casi se resbala del asiento.

—¡Oh, Fec, ha sido tan *riche*! ¿Qué digo? ¡Ha sido *richissimo*!, como diría Gaby. Y por cierto, ¿quién era ese gordinflón?

—Un viejo conocido mío. Se llama Jacques Laugier y es poseedor de una docena de inmuebles. Fue una casualidad que estuviera allí. O quizá no —Fec observó a Bichette con disimulo.

—Sí, ¿no fue por él?

—No.

—No lo entiendo. La sala estaba repleta. Y solo de la más elegante *panam*. ¿Por qué íbamos justamente nosotros a llamar tanto la atención?

—Muy sencillo. Porque yo lo provoqué.

—¿Tú?—la cara de Bichette se ensombreció, como si la hubieran insultado.

—Yo mismo—Fec clavó la vista en la espalda del *chauffeur*.

—Tras ultimar las compras, llamé a la directora del Casino *Jetée* *Promenade* como recepcionista del hotel Ruhl para reservar una mesa al frente para el Barón Punschoff. Luego llamé a la redacción del Éclaireur para decirles que Mistinguett estaba en Niza y por la noche se proponía visitar el Casino *Jetée*. Y por último, hice llegar al director de orquesta de la *salle privée* a través de un *messenger* boy un pequeño sobre que contenía un billete de quinientos francos y un par de líneas de puño y letra.

Los ojos de Bichette se abrieron grandes y húmedos.

—¡Conque de ahí viene toda esta salvaje *farfouille*!

—¡Y esos quinientos francos se nos van a multiplicar!

Bichette se volvió a lanzar a su cuello. Después hizo miles de preguntas, lo besó por toda la cara y riéndose a carcajadas, lo pellizcó y lo mordió, y todo esto sin parecer percatarse en absoluto de que Fec la miraba sonriendo atónito.

### \*\*\*

En la habitación, Bichette ni siquiera se tomó el tiempo para quitarse el abrigo.

—Fec, ¡eres maravilloso! ¡De verdad! Pero esto se va a saber. Tarde o temprano se darán cuenta, Fec.

—En absoluto—Fec se desabotonó con coquetería los guantes de cuero blanco.

—Que te confundieran con Mistinguett fue un error. Tú te llamas…ehem, digamos que…Thaller. Bichette Thaller. En el fondo, les encanta cualquier cosa que venga de fuera. Causará una magnífica impresión que se te haya tomado por esa mujer. Yo, sin embargo soy el barón Punschoff. Pues ese es el nombre por el que soy medianamente conocido fuera de París y del que no me deshice hasta hace unos dos años cuando empecé a padecer una gran falta de apetito—Fec enarcó significativamente las cejas y se arrancó los guantes de cuero blanco de un tirón.

Bichette, que había estado escuchando inmóvil, se dejó caer en el sillón y examinó a Fec con una mirada dura y gélida.

Fec iba brincando despacito por la habitación. No estaba realmente seguro de si debía sentirse superior. Pero sin duda estaba de un humor inmejorable.

—Mañana compraré el resto del vestuario necesario, *etiquettes* de hoteles internacionales y maletas grandes. Bien gastadas, con marcas y restos hábilmente pegados, parecerá que tienen un buen tiempo de uso. Y así se llevarán al depósito de la estación, desde donde serán recogidas dos horas más tarde por el Hotel Ruhl, en cuyo hermoso edificio tengo previsto alojarme contigo.

Bichette lo siguió con la mirada vacilante.

—Lo que vendría a ser una vuelta a la carretera.

Fec dio un salto en el aire ante Bichette, se agachó de rodillas a sus pies y exclamó magistralmente, presionándole las caderas y con un aire afectado y grave:

—Porque la carretera promete un éxito rotundo a los que surgen del bosque.

—¡*V’lan*!—Bichette le deshizo la corbata de un tirón.

—Pobre *Panam*.

—No. La *Promenade des Anglais* será nuestra carretera.

Bichette le apretó las orejas y lo atrajo hacia sí lanzando gritos de júbilo. Las palabras salían atropelladas de su boca:

—*Bichon*, sí que has tenido buen olfato con este *gouapard*.

—De momento no—chilló Fec y liberó sus orejas ardientes.

—¡Pero ahora cuéntamelo todo!—Bichette tomó su cabeza con las manos y le apretó cariñosamente la mejilla en la frente—¡Todo!

—¿Todo?—Fec chasqueó la lengua e intentó incorporarse.

Pero Bichette lo tenía fuertemente sujeto con un gesto obsceno y no dejaba de hacerle preguntas.

Fec se deleitaba con sus preguntas y sus manos, que de repente empezaban a ofrecerle caricias aún desconocidas. Excitado también por los impacientes y dulces labios jadeantes, se vio forzado a empezar a responder y a contarle hasta el final…

Incluso en la cama siguieron hablando. No menos animados.

El ocupante de la habitación de al lado lanzó un objeto duro cuatro veces contra la pared acompañado de insultos. Sin ningún éxito.

Cuando se cansó, Bichette apoyó su cabeza en el pecho de Fec, quien calló de inmediato. Y poco después se elevaron nuevamente otros sonidos…

Una vez más, algo se estrelló contra la pared. Sin éxito alguno.

## Seis

Ya a la tarde siguiente, Bichette estaba recostada en un balcón del Hotel Ruhl, envuelta en un *peignoir* amarillo de seda y observaba burlona la actividad en el muelle y las pequeñas barcas en el mar.

Fec, a quien la mudanza del día anterior había dejado agotado y algo apático, estaba sentado con la cabeza entre las manos y la mirada vagamente dirigida a un punto en el vacío, y con Bichette, casualmente, dándole la espalda. De modo que apartó la vista de repente cuando ella volvió de súbito el rostro extrañamente compungido hacia él. Solo sus ojos se paralizaron con un brillo gélido.

Tras un lapso que a ambos les había parecido mucho más largo de lo que fue, se percataron de que se estaban mirando a los ojos.

Fec mantenía la mirada fija en la suya. Bichette luchó durante unos segundos y con gran esfuerzo por librarse de aquella expresión de su cara. Sus sienes se tiñeron de un color ajeno.

—¿Qué te pasa? ¿Eh?

Fec, intimidado por la violencia de su cara, olvidó responder.

Bichette le propinó un doloroso golpe en las costillas.

Fec retrocedió desconcertado.

—¿Pero qué es esto…?

—Hoy te pasa algo—dijo Bichette con los labios fruncidos.

Fec, sonriendo involuntariamente, se frotó el costado doloroso.

—A ti te pasa algo.

—¿A mí?—Bichette se daba golpecitos en la barbilla con los dedos.

—A ti te pasa algo.

—*Eh ben*, ¿qué?

—¡*Schlingue*!—Bichette, al sentir que ahí sentada acabaría inevitablemente diciendo aquello que de ninguna manera quería decir, se levantó de un salto y entró en la habitación.

Fec la siguió con la vista meneando la cabeza.

—Bichette, ¡ven aquí!

Ella, en lugar de ir se sentó para peinarse.

Fec entró rápido tras ella.

—¿No te gusta esta vida? ¿Te aburres?

—No. Sí me gusta.

—¿O es que mis historias te quitaron el entusiasmo?

Bichette se colocó el brazo de Fec alrededor del cuello mientras con la otra mano giraba las tenacillas sobre el fuego.

—Realmente… ¿aún le tengo que decir, señor barón, lo mucho que me alegro del retorno de su apetito? ¿Y de todo lo que ha devorado ya? Sin las confirmaciones indirectas de Laugier podría no haber creído del todo mucho de lo que usted me contó anoche.

Fec, que intentaba en vano no sentirse halagado, hizo una pausa.

—Bueno, tú podrías también haber dicho algo… yo ni siquiera sabía que tú…

—Bah, hay muchas cosas que aún no sabes…—Bichette se deshizo del brazo de Fec con una sonrisa más burlona de lo oportuno. Los *Ballots* que hacen estos regalos no hablan argot. Además, yo estuve dos años en un internado.

—¿Tú? ¿En un internado?—Fec lanzó una carcajada ruidosa.

Bichette se quitó las tenacillas del pelo tarareando.

—¡Yo también he tenido buena puntería contigo!

—¡*Schnock*!

—Pero eso me lo tienes que contar—dijo Fec mientras seguía riendo.

—¡A la Saint Glinglin!—Bichette se peinaba violentamente.

—Y además parece que te has vuelto a emborrachar, ¿eh?

—Lo lamento.

—¿Cuánto vale mi ajuar?

Fec permaneció un rato en silencio, consternado, antes de responder lentamente:

—Sin contar las piezas vendidas y aquellas que utilizas para tus baños, podrían ser unos cuarenta y cinco mil francos.

Bichette lanzó su peine sobre el mármol.

—Más de lo que todas tus mujeres jamás han tenido.

—Pero Bichette, si es que tú eres…—Fec tomó con ambas manos los hombros desnudos de Bichette y se los llevó a la boca.

—Esto es…

—*Guips*, esto es *guips*—Se levantó de un salto y rodeó el cuello de Fec meneándole la cabeza, y le sopló los ojos sonriendo.

Llamaron a la puerta.

El muchacho del hotel trajo una tarjeta de visita.

Después de que Laugier se despidiera no sin antes ser invitado a un banquete, fueron Fec y Bichette del brazo a dar un paseo por el muelle.

Causaron sensación. Un conde austríaco señaló a la pareja con el bastón, sonrojándose luego por su indiscreción.

Fec rio agudo.

—Laugier está loco por ti… Tanto, que hasta te toma por una persona seria.

Bichette consiguió abandonar una de esas poses curvadas, con cuyo desprecio hacía palidecer a tantos en Montmartre.

—¿Seria?—chilló Bichette finalmente.

—Además, hoy le conté que fui tu primer hombre. Si nos hiciéramos pasar por casados, el atractivo sería mucho menor. Es una gran ventaja ser una pareja de amantes. Eso eleva nuestro renombre hasta las nubes y nos baña como con miel.

—¿Eh?—Bichette, que parecía molesta por algo, hizo como si no hubiera entendido.

Fec había notado la intencionalidad de su pregunta, por eso repitió cortante—Con miel. Eso atraerá a la gente…empezando por Laugier. Pero incluso así le costaba esfuerzo encontrar el tono neutro requerido con el que de manera inexplicable tenía éxito.

—Él conoce a Flinsparker. Aquel por quien… por quien te dejarás arrebatar de mí. *Ça y est*.

Bichette sintió una ligera contracción en la garganta en forma de espasmo. Se acarició los pechos como para alisar las arrugas—¿Aquel con pelo blanco y bigote teñido de negro?—su voz se había hecho tan pequeña que Fec seguramente se preguntó si no se la habría llevado una fuerte brisa marina.

Fec encogió la nariz.

—Mi intención es…

—¡Cuéntamelo más tarde!

Cuando este se lo contó en un banco de la Place Massena, ella escuchó en silencio, hizo algunas preguntas pertinentes y se levantó de repente.

—¿Quieres echar raíces aquí?

Fec se levantó lentamente, algo extrañado.

En ese instante, Bichette le pegó una patada en un flanco a un perro de caza que iba trotando por ahí, haciendo que casi se le echase encima aullando.

Bichette lo evitó con destreza.

Fec corrió hacia el animal, que se alejaba moviendo la cola asustado.

A la hora del banquete se presentaron otra vez en la sala privada del Casino *Jetée*. A su entrada se detuvo la orquesta e inmediatamente entonó la *Valse brune*, que Bichette había pedido que tocara dos veces la velada anterior.

Apenas puesto el *champagne* en la mesa, el *défilé* ya se estaba repitiendo. Las damas que deambulaban por debajo de la balaustrada le dirigían miradas curiosas, que no consideraron necesario ocultar en absoluto. Los caballeros mantenían una respetuosa distancia, pero siempre sin perder de vista a la interesante pareja. Solo algunos pocos, atravesados por su encanto irresistible, osaron procurar la cercanía de Bichette.

Ya se sabía que ella no bailaba más que con su pareja o con bailarines profesionales a los que él pagaba abundantemente al marcharse. Fec se atenía mucho a esta costumbre, pues por un lado, aniquilaba cualquier germen de sospecha de que Bichette trabajara para él, y por otro lado, en cualquier momento en que se presentara una situación prometedora, el baile podría ser interrumpido con el mayor de los éxitos.

Durante aquella velada tuvo lugar cierta interrupción. Fec invitó al joven hijo del banquero londinense Watt-Wayler, presentado por Laugier, a sentarse a su mesa, y pronto lo abandonó para pocos minutos después volver y encontrarla intencionalmente vacía con una visible expresión de sorpresa, y al fin, para ver en apariencia perplejo a Bichette bailando en medio de la sala en los brazos de Watt-Waylers.

Por eso, el regreso de Bichette y su compañero a la mesa se produjo bajo la más atenta mirada de todos los presentes, que naturalmente no cayeron en la cuenta, puesto que Fec no mostró la más mínima flaqueza, a sabiendas de que nadie en la sala siquiera dudaría de que su corazón se retorcía como en el infierno.

Cuando poco después Fec volvió a bailar con Bichette, por primera vez no bailaron solos (lo que hasta entonces había sido una especie de acuerdo tácito), sino que todos bailaron e incluso más cerca de ellos de lo necesario. El hechizo se había roto. Y la curiosidad que presentía el drama, desvanecido.

Laugier apareció con retraso, se disculpó nervioso y no se atrevió a dirigir la mirada a Bichette.

Ella empezó, por primera vez, a hablar con él, lo que lo remató, y una media hora más tarde expresó su deseo de ser presentada a la joven que estaba sentada a la mesa de Flinsparker.

Un pequeño paseo por la sala principal ofreció a Laugier el pretexto de saludar a Flinsparker y de presentar a Bichette, que estaba a su lado. Ella entabló inmediatamente conversación con la joven dama y se la llevó sin dificultad a la mesa de Fec, dejando a Laugier con Flinsparker.

Cuando Laugier la siguió, iba acompañado de Flinsparker, quien correspondió con un aire jovial al deseo amablemente expresado de Fec de que se uniera a ellos a la mesa.

Al partir quedaron ocho botellas de *champagne* sobre la mesa, Flinsparker casi llorando de alegría y Laugier y Watt-Wayler estupefactos. Porque ambos habían notado cómo Flinsparker, al sujetarle el abrigo a Bichette, había besado sus brazos desnudos.

Laugier empezó a reanimarse cuando Fec le ofreció ir con ellos al hotel para una última charla.

Allí mismo lo dejó a solas en el hall del hotel con Bichette, no sin que antes ella se quejara un poco de él, y según lo acordado hizo que él confesara temblando su amor por ella.

Tras una extensa y visible lucha interna, aceptó reunirse con él la tarde siguiente en el muelle. Acudiría sola.

### \*\*\*

Luego, en la habitación, Bichette se abalanzó sobre Fec con los labios apretados y torcidos y le arrancó la corbata y el cuello con un chasquido, le tiró violentamente de los pelos chillando, le hizo jirones la camisa y la chaqueta, y luego le pegó, lo rasguñó, lo escupió, se lamentó y gimió.

Fec, atónito y fuera de sí ante la confusión, se había dejado tirar al suelo. Inmóvil, permitió que se le hiciera de todo. «Le dejaría hasta que me arranque los ojos si quisiera»—pensó. Y sorprendido de sí mismo clavó la mirada en los atroces ojos de Bichette. Finalmente se hundió, exhausta, en él. Y así permanecieron durante algunos minutos.

Luego ella buscó sus labios y empezó a reír con demencia.

### \*\*\*

Aquella fue la noche más salvaje. Hubo momentos en los que Fec apenas sabía qué pensar de todo aquello. Bichette estaba furiosa. Y una de las veces gritó tanto que hasta el muchacho del hotel, preocupado, llamó a la puerta.

Y no fue hasta la entrada de la mañana que, mientras orinaba, pronunció como para sí: «*¡schlingue!*».

## Siete

Cuando a mediodía Fec abandonaba el hotel para hacer compras, lo siguió un botones para entregarle un sobre que acababa de llegar en aquel momento. Al verlo, Fec volvió inmediatamente al apartamento, pues la carta estaba dirigida a Bichette y venía de París.

Mientras ella leía, Fec la observaba con la más acechadora impaciencia. Y apenas terminó de leer, él no tardó en preguntar con brusquedad:

—¿De quién es?

—De Pimpi—dijo Bichette con la boca torcida.

—¿De Pimpi? ¿Cómo es posible?

—Ayer le mandé un telegrama.

Fec se agarró un puño con la otra mano.

—¿Y se puede saber qué demonios tenías que contarle? ¡Ay…!

—¡Bah!—Bichette torció la boca de una manera realmente imposible—. Quería saber qué pasó.

—Eso es… eso es…—Fec se amasaba los dedos respirando agitado. No hay nada que te haya insistido más que en no escribir a nadie.

—¡Escribir… no he escrito! Y en Pimpi sé que puedo confiar.

—¡Tú! ¡Pero no yo!—Fec hizo un gran esfuerzo para devolver la calma a su expresión—Además, le di la dirección real. No tengo nada que esconder.

—Eso no significa nada. ¡Déjame ver!

Bichette le pasó la misiva sin decir nada. Despectiva, se encogió de hombros varias veces mientras Fec leía.

—¿Quién es… Ralix?

Bichette sonrió a duras penas. Luego dijo lentamente:

—Un chi-fla-do.

—¿Qué?

De repente la cara de Fec se suavizó adoptando un aire meditabundo.

—Ah, sí, recuerdo que Pimpi te advirtió acerca de él. Que haya tenido razones para hacerlo, lo demuestran estas amenazas.

—¡Patrañas!—dijo Bichette con una tocecita sofocada.

—*Maboul*.

—Mmm… Conozco un poco, como tú sabrás, las costumbres de estos señores. Si Ralix se ha jactado ante testigos en Léon de poder encontrarte aunque estuvieras en el Polo Norte, intentará bajo cualquier circunstancia mantener su palabra.

—Razón de más para que una persona de total confianza como Pimpi nos mantenga al corriente.

—¿Y qué relación tienen ellos?—preguntó Fec obstinado tras una breve pausa.

—¿Pimpi y Ralix?—Bichette juntó las palmas de sus manos con inseguridad.

—La misma que tienen todos allí.

Fec reflexionó inquieto.

—¿Y Harry? No es la primera vez que oigo ese nombre.

—Bah. Lo mismo que los otros. Uno más. No pude ocuparme de todo —Bichette se tiró sobre la alfombra y hurgó con las manos en una destellante piel de foca—. Pero que Gaby pudiera hacer algo así… jamás la habría creído capaz.

A Fec se le desfiguró la cara.

—Era previsible. Todas ellas saltan por la ventana o lo hacen de otra manera.

Fec se sentó, apático y preso de una rabia contra sí mismo.

—¡Cuéntame qué tuviste con Ralix!

—¡No grites así!… No… Ahora no estoy de humor para eso. Y además, estás siendo grosero conmigo.

Fec apretó la mandíbula y se dispuso a abandonar la habitación.

Bichette puso cara de enfadada y reptó hacia él en la alfombra—Fec ¿Qué puedo hacer ahora?

Fec la observó, un tanto desconcertado.

—Ve a la cama. Apuesto a que en cinco minutos estás dormida—Fue hacia ella, la tomó en brazos y la llevó alzada hacia el dormitorio. Suavemente le apoyó dos dedos en el labio inferior y lo tiró hacia delante con un beso furtivo—*Au revoir*.

—Fec, Fec… Bichette lo apretó fuerte con ambos brazos y lamió, respirando ardiente, sus labios, sus encías, su lengua, y frotó, de tal manera, su cuerpo contra él hasta sentir cómo se tensaba y excitaba. Luego se arrancó de un tirón el kimono verde de seda y aplastó la cara de Fec contra sus senos… y luego más abajo… y más abajo, donde la sepultó entre gemidos.

### \*\*\*

A las cuatro, Bichette paseaba por el muelle sola. Laugier apareció, otra vez con retraso, y con los mofletes rosados de correr, se disculpó nervioso durante un cuarto de hora.

Y en eso, apareció de repente Flinsparker.

Tras diez minutos de conversación insoportable, Bichette se volvió loca por una flor de verbena que vio en una vitrina. Laugier se precipitó hacia la tienda.

Bichette aprovechó esta oportunidad para mostrar su descontento ante la «casual» presencia de Laugier.

Por eso, cuando Laugier volvió sonriendo dulcemente con las flores, Flinsparker la condujo hacia su lujoso Rolls-Royce, que los esperaba en una calle lateral, y que tenía en la parte delantera, donde suele haber una banderita, una figura de bronce que representaba una mujer desnuda cubriéndose con timidez los pechos con los brazos.

Bichette se mostró maravillada.

Flinsparker se sentía radiante. Con destreza se llevó a su *chauffeur* para hablar a solas.

Laugier temblaba.

Flinsparker ayudó a Bichette a subirse a la *coupé*, dejó los laterales del coche abiertos, y se sentó precipitadamente al lado del chofer.

Apenas Laugier caía en la cuenta de lo que estaba sucediendo ante sus ojos, cuando el coche arrancó y se deslizó en silencio con las puertas abiertas.

### \*\*\*

Por la noche, durante el banquete en la *jetée*, Fec manifestó la más perfecta ignorancia, y no paró de bromear de manera estudiada, por lo que a Bichette le costó reunir la indiferencia necesaria para enfrentarlo.

Tras el postre, Fec, que hasta entonces solo había bailado con Bichette, se dirigió en línea recta hacia la mesa a pie de la orquesta, donde se sentaba la bailarina estelar Bia la Roja con dos bailarines profesionales, y la invitó a bailar.

Esta vez lo dejaron bailar un solo de nuevo.

Bia la Roja, que creía intuir la situación, se dejó seducir por una fuerte excitación, y entregándosele obligó a Fec a bailar con tal fervor, que a la vista de los compañeros de mesa de Bichette fue un rotundo escándalo.

Toda la sala se mostró visiblemente indignada.

Si bien Bichette estaba advertida del proceder de Fec, no supo a ciencia cierta por qué se enfadó y lo recibió, a su vuelta, de un humor casi mordaz.

Fec no entendió lo que ella intentaba expresar de aquella manera y se puso de mal humor.

Y no habría faltado mucho para que esta pequeña escaramuza degenerara. Pues los acontecimientos eran siempre suficientes como para superar tres veces las expectativas proyectadas de Fec.

Flinsparker fue quien esta vez saldó la cuenta.

En la escalera, se disculpó otra vez, de corazón, ante Laugier, pues el transcurso de la tarde lo había puesto del más alegre humor. Estaba convencido de que él había subido al coche, y lamentablemente advirtió demasiado tarde la puerta abierta. *Madame* Thaller evidentemente opinaba que se trataba de un malentendido.

Pero ella no opinaba eso en absoluto cuando se sentó otra vez en el hall frente a Laugier, sino más bien estaba intensamente avergonzada, por lo que Flinsparker tuvo el atrevimiento o más bien la insolencia de, mediante un truco, pasar un momento a solas con ella.

Laugier resopló.

Entonces concertó un cita para la tarde siguiente y se lo dejó un momento solo con el muy *à propos* aparecido Fec.

Fec, en nombre de su antigua amistad, pidió consejo: él no quería enfrentarse a Flinsparker, pero tampoco estaba dispuesto a seguir tolerando la manera en que este cortejaba a su mujer. Aquello que se había permitido en el muelle era para un hombre de su rango una cosa verdaderamente increíble. Laugier se despidió de Fec con la solemne promesa de advertir a Flinsparker.

### \*\*\*

No fue hasta atravesar la puerta del apartamento que Fec preguntó a Bichette por la razón de su comportamiento en la *Jetée*. Bichette se balanceó atormentada de un lado a otro.

—Yo qué sé… Después de todo no fue nada grave…—Bichette —Fec le colocó la mano en el hombro desnudo y la giró hacia sí.

—¿Qué fue eso?—Bichette miró hacia un lado. Parecía estar pensando. Pero luego hizo un breve movimiento con la cabeza, como si diera lo mismo lo que estaba a punto de decir.

—De repente fue como que… me subió la borrachera con el malo de Laugier, el barrigón de Watt-Wayler y la cuchilla de un Flins de un Parker…. mientras tú… Sí, sí, lo sé, es estúpido. Absurdo. Lo que quieras. Pero fue más fuerte que yo. Sencillamente no me pude contener… ¡Y ahora déjame en paz!

Fec, dominado por un malicioso placer y a pesar de que toda esta conversación para él flotaba como en el aire, se dispuso a realizar una confesión.

—Escucha, Bichette—se apartó rápidamente de ella, como para ocultar que se estaba delatando:

—Cuando leí la carta de Pimpi yo me… sentí prácticamente lo mismo.

Bichette dejó que se le cayera el abrigo por los brazos y examinó a Fec con una mirada escrutadora.

—*V’lan*. Ayer ya tuve esa sensación en el balcón. Parece que está sucediendo. Nuestro amor se está forjando.

Fec hizo como si no hubiera oído nada, quería sacarlo más adelante, cuando fuese más propicio… Entonces giró la cabeza bruscamente.

—Ja ja. ¿No es divertido que se tenga que hacer todo esto? Si tú, delicada y sencilla, y sin reclamo alguno, te presentaras una noche en la *Jetée*, probablemente se enamoraría perdidamente de ti cualquier hombre de alta categoría o incluso el *maitre*. Pero no se pelearían por ti. Uno tiene que poner su vanidad en bastidores y exponerlos en una galería que los ciegue. Enfrentarlos ciegamente a su propio egoísmo. Pero el egoísmo no es en absoluto el impulso máximo. Sino su efecto. Y esto es lo que hay que conseguir.

Bichette estaba de rodillas con los ojos cerrados en un sillón. Se formó una especie de gesto burlón alrededor de su boca cuando dijo adormilada —De eso ya has hablado dos veces, ¿te acuerdas? Cuando fuimos por primera vez al Aëro y tú estabas borracho.

Fec, a quien su silueta semi desplomada había excitado intensamente, se acercó por detrás, le cogió los pechos y los apretó cada vez con más fuerza.

Bichette empezó a reír con ternura y le tendió la boca. En cuanto sus labios la envolvieron revueltos, sus ojos se voltearon hacia arriba. Solo podía verse el blanco azulado.

## Ocho

Bichette sintió, al despertarse, que Fec estaba de pie junto a la cama, y se hizo la dormida después de parpadear discretamente y asegurarse de su presencia.

Fec, al tanto de esto, se sentó en el borde de la cama y acariciándole suavemente el cabello, le susurró, como casi en contra de su voluntad:

—Mi dulce y pequeña *bichon*… Animal firme e imponente… Fémina oscura y vaporosa… Tú eres la más fuerte cadena de la que me sostengo para no precipitarme, de la que ya casi me precipito… Y ni siquiera sé de dónde cuelga esta cadena… De saberlo, te lo…—Pero ahí fue presa de un pérfido deseo—…te lo diría… a pesar de que sé que no duermes y me oyes.

Bichette se incorporó de un salto, con el rostro un poco desencajado.

—¡*Schnock*!

—*Eh ben*.

—Fec, eso fue… ¡Oh…!

Fec se tiró sobre ella riendo, la aplastó con todo su peso en la cama y le dijo al oído ante sus ojos húmedos aún de rabia:

—¿Y tú? ¿Acaso no te hiciste la dormida para…? ¿No te hubieses quedado callada y…?

—¿Y qué?—susurró Bichette.

—¿Y te lo habrías creído?

Bichette permaneció varios segundos inmóvil, con los ojos bien cerrados. Luego se humedeció los labios, respirando con dificultad.

Recién entonces Fec la soltó. Simultáneamente él chasqueó fuerte la lengua tres veces.

Durante todo aquel día procuraron evitarse.

Laugier esperaba en vano desde hacía dos horas en el muelle.

Por la noche Bichette no bailó ni una sola vez con Fec, quien ofreciendo a Bia la Roja la posibilidad de realizar aquel dúo aclamado con delirio, procuraba a esta un éxito personal cuyas dimensiones se correspondían con la influencia que ganaba ante el director.

Poco después de medianoche, tuvo lugar un aparatoso incidente. Mientras Bichette bailaba con Watt-Wayler y Fec con Bia la Roja, el pie de Bichette chocó con el tobillo de Bia la Roja de una manera que le fue tan dolorosa que esta lanzó un chillido y habría caído al suelo de no ser porque Fec la tomó firmemente entre sus brazos y la colocó en una silla. El pie no tardó en hincharse. Bichette consiguió más de lo que parecía haberse propuesto: Bia la Roja estaba sentada fuera de combate.

Fec regresó despacio a su mesa bajo la mirada de Bichette, que lo examinaba sarcástica, y empezó, en parte por un hasta entonces desconocido sentimiento de odio semejante, y además, también por el puro placer de pedirle cuentas, a reprocharle una ineptitud que rozaba lo verosímil.

Bichette, bajo el peso de sus sentimientos análogos, respondió con tal desfachatez, que a Fec le pareció que era la primera vez que la percibía en ella, y al contestar él de la misma manera, ella empezó súbitamente a hablar argot, liberando su ya entonces muy reprimida voz y se desahogó entre injurias.

Fec, que de pronto comprendió que algo irreprimible se había desencadenado, se dejó arrebatar, profundamente subyugado y deleitado por el salvajismo de Bichette. Dejó la mente en blanco y se limitó a intuir a qué lo obligaría ello, y se quedó de pie, con la cabeza ligeramente retraída y los puños cerrados en los bolsillos del pantalón.

Y ante él, Bichette, con los dedos de las manos desplegados en las caderas, los hombros desnudos bien inclinados hacia delante, y la boca abierta, aunque sin gritar.

Y en un instante se vieron rodeados por un círculo de espectadores, entre los cuales Flinsparker, Laugier y Watt-Wayler estaban de pie a los lados como si fueran árbitros.

Ninguno de los espectadores fue luego capaz de decir cómo empezó. De repente Fec y Bichette rodaban por el suelo revueltos y peleando como niños de la calle, con esa seducción desenfrenada y el mismo odio simpático y fulgente en los ojos.

Fec estaba a punto de someter a Bichette, cuando Watt-Wayler, quien primero se restableció de su aturdimiento, se acordó de que tenía que ser caballeroso. Tomó a Fec por los hombros e intentó sacarlo de encima con todas sus fuerzas.

Fec, que desde que había tocado a Bichette no había visto ni oído nada, estalló ahora en ira. Liberó a Bichette un momento y se abalanzó sobre Watt-Wayler, a quien después de propinarle un fuerte puñetazo en la sien, con dos movimientos rápidos, casi a través del aire lo lanzó sobre la mesa, en donde vasos, botellas y platos tintinearon y quedaron hechos trizas al caer al suelo.

La cara de Fec adoptó una expresión tan temeraria, que nadie más se atrevió a intervenir. Aunque sobre todo porque todos estaban bajo la sugestión de esta excitante lucha y de algún modo anhelaban que prosiguiera.

Watt-Wayler se armó de valor nuevamente y se plantó delante de Fec en posición de boxeador.

Con una destreza extraordinaria, Fec se tiró de lado sobre él, ofreciéndole un fuerte puñetazo que lo dejó en el suelo y con ello, lo redujo miserablemente.

Justo ahí Watt-Wayler, cuya derrota se le hacía atroz ante los ojos de Bichette, consiguió alcanzar su *Browning*.

Fue entonces cuando a Flinsparker, Laugier y al círculo de espectadores no les cupo duda de que tendrían que haber intervenido hacía rato.

En pocos segundos Watt-Wayler estaba desarmado y tenía a Fec lejos de él.

En el tumulto general que siguió a eso, Fec, quien de repente sin adversario recuperó la sobriedad, llevó con la ayuda de un camarero a Bichette, que estaba acuclillada en el suelo temblando y jadeando, al aire libre. Y en eso, descubrió con asombro que en la mano derecha colgando sostenía su cuchillo.

Mientras el camarero corría tras un taxi, Fec retiró a Bichette el cuchillo de la mano, lo escondió y la tomó en brazos a paso ligero hacia el Hotel Ruhl que estaba enfrente en diagonal.

### \*\*\*

Bichette apenas fue acostada en la *chaise longue*, apretó los dientes haciéndolos rechinar, fulminó a Fec con la mirada y volvió la cabeza hacia la pared.

Fec se arrancó la chaqueta, formó una bola con ella y la lanzó a una esquina de la habitación. Levantando la voz, dijo:

—¿A esto es a lo que llamas no creerse la historia? ¿Mantener el perfil bajo? Ja, ja.

Bichette se incorporó lentamente. Parpadeó.

Fec se obligó a mantener la calma presionándose el cuello con las dos manos.

—Ya me he dado cuenta hace tiempo de que empieza a gustarte esta demencia de sentimentalismo desenfrenado. Tu sueño fingido, por ejemplo, es parte de ello.

Bichette se levantó contoneándose provocadoramente.

—¿Y entonces por qué le diste una paliza a Watt-Wayler? ¿Eh?

—¡Chis! ¡Si tú empezaste!—Fec sintió perfectamente cuán inoportuna y ridícula era su exaltación, pero no fue capaz de dominarse.

Finalmente Bichette volvió el rostro por completo hacia él, con una desconcertante expresión de impávida candidez.

—Además esta elucubración escrupulosa que no reporta nada me parece aburridísima y estúpida. Basta.

—Desde hoy, no reporta nada. Y que sepas que por ti. Por ti y nadie más.

—¡Bah!—Bichette se volvió a sentar balanceando los pies.

Fec, preso de una repentina y disparatada ira, pateó una silla contra ella, aunque sin darle.

Bichette se quedó sentada, aunque paró de balancear los pies.

—Si esto sigue así me voy a volver loca.

—¿Loca?—rugió Fec—¡Espeluznante! Más bien te volverías sensata.

En la habitación contigua se cayó algo produciendo un ruido breve y argénteo.

Fec se sonrojó. Recién ahora parecía estar recuperando la conciencia.

Bichette vio su rubor y se estiró con un aire de superioridad.

Ambos guardaron silencio y se sentaron de tal manera que no podían verse.

Tras un cuarto de hora aproximadamente Bichette se acercó furtiva a Fec, se acurrucó en sus rodillas, le levantó el mentón con el dedo índice y empezó a reír fuerte y largamente.

—Fec, yo creo que a lo mejor es que nos queremos. ¿No te parece? ¿Eh?

—¡Idiota!

—*Merci*.

### \*\*\*

Más tarde, en la cama, Fec dijo:

—Lo daría todo por saber, realmente, qué nos ocurrió.

—*V’lan*. Yo también—Bichette, riendo, hizo una mueca con los labios.

—¿Realmente no puedes decirme a santo de qué le diste un puntapié?

Bichette se apretó la cabeza con las manos y respiró con dificultad.

—¿A santo de qué? …Sssss, esto es… *schlass*. O sea, al principio… al principio creo que estaba celosa, si soy razonable diría que fueron celos, y también pura vanidad, y todo esto por el público. Tú ya sabes cómo es… Aunque no, no era eso. Pues poco antes de la patada, no había pensado para nada en hacerlo. Fue exactamente igual que esa vez con el perro. Y después yo misma estaba asqueada por lo que acababa de hacer…. Ah, o quizá lo hice en el instante en que te vi bailar con la cabeza inclinada hacia mí. Creo que… para mí es casi como si lo hubiera hecho por eso. Pero en el fondo, realmente no lo sé.

Fec, sumido en sus pensamientos, no la había estado escuchando, tal como advirtió al hacerse el silencio. Por eso dijo acalorado:

—No soy capaz de explicarme que yo… yo… yo que tenía exactamente todo de antemano… nuestro proceder, cada detalle psicológico…

—¿Qué?

—…había acordado todo contigo al detalle, que en lugar de ignorar tus *faux pas*, te haría rendir cuentas. Como si yo no… Ja, ja, ja, como si no hubiese sabido con antelación cómo acabaría. El resto, finalmente está claro.

—¿Claro? ¿Y eso?—Bichette le tiró fuerte de una oreja.

—¿Entonces no te habrías podido detener?

—No—Fec se incorporó rápidamente.

—No lo habría hecho. El resto no era más que una cuestión de nervios. Quizá si alguien se hubiera reído fuerte justo antes de que empezara a azotar a Watt-Wayler, o si hubiesen tirado un vaso al suelo, para que yo… Pero creo que aun así no habría sido posible. Contra los nervios que se dominan a sí mismos no hay mucho que hacer. Pero eso ya es un problema.

Bichette giró la cabeza, con una sonrisa particular.

—¿Qué quieres decir con que es un problema?

Fec se hundió en las almohadas.

—Que es un disparate.

—En realidad lo fue cuando Watt-Wayler voló sobre la mesa y toda la vajilla se estrelló contra el suelo. ¿Por qué tendría que haber pasado esto dos segundos antes?—Bichette esperaba, jugando con los dedos, una respuesta—Fec, ¡escucha! Yo creo que es lo mismo que en París… como cuando tuve mi ataque de llanto y tú me compraste la gorra amarilla… *V’lan*.

—Sí—dijo Fec con inesperada rapidez, ya que él había pensado casi lo mismo—pero por otra razón. Entonces era porque no podíamos seguir andando a la deriva. Ahora la razón es porque andamos a la deriva. Precisamente porque volvemos a andar a la deriva. O sea, por la misma razón.

—No, señor barón—Bichette titubeó acerca de si debía decir o no lo que pensaba. Se decidió haciendo un movimiento brusco con los hombros.

—Esta vez fue porque nosotros ya no andamos a la deriva, sino que nos resistimos a ello. Porque de nuestro pacto ha surgido algo diferente.

—¿Algo diferente? ¿Y qué es eso?—preguntó Fec con una fingida apatía que no le quedó bien, ya que se encontraba en una posición desfavorable.

—*V’lan*, es un hecho. Nos queremos. Para mí está claro. Solo que no sabemos cómo… ni por qué. Eso también lo tengo claro.

El cuerpo entero de Bichette desprendía un aire de triunfo.

Fec se dio la vuelta. Rio. Pero estaba demasiado cansado para responder.

## Nueve

Ambos despertaron de muy buen humor.

Mientras desayunaban Bichette preguntó, guiñándole un ojo con picardía:

—¿Y con Flinsparker, debería, eh?

Fec hizo como si no hubiera captado la doble intención de su pregunta.

Despacio y en tono reflexivo, respondió:

—Deberíamos, hasta cierto punto, dejar enfriar los *affaires* de ayer.

Bichette apoyó la taza indignada.

—Luego será muy tarde.

—¿Por qué?—para Fec estaba igual de claro el porqué.

—Podría funcionar aun así. E incluso mejor.

—¿Aun así?—Bichette rio con la respiración.

—«Aun así» no va funcionar nunca. Y de «incluso mejor», lo mismo te digo. Tiene que ser hoy.

—Sus ojos se agrandaron y humedecieron.

Fec sonrió satisfecho.

—Hoy, lo dices tú.

—Sí, yo dije hoy. Yo dije hoy—Bichette miró colérica por la ventana.

Fec, divertido, miró su plato.

—No sería incluso mejor, sino realmente el mejor de los casos. Un aun así, por cierto, no está en cuestión. Ni mucho menos por un retraso. No podríamos haberle dado a nuestra penúltima actuación de comedia celosa un final más eficaz que la pelea de ayer. Que te revelaras como una auténtica habitante de Montmartre, provocó sin duda entusiasmo en Laugier y seguramente gran curiosidad en Flinsparker. La ira de Watt-Wayler es irrelevante y servirá, si es tan ingenuo como para no ocultarla, de estímulo extra a Flinsparker para decidirse, y para que Laugier no tolere esta decisión. Estoy realmente más que deseoso por ver lo que estos dos… Mañana o quizá pasado mañana estas atracciones físicas van a…

—¿Eh?

—Quiero decir… Claro que tú eres guapa y eres… *ça y est*. Pero lo más seguro es que un americano forrado de millones no se deje llevar por una tontería si esta no le va a proporcionar una buena propaganda que no solo para él es impagable, sino ante todo, altamente prometedora para su persona. Toda Niza está hoy hablando de ti y de mí. Y mañana no será de mí, sino de él de quien se hable. Y cuando Laugier oiga eso hará mucho y muchísimo para que no se hable de otros, sino de él. *Eh ben*. Por eso, después, cuando el escándalo se haya enfriado (y se enfriará de súbito tras un cierto insuperable punto culminante), se habrán enfriado todos. Entonces puede que sea muy tarde. Pero aun así posible…

—… posible que sea precisamente muy tarde—Bichette apartó su plato con ambos dedos índices.

—Tienes razón. Y puedes estar seguro de que Flinsparker, si yo… ¡no me digas nada si voy!

—¿A qué hora te encuentras con él?

—A las tres—Bichette empujó la silla hacia atrás.

### \*\*\*

Para asegurarse de evitar previsibles encuentros incómodos, se dirigieron a las afueras de la ciudad. Media hora después, cerca de Cannes, detuvieron el coche, ordenaron al *chauffeur* que esperara y prosiguieron a pie, a lo largo de la playa. El trayecto los había puesto de un mal humor ostensible, pero también el recuerdo de la última conversación, en especial la de la noche anterior, que también Bichette sabía que habrían de retomar.

Quien los hubiera visto, habría debido pensar que su proximidad no era más que fortuita. Parecía como si cada uno fuera por su cuenta. Ambos esperaban que el otro empezara.

No obstante, anduvieron así un cuarto de hora más al lado, delante y detrás, hasta que finalmente Fec rompió el silencio que se había vuelto insoportable revelando, como si de un capricho irresistible se tratara, un incomprensible deseo:

—Dame un frijol y te diré que esa salchicha es azul.

Bichette esperó a ver si la frase acababa ahí. Luego soltó una carcajada horrible.

—¿Cómo sería, eh, si te dejaras de artimañas?

Con una mirada Fec se reanimó.

—¡Eso es! ¡Eso es! «Artimañas».

Bichette rio de modo aún más fuerte y horrible.

—¿Nos reinventamos, señor barón, o no nos reinventamos?

—Eso es. Nos reinventaremos.

—*¡Schlingue!* ¿Y luego qué? ¡Di algo!—Bichette empujó a Fec hacia delante agarrándolo de los codos.

Fec frenó en seco.

—¿No hablabas tú ayer del hecho de que nos amamos? ¿Y de que era seguro, aunque no sabíamos cómo ni por qué? ¿Entonces si..—se detuvo apoyando la mano en el antebrazo de Bichette para aumentar el efecto de aquello que quería decir. ¿Entonces si no sabemos el porqué ni el cómo, dónde está el hecho?

Bichette arrancó el brazo indignada.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Eh?

—Lo siguiente—Fec prosiguió, lentamente, con los puños cerrados ante el pecho.

—Ni tú ni yo teníamos razón. La pelea en la *Jetée* no se produjo porque andemos a la deriva ni porque dejemos de andar a la deriva. Nuestro acuerdo no ha cambiado en absoluto. Se mantiene como era.

—Tú sabes más que yo—tarareó Bichette respondona.

—¿Y cuál era el acuerdo exactamente?

Fec se sorprendió.

—¡Pero bueno!

—Luego atrajo hacia sí el brazo de Bichette, que solo opuso una leve resistencia.

—¿En qué consistía exactamente nuestro acuerdo? En que nosotros, como tú dijiste en París de camino a la estación, nos íbamos a proponer no engañarnos a nosotros mismos como hacen todos los demás, para ser capaces de todo. Ese era nuestro acuerdo. Nada más.

—¿Nada más?—Bichette repiqueteaba con los dedos en su antebrazo.

—¿Y nuestro amor? ¿Ya no está entre tus planes?

—Aquella mañana en Léon yo estaba borracho.

—Y por la tarde tú me preguntaste si el trato estaba hecho.

—Sí. Pero solo después de que tú me incitaras a ello.

—*Couci-couça*. Para ti es muy fácil.

—Tú me lo pones fácil.

—¿Qué? ¿Y eso?

—Yo entonces te reproché tu falta de honestidad. ¿Te acuerdas? Tú no eras realmente sincera, Bichette.

—¿Yo?—Bichette retiró su brazo.

—Sí, tú. En aquel momento te volviste versátil, pero no querías admitir lo que te pasaba. Por eso, para obligarte de algún modo a ti misma hiciste la escena esa con tus joyas. Y tras haberme dado trescientos francos, ya no era realmente necesario demostrarme que tú… *Eh ben*. Y fue por eso que me enfadé tanto después. A pesar de que no fue hasta más adelante que comprendí esa escena. Pero hasta el día de hoy no la entiendo del todo.

—*V’lan*.

—¡Entonces explícamelo!—Fec se rascó nervioso las uñas.

—Hay cosas que siempre se le escapan a uno. Antes, después y en el medio.

—Muy cierto—Bichette juntó las manos.

Fec se rio arrogante.

—Temías llanamente no ser capaz de llevarlo a cabo y…

—¿Que yo temía…?

—…y decías que teníamos que acordarlo todo con absoluta precisión. Yo también tenía, evidentemente, esta necesidad. Sin embargo, la discusión quedó inconclusa, a causa de nuestra arrebatada partida. Y solo me fui contigo, dicho sea de paso, porque en ese momento también estaba borracho.

—Lo estabas cuando nos fuimos. Pero cuando nos decidimos por Niza no estabas borracho.

Fec quedó desconcertado por unos segundos, al sentir que no podría aclararle esta aparente contradicción. Luego, enfadado, prosiguió.

—Y esta discusión no fue retomada porque no se presentó la oportunidad, no se quiso presentar. *Eh ben*, pues ya nunca sucederá, porque no se puede recuperar. Ya no se puede acordar nada más. Este es el punto clave. *Ça y est*. Y tú, por cierto, pareces haberlo percibido claramente, ya que fuiste tú quien de camino a la estación de París formuló, por así decir, lo que yo quería.

—Lo que tú querías?

—O sea… lo que yo también quería. Si es que tú fuiste desde el principio el lado motor. Tú propusiste en el restaurante de la avenue des Ternes que nos aliásemos… Tú quisiste venir a Niza. Y fuiste tú también quien quiso el acuerdo.

—Y tú aceptaste todo esto solo porque estabas borracho, ¿no?

—Sí… y luego también…

—*Louf*.

—Pero tu formulación contiene un error.

—Y tú cautelosamente lo vas a corregir recién ahora—Bichette se apoyó las manos firmes en las caderas.

Lo estimulante de su figura había aumentado en tal grado, que Fec tuvo que desviar la mirada para no extraviarse.

—Dijiste, y de esto me acuerdo literalmente: Ahora me perteneces. A mí sola. Y yo te pertenezco a ti. Solamente a ti.

—¿Yo dije eso?

—Sí. Tú dijiste eso.

—Desde luego fue un error.

Fec calló, aturdido.

—¿Quieres acaso afirmar algo en serio…—preguntó Fec finalmente —como que me perteneces?

—¡No, no, no!

—¿O que yo te pertenezco?

—*Merci*—Bichette se alejó meneando despreocupada las caderas.

—*Eh ben*—Fec la siguió de mala gana, sin atreverse a indicarle el camino, por temor a provocarla demasiado. Y para asegurarse de que lo seguiría escuchando, se puso a hablar en voz muy baja.

—En el fondo, nuestro acuerdo no era más que una especie de alianza defensiva… ¡Qué abominable expresión! Pero solo así se podría definir lo que… ¡*Crotte*! Pero también por eso, y como tú dijiste ayer, no se puede convertir en otra cosa. No obstante, algo ha cambiado. Y es que nos hemos vuelto, si no débiles, por lo menos estúpidos, ya que todo este *affaire* de la *Jetée* ha sido de lo más estúpido. Y no ha sido una sorpresa. Ya desde el principio ocurrieron estupideces de todo tipo. La pequeña escaramuza de aquella vez, cuando bailé con Bia la Roja, fue una tontería. Y tu comportamiento en el balcón, cuando afirmabas que yo había cambiado, también fue estúpido. Y mientras yo por entonces iba siendo consciente de lo que te estoy contando, a ti te empezó a dar por el sentimentalismo amoroso.

—¡Estás chiflado!—Bichette se detuvo, indignada y le lanzó una mirada procaz.

—¿Por entonces…? ¡Oh, por entonces yo pensaba algo completamente diferente!

Fec entrecerró los ojos.

—¿Y me permites preguntar qué?

—Te lo permito, burro. Lo que yo pensaba entonces, ¿no? ¡Estupendo! Pues lo mismo que tú, no. Eso seguro. Sin embargo… ¡Si es que yo pensaba lo mismo! *V’lan*, yo pensaba que ya te estabas aburriendo de mí y que te estabas arrepintiendo. Tu conducta, la primera vez que fuimos juntos a la *Jetée*, quiero decir, antes en el hotel, ya era diferente. Estabas irritado, como nunca antes, por favor…

Fec le apoyó la mano en el hombro.

—Bichette, déjalo ya… cuando hablaba de «sentimentalismo amoroso» me refería a que… no acabo de entender del todo esta escena. Pero ¿por qué mientes?

—¿Yo miento?—Bichette lo apartó de sí dando un pisotón.

Fec no se dejó alterar.

—Dijiste que fue en el balcón cuando sentiste que se formaba nuestro amor. Eso dijiste más tarde, una noche en el hotel.

Bichette encogió los hombros enfurecida y se alejó silbando.

Fec la siguió despacio. Cuando la alcanzó, se empeñó en obligarla a caminar pegada a él, para tranquilizarla.

—El estado de la cuestión es el siguiente: no hemos hecho más que tonterías. Los dos. Ya que yo, cuando llegó la carta de Pimpi, me comporté como un idiota, y cuando zurré a Watt-Wayler estaba… bueno. Y mientras yo veía cada vez más claro hacia dónde nos llevaría todo esto, tú creíste que tus tonterías y las mías debían de significar, como si nuestro acuerdo hubiese quedado obsoleto frente a los hechos, ja, ja…, que el amor nos había encontrado… ¡Bobadas! ¡Nada más que bobadas!

—¡No podría estar más de acuerdo!—dijo Bichette con una voz totalmente cambiada y esforzándose ostentosamente por rehuir la cercanía de Fec.

—Pensándolo bien, todo ha sido una tontería.

A Fec le molestó esta resuelta aseveración anticipada. Por eso, prosiguió con una impetuosidad cada vez más acentuada.

—*Eh ben*, ¡qué resultado! Nuestro acuerdo consistía en que no nos íbamos a dejar engañar. Partía de algo puramente negativo, ¿comprendes? Algo de lo que abstenerse. Teníamos que ser firmes y claros. Y en lugar de eso hicimos las cosas más absurdas, las tonterías más atroces. Hasta el punto de que nuestro propio juego nos llevó a estados de ánimo excesivos, y sugestionados por ellos, tanto tú como yo sucumbimos, en cierto modo, a la prohibición. Tú, por completo. Te recuerdo solo la locura de nuestro primer día de… je, je… trabajo, cuando me arrancaste la camisa y la corbata. Y cuando luego, en la cama te rendiste a un acceso de frenesí, cuyo deleite era auténtico en cuanto al placer, pero de ningún modo en cuanto a la motivación. Hiciste todo esto para, por así decirlo, purificarte de la ignominia del trabajo, ja, ja, en una espiral de exceso amoroso. Por cierto, esto tuvo la culpa de que aquella mañana la carta de Pimpi me exaltara de esa manera. Y te recuerdo también aquello que me diste a entender hace una hora: que si te hubieras acostado con Flinsparker, habría sido demasiado tarde para forjar nuestro amor. Porque después de eso, todo se habría destruido. O algo así. Más o menos. *Crotte alors*… yo caí en el hechizo hasta cierto punto, más débilmente y solo por momentos. Y lo he pagado con pueriles ataques de rabia. Pero esto basta para que me concierna a mí también todo lo que estoy diciendo… *Eh ben*, en definitiva, nuestro pacto permanece intacto. Nosotros hemos cambiado.

Bichette, que había estado escuchando atentamente con la cabeza inclinada, hizo unas muecas extrañas.

—¿Entonces dirías que todo lo que hacemos es una tontería?

Fec asintió vacilante y despectivo para, por lo menos, librarse de la responsabilidad de esta resolución.

Bichette de repente le bloqueó el paso.

—¿Y no da exactamente igual el tipo de tonterías que uno haga, no?

—No. No es así.

La voz de Fec se volvió insegura al ser consciente del peligroso viraje de la conversación, pero también frente a la mirada burlona de Bichette.

—Antes de nuestro pacto andábamos a la deriva y al final ya no lo podíamos soportar. Tras nuestro pacto, que en sí no contenía nada muy concreto, pensamos que ya no andaríamos a la deriva. Aunque andábamos, haciendo tonterías, más a la deriva que antes. Nos tendríamos que haber restringido solo a nuestra misión, andando totalmente a la deriva para, según nuestro pacto, no andar a la deriva. Ya que contra lo ineludible de andar a la deriva solo hay un remedio: hacerlo plenamente consciente.

—¡Chsss, eso es *schlass*!—el rostro de Bichette se agravó de la impaciencia—Todo esto me suena a…no sé… literatura. *V’lan*, si es que uno siempre se inventa cosas. Bajo cualquier circunstancia. Si no, la cosa no va. Si no, lo mejor que puede hacer uno es dar la vuelta a la esquina. O que se lo lleve el viento, como dijo tan dulcemente el señor barón.

La inmovilidad de Bichette, ya en aquel momento insoportable para Fec, lo puso en tal estado de excitación que, tirándole las manos y presionando fuerte, profirió conteniéndose con gran esfuerzo:

—Uno se inventa historias todo el tiempo y bajo todo tipo de circunstancias, sin duda. Uno vuelve siempre al tralalá. Uno no puede quedarse indolente. Incluso nuestro pacto nos lo creímos. Y por eso, también fracasó. Pero si fracasa, también lo hace nuestra última posibilidad. Lo que queda es… nada. O… el viento.

Bichette, contra lo que era de esperar, alzó las manos riéndose entre dientes y las apretó contra su pecho.

—Fec, yo creo que nuestras tonterías no fueron tan tontas. Mientras uno tenga ganas de seguir ahí, da realmente lo mismo lo que haga. Nuestras cosas absurdas no fueron en absoluto las tonterías más atroces. Sin ellas nos habríamos aburrido horrorosamente y seguramente no habríamos conseguido el… la energía para hacer todo lo que al fin y al cabo hemos hecho. Y hablando de Flinsparker, estamos a punto de hacerlo… ¡Y cómo!

Fec, de algún modo aligerado, en realidad casi contento, se rio.

—Sí, y a fin de cuentas nos queda otra elección más divertida: o bien dar la vuelta a la esquina o, sin pensarlo mucho más, ir a ciegas, salvajemente, al vacío.

Bichette, besándole la punta de la nariz, lo tiró fuerte hacia sí.

—Ese «o» no es correcto. El «o» también puede ser lo que queramos que sea. Por ejemplo, podemos hacer algo muy pero que muy *maboul*. Solo los *coups* tienen que salir bien. Y van a salir bien.

—Supongo que primero tendríamos que…

Bichette se apoderó de su boca.

—Solo ahora tendremos el último impulso, solo a partir de ahora nos va resultar bien.—hablaba dentro de sus besos—Sí; tú, *gouapard*; tú bombón… Ahora vamos a hacerlo. Solo ahora, y va a ser muy *riche*…

Turbado por este repentino éxtasis, Fec, impasible, se desasió bruscamente. Luego se quedó parado pensando.

Pero Bichette le tiró violentamente de la chaqueta y lo arrastró riéndose de un lado a otro.

—Pero ahora basta de literatura, si me lo permites.

Fec advirtió en ese instante la absurdidad de la cuestión.

—No, no—y empezó a bailar en círculos con ella sobre la hierba.

—¡Ah! Veo miles de nuevas posibilidades. Es el viejo gran juego. La gran conquista. Tenemos la mayor de todas, Bichon. La más grande. O sea, ninguna. Nada.

—Me da la impresión de que necesitas estos artificios para sentirte bien… para tu..—Bichette se detuvo, horrorizada.

—Sí, ya que…

—¡*Ta gueule*!—Bichette le tapó la boca fuerte con la mano. Tan fuerte que se tuvo que morder el pulgar del dolor.

Fec se lo arrebató y se lo metió entre los dientes. Mientras lo succionaba, reía indescriptiblemente.

Y también Bichette se empezó a reír…

Emprendieron la vuelta. De haberlos visto, uno los habría tomado por una feliz pareja de enamorados.

## Diez

Por la tarde, Laugier esperó otra vez en vano en el muelle. Dos horas.

A continuación se dirigió exasperado al Hotel Ruhl, donde Fec, completamente fuera de sí, le informó, producto de una espontánea inspiración, que Bichette acababa de llamarlo desde Montecarlo diciendo que Flinsparker la había secuestrado y que estaba desesperada…

Laugier hizo rechinar los dientes. Y se estremeció al enterarse de que Bichette le había dejado saludos y que había expresado la sospecha de que el destino de Flinsparker podría ser América.

—¡En marcha!—gritó Laugier con labios temblorosos.

Fec se tiró de los pelos.

—Y esto, ¡justo ahora! Pero es siempre así. Siempre. Ah…

—¿Y ahora qué, entonces?—dijo Laugier enfurecido.

—*Eh ben*, a mí me quedan diez francos. Espero una transferencia desde hace dos días.

—¡*Voilà*!

—Laugier lanzó su cartera a la mesa.

—Tres mil francos. Puede que un poco más. ¡Tómelos, *madame*! ¡Ahora! Y vuelva pronto. Y si necesita más, llámeme por teléfono.

—Pero..—Fec, sorprendido, vaciló.

—Sí, ¿qué más necesita?—la voz encarnizada de Laugier se impacientó —¿Por qué duda tanto? ¿Cómo puede siquiera pensárselo? ¡Diablos, Punschoff!

Fec, volviendo la cabeza, tiraba de sus dedos. Le parecía oportuno ponérselo difícil a Laugier.

—*Mon cher baron*—Laugier le colocó el brazo, jovial, por encima de sus hombros—una desgraciada mujer que ha sido ultrajada le está pidiendo ayuda. Yo no actuaría diferente si se tratara de otra… Y además, ¿no es usted mi amigo?

Fec apretó fuerte los ojos y le dio un buen apretón de manos a Laugier.

—Esta mañana pasé tres veces por aquí—cambiando discretamente de tema, Laugier tomó su sombrero de la silla.

—Le quería advertir. Acerca de Flinsparker. «Mañana tengo la gata salvaje». Eso expresó abiertamente. También sobre Watt-Wayler quería advertirle. Le corroe la furia. Le prometo no perderlo de vista. Yo voy a… un momento: quizá lo mejor sería que lo acompañara…

Fec alzó las manos como para detenerlo.

—¿A usted le parece…?

Laugier, que sabía tan poco como Fec qué es lo que tenía o no que parecerle, se dio aún así por satisfecho.

—*Ah, naturellement… alors bon cher baron*.

Fec le estrechó las manos una vez más.

Al cabo de cinco kilómetros, Fec le ordenó al *chauffeur* que diera la vuelta, volviera al hotel y dejara en la estación las maletas en que hasta la última pequeñez ya estaba guardada.

Por la noche estaba en Montecarlo, se alojó en el Hotel de Paris y anotó con tiza roja el número de su habitación en el borde de la puerta del apartamento de Flinsparker (según habían acordado que haría a su llegada).

A las diez y media, apareció inesperadamente Bichette en la puerta de Fec, y se le colgó del cuello diciendole en voz baja y sumamente excitada:

—¡Fec, Fec, todo va bien, todo está saliendo bien!

—¡Qué imprudencia!—Fec intentó calmarla.

—Bah, ¡pero si esta es la pasión de la que hablábamos!

—Pero yo quiero esperar. A lo último.

Bichette se colgó con ternura de sus hombros.

—¿Y adónde vamos luego?

—A Florencia.

—¡*Richissimo*!—después de un beso, que duró unos dos minutos, Bichette se dirigió corriendo hacia la puerta. Se detuvo bruscamente, y con el picaporte en la mano lanzó una mirada a Fec durante varios segundos e inclinó la cabeza.

Fec, confuso y molesto por ello, miró hacia un lado sin saber bien qué hacer. Cuando volvió la mirada, Bichette había desaparecido.

### \*\*\*

Fec se fue a la cama, pero no pudo conciliar el sueño. Todo tipo de pensamientos se desencadenaban en su mente. Le parecía gravitar alrededor de sí mismo. No era capaz de verse. Y mucho menos a Bichette, cuyo comportamiento hacia él no le acababa de resultar del todo comprensible. Que este fuera el verdadero origen de su inquietud lo reconoció finalmente, cuando se percató de que la mirada penetrante que le había dirigido Bichette antes de irse, se le volvía a la mente, atormentándolo, incapaz de explicarse el porqué. Para aligerarse, se obligó a recordar ciertas escenas, ciertas conversaciones, sin sacar nada en claro. De repente todo le pareció confuso. A pesar de todo. Cada vez que se le arremolinaban los pensamientos, intentaba, levantando la mirada, visualizar de algún modo el interior de Bichette. Una y otra vez, y en vano. Finalmente se rio de sí mismo y dijo en voz alta: «¿Y por qué no puedo? … Ja, porque no voy a encontrar más que su fotografía». Esta extravagancia le gustó tanto que casi se sintió alegre. La inquietud se disipó. Una tierna y agradable indiferencia lo atravesó. Sonrió mientras hacía estiramientos. Cuando estaba a punto de quedarse dormido, llamaron suavemente a la puerta.

Saltó inmediatamente de la cama y abrió con cuidado.

Bichette se abrió camino a través del umbral.

—Soy yo.

Antes de que Fec pudiera apenas decir algo, ella le metió los dedos en la boca y se puso a jugar con su lengua.

Fec se liberó enfadado.

—¿Cómo se te ocurre? ¡Podrían haberte visto!

—¡Pero no me han visto!

—Los pasillos de los grandes hoteles siempre tienen vigilancia nocturna. ¿Y si Flinsparker se despierta? ¿Entonces qué?

—No se va a despertar. ¡Ay, el muy memo!… pero por lo menos es amable. La verdad es que es muy amable—Bichette se quedó mirando una fotito en la pared.

A Fec le dio risa.

—¿Me quieres poner celoso?

—Espero que estés bromeando.

Fec se sorprendió al ver que ella dudaba y la observó atentamente.

Bichette se dio cuenta de eso y se puso las manos en el pelo.

—Dime, Fec, ¿tú me quieres?—Bichette sacó la lengua bien larga. Pretendía ser un gesto irónico pero resultó más bien desagradable.

—Hasta perder la razón—susurró Fec, con una deliberada teatralidad y besó cortésmente el cuello desnudo de Bichette.

En aquel instante intuyó, de algún modo: olió, vio, o paladeó lo que había pasado entre ella y Flinsparker, antes de que ella penetrara la habitación.

Una excitación bien conocida, siempre incomprensible para él y no obstante, una vez más, arrolladora, se apoderó de su persona. Respiró en sacudidas entrecortadas. Sus labios, en la espalda de Bichette, empezaron a temblar.

—Me conformaré con eso—Bichette, sin darse cuenta de que él fingía, le susurró enfadada:

—¿Pero por qué esta frialdad? ¿Es que el señor barón está dudando porque…

A Fec se le desestabilizaron los sentidos.

—Sí, sí, sí, sí… ¿Y luego qué más?—Fec se acercó la boca de Bichette y sintió en ella aún el calor de otra boca. Una ardiente punzada fugaz lo atravesó, para luego calmarse, mientras una rabia lejana y sutil arrasó de nuevo y se precipitó en una mordida salvaje.

Bichette gritó con voluptuosidad. Sintió el calor de su sangre correr sobre su piel, gimió, cerró los ojos y abrió la boca voraz…

Fec balbuceó algo. Su pierna izquierda cedió un poco y lo hizo tambalearse. Pero entonces ya había tomado a Bichette y la había colocado debajo de él…

### \*\*\*

—…ya es la tercera vez que me lo dices. Lo haré exactamente así. Tal cual—Bichette se levantó del bidé.

—Pero..—se secó cuidadosamente con ambas manos.

—¿Pero sabes por qué te pregunté si me querías?

Fec se encogió de hombros indiferente.

—Solo para ver si aún te molesta.

Fec hizo un gesto burlón con los labios.

—¿Entonces no te has enfadado? ¿O quizá un poco sí?

Fec se acariciaba las manos.

—¡Fec!—cuando sus ojos se volvieron a encontrar, ella le señaló su cuerpo desnudo con la mirada.

—¿A esto también lo llamas farsa?

Fec agarró la manta y se volvió a acomodar contra las almohadas.

Bichette corrió hacia la cama y puso ante los ojos de Fec el hombro herido por el mordisco.

—¿Y esto qué fue, eh?

—Eso fue..—Fec, con los labios entreabiertos hizo una larga pausa —aún no lo sé.

—¿Me permite pedirle, señor barón, que me lo haga saber en cuanto…? —Bichette saltó con las rodillas en la cama.

—Te lo permito.

—*Merci*—Bichette se puso saliva en la herida con dos dedos.

—¿Y qué hago si Flinsparker ve el mordisco?

—Ya se te ocurrirá algo de qué convencerlo.

—¡Fec!

—¿Qué?

—¿Y tú por casualidad no tienes una idea?

—¿De qué?

—De por qué me mordiste.

—No—Fec, en un estado de incapacidad para continuar, se tapó con la manta hasta la coronilla.

—¡Fec!

Bichette se la quitó de un tirón.

—¿Y ahora qué? ¡Demonios!—Fec se incorporó enfurecido.

—*V’lan*, ¿y cómo es eso de la puesta?—dijo Bichette sin mirarlo mientras se anudaba las cintas de seda de la camisa que había cogido de la silla.

Fec se alcanzó un cigarrillo.

—¡Fec! ¡Óyeme!

—¿Qué cosa?

—Lo de la puesta.

—¿Qué puesta?

—No la de mi camisa, no—Bichette se rio entre dientes orgullosa— sino la que no existe. ¿Y el dinero? ¿No es una apuesta?

Fec fumaba divertido.

—¡Lo es si asumes que yo me podría creer lo que digo!—Él se alegró incluso de la respuesta de ella.

Bichette se sentó encima de él con todo el peso de su cuerpo.

—Así no te me escapas. El dinero es una puesta. Y si no lo es, pues te habrás contradicho como un idiota—y empezó, convencida de haberlo sumido en un violenta lucha interna, a arreglarle el cabello.

Fec mordió el cigarrillo con una sonrisa y lo tiró en un rincón. Luego se golpeó suavemente en el muslo con la palma de la mano y comenzó a entonar en voz baja el estribillo de una canción de moda parisina que decía: «*Rien que sa photo*».

—Fec, ¿a ti puede pasarte algo así?—Bichette dio una patada en su dirección.

De repente, Fec sintió que ya había tenido más que suficiente.

—Y ahora, por favor, ¡vete de una vez!

Él quiso tomarle la mano para sacarla de la cama. Pero Bichette se lanzó hábilmente hacia su lado.

—*Cahin-caha*. Me vas a responder—Bichette restregó su cuerpo con el de él ejerciendo tal presión, que consiguió el efecto deseado.

—Por cierto, ¡no te preocupes! Que este al otro lado duerme como un tronco.

Fec transigió para no mostrarse asustado.

—Y entonces, ¿cómo es?

Fec la apartó de sí y se acomodó laboriosamente: de alguna manera se le ocurriría algo que decir.

Bichette le dio un rodillazo en las caderas:

—¿Y bien?

Sin saber bien lo que se disponía decir, Fec empezó con la voz entrecortada:

—Nuestra jugada consta de dos partes… aunque estas forman una unidad indisociable. La primera parte es… : dedicaremos todo nuestro tiempo a la caza de grandes importes… y así será mientras aún no tengamos suficiente como para vivir de nuestra renta… La segunda parte consiste en lo siguiente… gastaremos ahora, mientras estemos trabajando, menos de a lo que nuestras futuras rentas ascenderán… ya que así, cuando no trabajemos, tendremos que gastar mucho más para no aburrirnos… *Eh ben*, ¿te ha quedado claro?

Bichette lo miró escéptica.

Y Fec siguió hablando a tientas.

—Evidentemente esta jugada solo puede ser negativa. Asegurarse contra el trabajo y el aburrimiento no es, en sí, una puesta. Lo que de verdad está en juego aquí es nuestra vida misma. Es el hecho de entregarnos a esto en cuerpo y alma. El cuerpo tendrá que dar todo lo que tiene para dar. Y su deleite será auténtico. Y ahí no habremos de dejarnos engañar… Seguro que en última instancia tampoco nos jugaríamos la vida. No es que vayamos a colgarnos. Así que a pesar de todo no tenemos ninguna jugada. Ya que siempre nos llevaremos el mundo por delante. Y lo haremos justo como más nos gusta, con todo el placer.

Bichette no se había movido y mantenía la mirada fija en Fec. Y apartando la vista dijo riendo:—Fec, otra vez estás desvariando. Estás loco.

—¡Shhh!

Los ojos de Fec se pusieron bien pequeñitos.

—A lo mejor, después de todo, soy la encarnación de mi propia quimera. Sin embargo, apenas dijo esto, no pudo evitar echarse a reír él también.

—No, tú eres mi *gouapard*… mi dulce *gouapard*…»

Este apelativo, que hasta el momento casi siempre lo había turbado un poco, se le antojó esta vez secretamente estimulante. Y buscó, con cada fibra de su ser, una evasiva.

—¿Le has contestado ya a Pimpi?

Bichette estaba ahí, con las manos en la nuca y las piernas sobre las de Fec.

—¿Y qué debería escribirle?

—Por favor, explícame qué tuviste con Ralix.

Bichette, malhumorada, se mordió el labio inferior.

—No me apetece nada hablar de eso… En fin… Fue durante una *ballotterie* en el Royal-bar. Tú lo conoces, ese de la rue Fontaine. Yo había ido, ni idea por qué, allí arriba. Con Harry, a quien en realidad le gustaba darse aires de grandeza, al chico. Pero con Harry ya se había acabado hacía tiempo. *Couci-couça*, y una vez allá arriba me tiraron inmediatamente encima de una mesa. Y un *ballot* gordo me quería sacar a la calle y arrastrar hasta su coche. Harry a todo esto había desaparecido. Se las piró sin más. Y en eso apareció Ralix. Probablemente esperaba a Loute, que en ese tiempo trabajaba en el Royal. Y entonces le soltó al muy cerdo. «Deje en paz a *Madame*». Y no hizo falta más. ¡Pues el chico tiene unas pintas! Como una cebra. Tú ya lo conoces. ¿O no? Y eso, entonces se vino conmigo. Y estuvimos así como una semana. Luego me harté de él. Pero él de mí no todavía. Además, tenía la horrorosa costumbre de cantar en la cama. No como haces tú, a veces un poquito. Sino alto y cada cinco minutos, y para colmo, las óperas más estúpidas. Pero principalmente me parecía que estaba demasiado «tocado». Me refiero a que era bien pillo, y coraje tenía para repartir, pero aun así yo echaba en falta algo en él. Justamente eso que siempre falta. Porque siempre hay algo que falta, ¿verdad que sí? Y bueno, por alguna razón no podía deshacerme de él. Insultos, riñas, patadas. Nada que hacer. Una vez, en la terraza de Cyrano, le escupí en la cara delante de toda la gente. ¿Y sabes qué? Se tragó mi saliva y esbozó una sonrisa. Sencillamente no había nada que hacer. Y yo ya estaba hasta las narices de él. No tuve otra opción que jugar mi última carta y le lancé al delgaducho de Georges, el poli que siempre está parado en la esquina de la rue Blanche, una mirada intensa. Luego dejé caer para él algunas pistas en el siguiente portal, y cuatro días más tarde se llevaron a mi Ralix… *V’lan*.

Fec carraspeó, levantando lentamente la cabeza.

—¿Sabe alguien acerca de esto?

Bichette reflexionó.

—A lo mejor Pimpi, frente a quien una vez, llena de rabia, amenacé con ello. Pero Ralix no sabe nada. Y de Georges el delgaducho me puedo fiar. Pero puede ser que Ralix lo sospeche. En realidad estoy segura de ello, ya que los otros dos que fueron arrestados por mi culpa habían hecho tonterías. Porque pensaron que con mucho dinero podrían retenerme, estos sargentos. Y Ralix lo sabe tan bien como los demás.

Al ver a Fec, que miraba atónito la pared, se llevó unos cuantos objetos de *toilette* a la cama y se empezó a peinar los pelos de las axilas hacia delante, haciéndolos visibles.

—Este es mi descubrimiento. A todos les encanta. ¡Y pensar que hay idiotas que se rasuran!

Irritada por el silencio de Fec, le lanzó una mirada huraña.

—¿Es que hay algo que no te cierra?

Fec, a quien esa historia le pareció poco verosímil, intentaba dar con una explicación. Puesto que ninguna le pareció suficiente, preguntó, con un tono casi autoritario:

—¿Y qué te haría detenerte?

Bichette silbó suavemente para no mostrar expresión alguna en su rostro.

—Tú.

Fec tosió, convencido su intención de provocarlo.

—¿Quieres decir que conmigo no te falta nada? ¿Está todo?

Bichette se tomó la rodilla con las manos, se la llevó al pecho y empezó a balancearse.

—¡Todo! ¡Todo!

—¡Estupendo!—dijo Fec riendo.

—*¡Schlingue!*

Tras una larga pausa, durante la que Bichette se recortaba las uñas de los pies, Fec, tras encenderse otro cigarrillo, dijo de pronto:

—No hay nada. Entre nosotros falta de todo.

Bichette siguió cortando ensimismada.

—No hay nada. ¿Por qué no?

—Eso es lo que te detiene: nada.

Bichette pareció finalmente haber terminado con su pedicura.

—¿Nada?—dijo examinando la hilera de sus dedos—¿Qué dijiste? ¿Que nada? ¿Cómo es eso?

Fec, que tenía la impresión de haber sido perfectamente comprendido, se extrañó de, no obstante, ser instado a explicarse.

—Con nada, eso significa, con total sinceridad. Con lo que se te puede decir que la sinceridad también puede ser un truco. El mejor de ellos. Pero también uno al que se ha de renunciar, porque…

Bichette escuchaba atentamente.

—…porque…

Fec, de repente, creyó haberse vuelto tan insufrible que decidió seguir hablando, porque sintió que de no hacerlo se volvería aún más así.

—…porque esta renuncia es uno de los mayores placeres habidos… quizá el mayor de todos. Pero para ello, no habremos de sucumbir al encanto del dinero. Y ya que después de todo, también el placer, en todas sus formas, no es más que un tipo de sugestión, uno se deja engañar con facilidad. La sugestión es solo fuerza, energía. Sugestión es la vida misma. Pero no hemos de dejarnos seducir por la vida en ninguna de sus múltiples formas. El más profundo y delicado deleite está en la renuncia.

Bichette se colocó las manos suavemente sobre los ojos.

—Hace un momento me decías que los placeres del cuerpo son verdaderos y que uno no puede dejarse engañar. Y ahora me vienes con que son sugestión. ¡Qué contradicción más imbécil, para variar!

—La sugestión es la vida misma—dijo Fec obstinado y algo cansado.

Bichette se pasó a la manicura.

—Quizá.

Fec se volvió a colocar en los labios el cigarrillo que había olvidado. Y mientras dejaba salir lentamente el humo de su cuerpo, pensó en voz alta:

—Sí, nuestro acuerdo es una renuncia.

—Y un placer.

A Fec se le contrajo la barbilla del asombro: de repente cayó en la cuenta de que era la desconfianza lo que lo había llevado a hablar. Por lo que dijo en un tono mordaz:

—Pero uno, aun así, nunca puede estar del todo seguro. Uno no está seguro de nadie. Un capricho, un chaparrón, una mujer, una mala calada, solo el demonio sabe todo lo que se nos puede cruzar para que sintamos la renuncia a la renuncia como el mayor placer en sí y *ça y est*: el otro se hunde en la miseria.

Bichette dejó caer las tijeras.

—Es que todo es posible—y juntando las puntas de los dedos dijo: todo.

—Por eso uno no tiene que comprometerse con nada. Con nada en absoluto —Fec se rio de la contradicción de sus palabras con su situación. Y casi mofándose, añadió:

—Para mí todos son enemigos acérrimos. Todos, todos, todos.

Bichette miró hacia el lado. Los pequeños dedos de cada mano se movieron hacia arriba.

—¿También yo?

Transcurridos unos segundos, y más por una indomable curiosidad que por pensarlo realmente, dijo Fec con voz firme:

—También tú—y apartó su cigarrillo.

Bichette se deslizó suavemente hasta pegarse a él y pasarle el brazo por la nuca. Las uñas de la otra mano se hundieron en su muslo. Y así lo arrastró con su cuerpo a la cama. Luego, entreabriendo los labios contra los suyos, inhaló su respiración, le hizo respirar de su aliento y le clavó la mirada con los ojos bien abiertos entre las cejas.

Fec sintió como si ella quisiera matarlo con la respiración. Y al pensar esto tuvo que apretar los dientes para no reírse.

Entonces Bichette le pellizcó rápidamente las mejillas y susurró:

—Fec, tú eres… ¡un *schnock*!

Él no entendió a qué se refería ella, pero en aquel instante le pareció que era mejor así. Hasta ese punto le satisfacía aquel intenso y fortuito placer.

### \*\*\*

Fec oyó que golpeaban a las cinco de la madrugada, cuando Bichette ya estaba vestida. Le llamó la atención vagamente que las dos veces ella había venido con los zapatos puestos. Mientras abría suavemente el cerrojo preguntó Bichette en voz baja:

—¿Entonces quedamos así?

—Por supuesto. Lo has colgado en la chimenea, ¿verdad?

—Sí.

Fec, con la mente en la conversación anterior, torció la boca en un gesto dubitativo.

—En realidad tampoco es mucho. ¿Cuánto habías dicho…?

—No pude contarlo—Bichette se miró los pies.

—Pero no menos de quince mil, eso seguro.

—¡Mejor escóndelo ahora en el jarrón del pasillo!

Bichette asintió sin levantar la vista.

—¡Y hazlo muy deprisa! Lo ideal sería que te inclinases un momento sobre la barandilla, como si hubieras visto algo. En todo caso, es importante que de verdad utilices el cuarto de baño. Aun si no te has cruzado con nadie.

Bichette no paraba de asentir, balanceándose de un pie a otro.

—A las ocho entonces. Y no te olvides de dejar abierto el cerrojo. Adiós.

Bichette se despidió torpemente con la mano mientras se escabullía.

### \*\*\*

A las ocho de la mañana asaltó Fec la habitación de Flinsparker con una *Browning* en la mano, arrastró a Bichette de la cama, que gritaba como una energúmena, y bramó:

—¡Volverá a saber de mí!

Flinsparker, que aturdido intentaba incorporarse sobre la almohada, no tuvo tiempo de cuestionarse nada. Un rato después de quedarse solo comprendió lo que estaba pasando. Cuando llegó el personal, alarmado por el alboroto, encontró el pasillo vacío, y solo en algunas puertas caras dormidas interrogantes.

Ya en Niza Flinsparker había sospechado un poco de Fec. Por eso prefirió evitar el inminente golpe programado que, además, le habría resultado bastante penoso. Le mandó a Fec una hora después y por medio de su *chauffeur* un cheque de más de diez mil Francos exhortándolo, en caso de rechazarlo, a no aparecer por el Riviera durante el resto de la temporada.

Fec recibió la carta con el cheque, mientras daba indicaciones en la portería. Diez minutos después abandonó el Hotel con Bichette.

Se dirigieron a Menton, donde Fec cobró el cheque.

## Once

La mañana siguiente, temprano, Bichette encargó a Fec que comprase un artículo concreto de *toilette*.

Cuando Fec volvió al Hotel, después de esta salida en la que había recordado que tenía que mandar un telegrama a Laugier para pedirle dinero, se le comunicó, no sin cierta ironía, que hacía media hora que *Madame* Thaller había partido con su maleta hacia la estación.

Fec, más sorprendido de cómo se había tomado la noticia que de la noticia en sí, miró la hora. Eran las nueve. El tren hacia Génova, que planeaba tomar con Bichette, salía en una hora. No cabía duda: Bichette había tomado el rápido hacia París.

Fec entró muy despacio en la habitación. Su mirada se posó en cada objeto. Ninguna carta, ni siquiera una nota.

En un rincón estaban sus dos maletas.

Se sentó en la más grande y mientras sacaba un cigarrillo se preguntó de una vez por todas por qué no estaba sorprendido. A pesar de no haberlo verbalizado, durante todo este tiempo pasado con Bichette había sido como si la posibilidad de que ella lo abandonara, como había hecho con todos sus predecesores, hubiera estado siempre presente. Y se acordó de las palabras que en Montecarlo, en la noche previa al golpe, le dirigió Bichette apenas atravesó la puerta: «Eres un… ¡*schnock*!». Y repitiéndoselo a media voz tuvo la sensación de haber escuchado algo decisivo. Sentía ahora como si entonces ya hubiera sabido que Bichette lo abandonaría. También a él.

Esbozó una sonrisa melancólica, o quizá de aburrimiento. ¿Así que este era el fin? ¿Su última aventura? Era consciente de que se acabaría, como todas las aventuras. Pero le pareció vulgar, después de todo lo sucedido, que Bichette se hubiese llevado no solo sus joyas, sino también todo el dinero; y grotesco que hubiera partido a sus espaldas.

Se levantó con un movimiento brusco. La irresistible propensión de Bichette al vagabundeo, su inherente crueldad y su perfidia se le presentaron, recordando ciertas conversaciones, como explicaciones todas igual de ridículas; tan ridículas que con su permanente desconfianza extrema, de la que Bichette, por cierto, estaba hastiada, de un sobresalto se aventuró a pensar que esta partida podía ser una elaborada jugarreta, una maniobra muy particular…

Y sonrió colocándose los dedos sobre las sienes.

«No, no es así. En realidad no quiero tener razón. Quiero mi última aventura. Quiero que termine de otra forma…»

Pero quería también algo que no acababa de aceptar: no ser el abandonado, el que quede por debajo. Quería que acabara como él quería. ¿Pero cómo quería que acabara? ¿Qué quería?

Iba de un lado a otro de la habitación dando pasos largos. Fue preso de una cólera ahogada y palpitante. Con una velocidad extraordinaria hizo desfilar por su mente, una vez más, todas las conversaciones con Bichette, cada palabra que cruzaron, cada gesto que lo excitó, lo omitido, lo confuso, las cosas tiernas que se dijeron, las crueles, en definitiva: todo.

Finalmente se detuvo en seco, y golpeándose la frente con la mano, murmuró:

—El hecho es que no encuentro nada más que mi fotografía. Nada más. ¿Y qué más quiero? ¿Me he vuelto imbécil? ¿Im-bé-cil?

Tras unos cinco minutos su cara adoptó en efecto una expresión imbécil.

No fue hasta que el botones le trajo el telegrama de Laugier, en el cual figuraba el envío de los tres mil francos solicitados, que Fec se derrumbó ante el hecho de que sin este dinero, solo sería poseedor de ciento cincuenta Francos.

—Pídame de inmediato un coche que me lleve rápido a París.

Quería sentarse en Léon y cuando ella entrara, mirarla a los ojos y al verlo ella, haría…

### \*\*\*

Hacia las diez de la noche el coche atravesó la Porte de Vincennes.

A las diez y cuarto se detuvo en la rue l’Ecluse, una calle adyacente al boulevard des Batignolles, ante el pequeño Hotel de l’Europe.

Y a las once menos cuarto se presentó Fec en Léon.

Con una sola mirada registró el local entero. Ningún rostro conocido a la vista. Ni siquiera Jean estaba ahí.

Cuando Fec salió a la calle para llamar un taxi, tuvo que interrumpir súbitamente las señas: pues de un modo inexplicable, Ralix se le había venido a la memoria. La posibilidad de que la partida de Bichette estuviera relacionada con este hombre no era nada descabellada. Pimpi podría haberle avisado. Quizá ella no estaba en París, sino en… Y no era fácil aquí encontrar una suposición acertada. Sin embargo, lo que parecía más seguro era que Bichette estuviera en París. Por lo que Fec dejó de intentar elaborar teorías; es más, tenía la esperanza de que Pimpi se lo explicase todo.

Hizo detener el taxi frente al Hotel Fécamp, en la Place de Budapest.

Pimpi vivía en el quinto piso. A pesar de que el portero aseguraba que el señor Pimpi no se encontraba en casa, Fec subió los cinco pisos por las empinadas escaleras. Iba tan rápido, que mientras subía, en un descansillo, experimentó un ligero mareo. Para no ir haciendo eses contra la pared, se agarró de una cortina vieja y agujereada que lo envolvió en una nube de polvo.

Por fin frente a la puerta de Pimpi, se detuvo sin aliento. Su impaciencia, que maldijo y no obstante sentía aumentar minuto a minuto, le hizo ya entonces considerar si no era más sensato postergar la visita.

Pero ya había llamado a la puerta.

Mientras acechaba febrilmente percibió, turbado y esbozando una mueca, un agrio hedor a polvo y agua sucia.

En el interior, alguien arrastró los pies hasta la puerta, se tomó su tiempo para alcanzarla, y emitiendo un gruñido la entreabrió despacio.

La cara flaca y arrugada de Pimpi apareció en el resquicio.

Tenía una parte del pelo engominado despejándole la frente y la otra tiesa hacia arriba.

—*Good day*, Pimpi. ¿Qué tal?

A Fec le salió tan mal el tono que se preguntó de nuevo si no sería más inteligente despedirse con cualquier excusa.

—Has vuelto rápido del bosque—dijo Pimpi frotándose la barbilla sin afeitar y dejando de menear la cabeza—. Y sin chica bonita, ¿eh?

—¿Tú la has… no has visto, supongo, a Gaby en los últimos días?

De la alegría por no haberse delatado, Fec se puso locuaz.

—Me dijeron hace una media hora que…—y siguió hablando unos cinco minutos hasta que Pimpi tuvo la oportunidad de decirle que Gaby se había roto las pantorrillas al tirarse por la ventana y que su vida no corría peligro.

—Tío, estás elegante—Pimpi interrumpió a Fec, que se había entregado de nuevo a la verborrea.

—¿De dónde sacaste el material?

—Estábamos en Niza—Fec desvió la mirada, sin comprender bien por qué.

—Jo, jo—Pimpi rio entretenido, aunque no sin una manifiesta inseguridad, en la que Fec, consecuencia de sus nervios, no reparó—. ¡Tienes una cara!… Te ves completamente arruinado.

—¿Arruinado?—repitió Fec asombrado. Era evidente que lo había dicho de manera irreflexiva. Entonces rio de inmediato. El viaje no fue agradable.

Pimpi hizo rechinar la puerta, que aún sostenía con la mano.

—¿Por qué viniste entonces de *retour*? En un viaje polvoriento.

—Con un ademán ostentosamente jovial le sacudió el polvo de la ropa.

Fec contrajo brevemente los músculos de la frente: algo en toda la conducta de Pimpi le resultaba nuevo. Tanto que renunció de una vez a su objetivo inicial de confiar en Pimpi, cosa que sin una concreta reflexión, ni siquiera al principio había hecho. Por eso respondió tan tranquilo como le fue posible.

—*Eh ben*. Tú sabes lo que tuve con Gaby. Quería saber dónde estaba.

—Conque dónde estaba… ¡Ja!… En el hospital Laribosière.

Fec tuvo de pronto la estrambótica ocurrencia de que Bichette podría haber visitado ya a Gaby, y se despidió precipitado.

—¿Qué pasa contigo?—Pimpi hizo una mueca graciosa—¿Dónde está Bichette?

Sus orejas se movían suavemente.

Fec se apresuró hacia la escalera.

—Tengo un taxi abajo—dijo, y se odió por no haber sabido mentir.

—Y yo ni una perra—Pimpi se metió el dedo índice en la oreja emitiendo un gemido extraño.

Fec le tiró un billete, el primero que tocaron sus dedos, y corrió escaleras abajo.

Detrás de sí estalló la risa de negro de Pimpi.

### \*\*\*

En el hospital solo con gran esfuerzo y con la ayuda de veinte francos consiguió poder ver a Gaby. Su tan inesperada visita la sorprendió tanto que se le llenaron los ojos de lágrimas de la emoción.

Sobre la mesita al lado de la cama había un vaso con fresias.

Fec, que las notó apenas entrar, le preguntó impetuoso, pensando en Bichette:

—¿Quién te trajo esas flores?

Los ojos de Gaby se abrieron grandes de alegría.

—La enfermera Madelon… ¿Qué te creíste?

—¿Cuándo te curarás?—Fec, que solo quería evadir la pregunta, formuló esta aún más tonta e irritado se llevó las manos al cuello.

Gaby movió torpemente un hombro hacia delante.

—Ni siquiera me puedo caer bien—rio de un modo sarcástico y lóbrego. Con una mano exangüe buscó a tientas el cabello de Fec. Con la otra, le acarició la rodilla—. Qué bonito tu traje.

Fec, al ver la cicatriz del mordisco de Bichette, bajó la cabeza instintivo.

Gaby, que le había seguido la mirada, le tomó la mano.

—O sea que ella también te ha…—aparentemente no se atrevió a terminar la frase. Luego añadió en voz baja:

—Desde luego, es una criatura espléndida. Pero no creo que ella…

Fec aguardó un instante antes de urgirla.

—…que ella…

—De cualquier modo, te agradezco mucho que hayas venido. Tú eres el único. Realmente el único—Gaby hundió la cara en la almohada y empezó a sollozar.

Mientras la acariciaba por automatismo, se planteó si era también conveniente ponerse a hacerle preguntas. Pero la curiosidad venció a su intelecto.

—¿Has visto a Ralix?

—¡Fec!—gritó Gaby de repente y se sentó recta como una tabla —Fec, yo… yo…—titubeó. Sus ojos, de un blanco rutilante, se redondearon como los de un pez.

—Fui yo quien trajo al japonés—dijo jadeando.

—Oh, he sido tan… Oh, ¡Déjame! ¡Déjame ya, vete! Vete con ella, ¡estúpido!… Conmigo no tienes que tener consideración… Oh, ¡qué estupidez! ¡Soy tan imbécil!

Dado que algunos enfermos se despertaron y se empezaron a inquietar, Fec estrechó a Gaby con los brazos y la metió suavemente de nuevo en la cama.

Ahí acostada, le rodeó el cuello con los brazos y apretándole una mejilla contra la suya le susurró al oído con una voz entrecortada por risas y sollozos:

—Oh, Fec, ¡podría amarte tanto! ¡Tanto!… Hasta dejaría *la coco* si me lo pidieras. Sé que no te gusta… Oh, he tenido un miedo horrible de que algo te pasara. Pero te juro que yo no fui, de verdad. No tenía ni idea acerca del japonés. Pero entonces, cuando Jean me dejó ir, aquella vez que Bichette me mordió la mano, yo corrí hacia la calle y os perdí de vista. Di vueltas como loca, pasé por varios cafés y luego en la rue Véron me encontré con Loute, que se dio cuenta al instante de lo que me había pasado y me llevó con ella para interrogarme, y yo fui tan zoquete de contarle todo, lloriqueando, despotricando contra todos y amenazando… y precisamente a Loute, que no podría odiar más a Bichette, porque Ralix la había dejado de lado para irse con Bichette, y además porque sabía que Ralix estaba encerrado por culpa de Bichette, cosa que yo ahora no creo. Ella no haría una cosa así… Ah, y tú me preguntabas por Ralix. No sé si ya ha salido. Pero si ha salido ella va a tener que andarse con cuidado. Porque Loute no tardará en decirle que fue Bichette, y entonces… Fec, te diré algo que no te diría si fuera como las demás. Te digo que tienes que alertar a Bichette. Y por lo mismo te diré a ti que no la… ¡que la dejes donde está! Con ella todos caen como moscas. ¡Oh, Fec! Por ti haría lo que quisieras. Por cierto, ¿sabes que Pimpi es su confidente? Debe de tener algo especial con él. Pues siempre se los vuelve a ver juntos… Fec, caminaría por ti si quisieras, yo… Oh, Fec, créeme, te juro que fue Loute. Esta furcia, esta *bringue*, sencillamente se aprovechó de mi estallido de rabia y me arrastró con ella a un café, donde estaba sentado el japonés y allí le contó todo. Allí, yo ni siquiera abrí la boca. Pero ya cuando el tipejo ese de repente salió, no presentí nada bueno, y te lo quería decir. Estuve todo el día dando vueltas por ahí. ¿Dónde estabas? Al día siguiente me enteré, por Jean, de cómo habías dado vuelta al japonés, y quise… ¿Pero dónde te habías metido? Perdí la cabeza por no encontrarte… Oh, ¡no sabes cuánto!—su pecho se estremeció. De tanto sollozar no podía hablar más.

Después de que Fec, con gran esfuerzo, la hubiera tranquilizado, la dejó en manos de la enfermera, que había entrado a la habitación para poner fin de una vez a la visita nocturna.

### \*\*\*

Fec se dirigió a su hotel, se lavó, se vistió y salió a la calle sin rumbo. A los pocos pasos dio media vuelta y regresó apresurado a su habitación para cambiarse el elegante *cutaway* por su antiguo traje gris con el pañuelo verde oscuro. Le molestó tener que ponerse el abrigo para no levantar las sospechas de la patrona.

El resto de la noche lo pasó en pequeños bistrós con *cocottes* conocidas.

Pero ni en un lugar ni en el otro fue capaz de conseguir la más mínima información de Bichette o de si Ralix había sido visto.

Hacia las seis de la madrugada se volvió a presentar, completamente borracho, en Léon. Jean estaba ahí y lo saludó efusivo. Pero tampoco él sabía nada.

Más tarde, apoyado en una casa de la Place Blanche, con los labios húmedos apretados entre sí en un gesto de rabia encarnizada, decidió dejar de pensar en el porqué de la partida de Bichette o en su posible paradero, y limitarse exclusivamente a buscarla. Por doquier. Durante días. O meses. Pero la encontraría. Bajo cualquier circunstancia. Tenía que encontrarla. Este deber autoimpuesto pasaría a ser la finalidad y el sentido de su vida.

## Doce

Después de la visita que hizo a Gaby, y sin saber bien por qué, Fec estaba firmemente convencido de que Bichette se encontraba en París. Día y noche se dedicó a recorrer calles, restaurantes, cafés, bares, *dancings*. No hubo local ni barrio que no revisara. Procuró informarse bien por todas partes. E incluso frecuentó también regularmente los restaurantes y salones de té más distinguidos.

Llevó esta vida a lo largo de unas tres semanas. Una vez se encontró con Pimpi, e intentó cautelosamente sacarle información, pero las respuestas que obtuvo lo dejaron con la duda de si Pimpi realmente sabía algo o no. A Gaby la siguió visitando algunas veces en el hospital, sin poder informarse de nada muy significativo. Los relatos febriles aleatoriamente reiterados y sin duda en gran parte inventados, tuvieron más bien la impresión de difuminar lo primero, tanto que Fec abandonó la idea de encontrar a Loute. Solo Jean le dijo haber visto a Ralix dos veces atravesando el bar, aparentemente buscando a alguien, y que una de las veces iba acompañado. Tras la descripción, Fec supuso que se trataba de Loute.

Aquella misma tarde la vio parada en la esquina de la rue Caulaincourt, frente al cartel del Gaumont Palace, y se acercó a hablarle.

Loute, que lo conocía únicamente de vista, no se sorprendió en absoluto, y se comportó como si tuviera frente a sí a un viejo conocido.

Fec la escoltó, a pedido de ella, hasta un portal en la rue Lamarck. En el camino hablaron acalorada e ininterrumpidamente, a menudo incluso solapándose durante segundos, y superándose mutuamente en complacencias, ocurrencias divertidas y exageraciones inverosímiles.

Mientras Fec esperaba a Loute en la puerta de la casa se le ocurrió que el comportamiento de ella debía de estar motivado, del mismo modo que el suyo, por la intención de ocultar un cierto interés. Fec se propuso ser muy precavido.

Loute salió corriendo de la casa y riendo se colgó del cuello de Fec y lo arrastró, rebosando buen humor y sin parar de hablar, a un pequeño café.

Y allí, tras unos minutos emergió de súbito y sin que ninguno de los dos fuera capaz de impedirlo, uno de aquellos silencios perturbadores, que todo lo destruyen y más de una cosa revelan.

También Loute pareció percibirlo. Evitando la mirada de Fec de forma deliberada, se ocupaba de vez en cuando de su Picon, para al fin intentar entablar conversación de la manera más tradicional.

Más tarde, cuando en la calle Fec se despedía de Loute ardiendo de rabia por su fracaso, ella le ofreció que la acompañara al Elysée Montmartre. Fec, casi a punto de declinar la oferta, finalmente accedió, ya que tuvo la impresión de que ella perseguía una concreta intención. Mientras bailaba, la observaba de reojo, sin percibir, sin embargo, nada en particular. Y al ver que a ella no parecía importarle que él no la sacara a bailar, y el hecho de que tampoco intentara buscar su cercanía, se convenció de que no estaban ahí para hacerle una jugarreta a Ralix, cuya presencia había supuesto en la sala.

Hacia las once, Loute le propuso tomar un *cocktail* más en el Liberty’s antes de partir. Fec a esas alturas estaba no ya solo resignado, sino también conforme.

A su entrada, todas las cabezas se volvieron violentamente hacia ellos, mucho más que de costumbre en un caso similar.

Cuando ya estaban sentados y habían pedido, Fec dio una mirada especialmente exhaustiva a su alrededor. Y de repente visualizó, enfrente de él, solo separada por el pequeño cuadrilátero para bailar, a Bichette.

Estaba sentada entre dos hombres de mediana edad, riendo y bromeando, y sin cambiar en absoluto su actitud pese, sin duda, a haber tenido que reparar en él desde hacía rato.

Fec había quedado tan estupefacto ante la inesperadísima visión de Bichette, que pareció ni siquiera inmutarse. Continuó charlando con Loute como hasta entonces, quien por descontado no dio ninguna importancia a este reencuentro, y sopesó, entretanto, la manera más sensata de actuar.

Resolvió finalmente, tras verla en la pista de baile, que la invitaría a un *one-step*, lo cual les otorgaría la oportunidad perfecta para una conversación.

Cuando él se acercó a su mesa, Bichette se levantó educadamente y le ofreció el codo con amabilidad y descuido, como hubiera hecho con cualquier otro.

Fec le rodeó la cintura con moderación y dijo tranquilamente tras unos compases:

—Quiero hablar contigo hoy a solas.

Bichette lo miró inexpresiva por encima de sus axilas:

—Lo veo difícil.

—¿Por qué te fuiste?—dijo Fec con voz temblorosa.

Bichette rio con la respiración.

—¡Bah! No es que lo haya pensado mucho.

Fec, que ya conocía de sobras el sarcasmo de sus palabras, miró por encima de sus orejas. Y entonces vio de repente en su cuello y nuca unas manchas azuladas que los polvos no habían podido cubrir del todo, y que debían de ser el resultado de golpes. Inmediatamente pensó en Ralix.

—¿Así te dejas maltratar por él?

—¿Él? ¿Quién?

—Ralix.

—¿Maltratar?

—Los moretones.

—¡Shhh! ¿Y a ti qué te importa? ¿Eh?

—Así que es Ralix.

—Uf, ¡Qué poco me conoces!—Bichette desvió la mirada y les dirigió una sonrisa obscena a los caballeros de su mesa.

—*Eh ben*. Dime entonces cuándo y dónde puedo hablar contigo.

Bichette guardó un largo silencio.

—Ven aquí mañana a eso de las cinco.

—No vas a estar.

—No me vengas con miedos.

—*Ça y est*—Y dile a Loute que es una vivaracha.

—¿Vivaracha?

Bichette lo dejó ahí parado.

### \*\*\*

Cuando Fec se acostó, no pudo dejar de preguntarse, una y otra vez, por qué Loute podía haberlo reunido con Bichette aquella noche y por qué más tarde había reído tan maliciosamente cuando le preguntó al respecto. Lo más probable era que hubiese querido herir el orgullo de Bichette y al mismo tiempo averiguar qué sentimientos albergaba hacia él. Sin embargo eso contradecía que Loute se hubiera incluso negado a bailar con él y que se hubiera retirado al *toilette* mientras él bailaba con Bichette. Finalmente, la idea del reencuentro inminente, del que Fec no tenía duda alguna, desplazó todos los otros pensamientos. Examinó minuciosamente cada posibilidad. Y llegó, tres horas más tarde, a la curiosa conclusión de que, después de todo, el asunto, en sí, le era del todo indiferente. Lo único que le importaba era poder hablar una vez más con Bichette y que fuera él el primero en retirarse.

Así y todo, se pasó toda la mañana dominado por el tormento de una espera insoportable. Su impaciencia aumentó de manera tal que hacia las tres de la tarde ya estaba sentado junto a la ventana de la Brasserie Graff en la Place Blanche, desde donde su vista abarcaba la plaza entera. Extrañamente fue aquí, durante esas dos enervantes horas, donde logró encadenar y esclarecer situaciones que había afrontado a ciegas y habían quedado para él como un misterio; se le vinieron a la memoria palabras cuyo sentido recién ahora comprendía. Y a pesar de todo, consiguió forzarse a no abandonar su asiento hasta pasados diez minutos después de las cinco.

Cuando Fec se había alejado unos cuatro pasos de la entrada del bar, vio cómo Bichette venía hacia él desde la rue Blanche. Percibió al instante el gran esmero con que se había vestido, casi aún más elegante que en Niza, pero sin joyas.

—No me apetece en lo más mínimo sentarme ahí dentro—Bichette ni siquiera le había tendido la mano—. Vamos a dar una vuelta, si no te importa.

—Ya veo que no tienes miedo… *Eh ben*, vámonos.

En silencio, giraron por el boulevard de Clichy.

—Quería hablar contigo una vez más—empezó Fec al fin con una voz oprimida—para preguntarte por qué te fuiste tan de repente.

—Ya lo sabía—Bichette frunció el labio superior como con asco—. No lo hice pensando en nada en especial. Me aburrí y ya está.

—Eso no lo creo—Fec, que estaba enfadado, se enfundó las manos exaltadas en los bolsillos y se enfadó aún más por haber hecho eso—. Nuestro debut, ahí abajo, te encantó. Y también te gustaron los resultados. En Menton casi te estalla el corazón de la alegría. Y ni hablar de Cap d’Ail, donde besaste al pequeño *groom*. Y cómo tuvo que salir a toda velocidad el *chauffeur* a la vuelta con tus chillidos de jolgorio… ¡Nunca antes te había visto así!

—¡Bah! Podrías también enumerar incontables escenas en las que yo parecía locamente enamorada de ti.

Fec se abstuvo de contestar a eso para no desafiar el orgullo de Bichette.

—¿Qué fue entonces lo que te aburrió?

—Tú—Bichette se puso el pequeño y grueso paraguas bajo la axila y miró al frente malhumorada.

—¿Y por qué?

—Porque…—Bichette torció la boca en un gesto malicioso—porque eres un tipo delicado. O mejor dicho: eres una persona demasiado delicada. Y como bien claro te dejé desde el principio esos tipos me resultan insufribles.

Fec quedó estupefacto.

—¿Yo, una persona delicada?

—¡Sí, tú! Esa pedantería tuya se me estaba haciendo inaguantable. Sí que me gustaste al principio, cuando todavía no abrías el hocico. Cuando humillaste al japonés. Cuando dejaste en ridículo al rey de los *ballots* ese de la Avenue des Ternes. Y cuando, borracho, bosquejabas el disparate ese de nuestro pacto. También cuando en el momento de nuestra partida, después del griterío delirante en el taxi, me pediste que te cacheteara y luego te fuiste con tu insolencia encantadora. Pero cuando más me gustaste fue al principio de todo, cuando aún no abrías esa jeta espantosa. Y evidentemente también en la cama. Pero eso, después de un tiempo se vuelve aburrido con todos.

Fec guardó silencio varios segundos, de lo mucho que esas palabras lo habían desconcertado. Con gran esfuerzo, prorrumpió finalmente en:

—Una vez dijiste algo muy cierto… dijiste que todo era absurdo…

—Precisamente por eso todo era posible. Y por eso no deja de sorprenderme que ya me estés empezando a aburrir de nuevo. ¿Qué sentido tiene perder el tiempo rezongando porque me fui? Me fui y ya está, se acabó. ¿O acaso el irse uno solo no era posible? ¿Eh?

—¡Bichette!—se le escapó a Fec en contra de su voluntad. Para evitar que pareciera que se retractaba, le preguntó en el tono más alegre que le fue posible:

—Dime una cosa: aquella noche previa al golpe, justo antes de que te fueras a la habitación de Flinsparker, me dijiste que yo era un *schnock*… ¿Por qué dijiste eso?

Bichette, que hasta entonces se había dirigido a él con una frialdad casi despectiva, sonrió conmovida.

—Oh… ¿aquella vez…?—Hizo una pausa, como si le costara un gran esfuerzo recordarlo.

—Aquella vez… con eso quise decir que yo siempre fui tu peor enemigo.

—¡Ah!—Fec no pudo contener la risa—Aunque algunas veces no lo parecía…

—¿Algunas veces?—exclamó Bichette—¡Eres increíble! ¡Muchísimas veces, diría yo! ¿Pero eso qué prueba, eh? ¿Sabes acaso qué no haría uno para vivir algo nuevo? ¿Qué haría uno? Todo. Uno haría de todo.

Fec se detuvo abochornado. Todos los músculos de su cara se contrajeron hacia dentro. Con un brillo mojado en la mirada pronunció, no sin un claro arrebato en la voz:

—Eso, sinceramente, no me lo esperaba de ti, Bichette. Eso no. Eres… ¡magistral! Me saco el sombrero—. Y en efecto se quitó la gorra con una reverencia.

—*Merci*—Bichette, ocultando a duras penas su satisfacción, jugaba con el mango de su paraguas de marfil—. Uno es capaz incluso de echarse a llorar de manera convulsiva.

Fec levantó la cabeza de repente.

—Eso no te lo creo. Eso no.

—Pues sí.

Fec, que empezaba a dudar, creyó más sensato ceder, para obtener más información.

—Quizá.

—Absolutamente.

—¿Absolutamente?—Fec rio sutilmente, pero ya casi convencido.

—Absolutamente—Bichette poco a poco continuó.

—Bah, te voy a ayudar a refrescar la memoria. Y quizá te ayude a ti también.

—¿Ayudarme a mí?

—Sí. A curarte de mí. Revelando mi secreto. Diciéndote lo que…

—¿Tu secreto?

—Sí, mi secreto. Diciéndote con toda sinceridad que desde el principio me propuse hacer que te enamoraras de mí, ¿me oyes? Que te enamoraras para luego dejarte. *V’lan*, ya te digo que no me resultó del todo.

—No del todo.

—Un poco de paciencia, señor barón—Bichette tosió con arrogancia.

—El ataque de llanto empezó para ver cómo reaccionabas. ¿No dirías que lo hice con maestría? ¿No caíste, acaso, en la trampa? Sí, porque justo después me compraste la gorra amarilla. Tomaste los trescientos francos. Y picaste el anzuelo cuando te propuse que nos uniéramos. Con lo que yo, a saber, no me había imaginado tu precioso pacto, pero sí algo parecido. Yo quería que intentaras enamorarte de mí, para que finalmente lo estuvieras de verdad. En este sentido, yo era la parte impulsora. Y solo por eso te dije entonces que tú eras mío y yo era tuya. Tu pacto, claramente, no iba conmigo. Por eso, si te acuerdas, hice aquella escena con mis joyas en el Hotel Puget. No porque estuviera empezando a flaquear. Pues a tu delicioso pacto no me lo tomé en serio ni durante un segundo. Yo quería que… quería hacer, a través de ese sacrificio, que te sintieras más firmemente atado a mí, para que me resultase más sencillo hacer que te enamorases. De ahí mi gran satisfacción cuando acto seguido me golpeaste. Aquella vez me golpeaste solo porque estabas contento de verme así de entregada, así… Y yo solo grité para hacer que te enamorases de mí. Y por eso también te pregunté aquella vez en el balcón del Hotel Ruhl qué te pasaba: no porque pensara que nuestro amor se estaba consolidando ni tampoco porque pensara que yo empezaba a aburrirte, sino porque entonces temí, por vez primera, que podría no resultar que te enamorases de mí. Por eso me enfadé cuando empezaste a hablarme con ese tono de chulo. No aquel que yo tan bien conozco que es bien diferente, detrás del cual se esconden miradas… y el corazón y *¡schlingue!*, no, sino ese tono seco y sobrio que no me esperaba después de todo lo que había pasado. Y por eso, después de nuestra primera noche de acción en la *Jetée* hice esa escena de amor *schlass*, de la cual al final incluso yo no pude evitar reírme. Por eso le mandé un telegrama a Pimpi para que me escribiera. La carta tuvo su efecto. Tú estabas realmente enfadado al respecto y un poco celoso. ¡Oh!, solo un poquito. Por eso en nuestra segunda noche de trabajo perdí los papeles y actué con malicia. Y por eso más tarde, en la habitación, confesé que habías sido más fuerte que yo. Con el efecto de que tú admitiste haber sentido algo similar cuando leíste la carta de Pimpi. Y de ahí mi cólera cuando por la mañana siguiente, después de haberme hecho la dormida, caí en la cuenta de que, en efecto, tú podrías no enamorarte de mí. Y por eso, pero también por rabia por haber fracasado, le di aquella misma noche una patada a Bia la Roja. Por eso toda aquella escena, que acabó contigo partiéndole la cara a Watt-Wayler. Eso fue, en definitiva, por celos. Por eso, después de aquello estaba realmente convencida de que me amabas cuando dije: «Nos amamos». Pero ya a la mañana siguiente, cuando dijiste durante el desayuno que a pesar de todo había que hacérselo a Flinsparker, sentí que me había equivocado. Y cuando luego tuvimos esa estúpida conversación después de Cannes, supe definitivamente que no iba a lograr que te enamoraras de mí. Y a partir de ese momento comencé a aburrirme. Tú empezaste a aburrirme. Mi alegría tras aquella conversación no fue más que un embuste. En aquel momento deseé haber echado a correr. Me quedé solo para partir cuando pudiera darte la mayor cantidad de enigmas por descifrar. Cuando pareciera más improbable e inexplicable que huyera. De ahí, mi alegría en Menton y en Cap d’Ail. ¿Y sabes por qué en Montecarlo me presenté en tu habitación así, sin motivo aparente? Solo para ver si tú de verdad querías que yo y Flinsparker… Y cuando después, a eso de las tres de la mañana fui a verte de nuevo, lo hice solo para ver si quizá habías cambiado de parecer. Y en lugar de eso, ni siquiera estabas apocado y dócil como los demás, sino hasta deleitado ante la idea de que hubiera sucedido. O sencillamente lo aparentaste para molestarme. Y me di cuenta también de que en la conversación que siguió, por primera vez, estuviste menos involucrado que de costumbre, por primera no utilizaste todas tus energías para… por así decirlo… dar uno de tus discursos. Por primera vez, prácticamente te daba lo mismo. Ni siquiera te tomaste las molestias habituales por responder a mis peligrosas preguntas con la más mínima gracia. Lo cual, por cierto, solo era posible después de que yo hubiera dormido con otro. Siempre pasa eso. Contigo, sin embargo, no tendría que haber sido así. No contigo. Tendrías que haber… *V’lan*, ¿sabes cómo me habrías conservado? Tendrías que haberme amado y luego dejarme. Tú a mí. Entonces yo habría corrido tras de ti y quizá habría acabado contigo si no te quedabas a mi lado. Yo te tomaba por el único hombre que podría haber sido capaz de abandonarme. Porque uno tiene que abandonarme si me ama. Pero tú te quedaste a mi lado, como todos los demás. Y yo me escapé de ti cuando me di cuenta de que tú nunca me dejarías. Nunca. Y eso lo supe cuando me dijiste también que yo sería tu peor enemigo. Porque eso es algo que un hombre diría solo para convencerse de lo contrario, de una manera especialmente sofisticada. Y te repito que yo siempre fui tu peor enemigo. Porque incluso de haber conseguido por completo lo que quería, y que tú me hubieras abandonado, y que cuando yo fuera en tu busca me patearas, entonces yo te habría destrozado la vida o… ¡Bah! De cualquier manera te habría resultado desagradable… Por cierto: ¿realmente crees que no sabía que me buscabas desde hace semanas por todo París? ¿En cada agujero?

Se había acalorado tanto hablando que perdió la noción de lo que quería decir y con ello casi también la voz, que en las últimas frases ya no le respondió.

Fec, que había conseguido no interrumpirla para quizá oír la verdad, esperó un poco, pues pensó que Bichette continuaría.

No lo hizo, porque notó esta espera, pero también porque no habría sido capaz de seguir hablando con coherencia durante más tiempo. Mientras caminaba iba dando golpecitos en la arena con el paraguas y se reía, como sumida en un pensamiento lejano.

—*Eh ben*, que supieras que te buscaba… -para Fec en aquel momento era más importante decir algo, que lo que dijera en sí—. Era evidente que te enterarías.

—El mismo día que llegué a París supe que tú, pocas horas después, también habías venido.

—¿Y eso no te… sorprendió?

—Sí. Porque me enteré por ti mismo—Bichette lo acechaba curiosa de costado.

—¡No me tomes el pelo!—y apenas terminó de decir esto, a Fec se le vino a la memoria el pelo engominado y tieso de Pimpi…

Pero fue Bichette quien formuló:

—Yo estaba detrás de la puerta cuando hablaste con Pimpi en el pasillo.

—*Ça y est*—Fec no pudo defenderse de un ligero sentimiento de rabia.

—Por eso no me hizo pasar. Y por eso hasta me preguntó dónde estabas tú, el muy…

—Pimpi fue el primero que contacté. Fui de la estación directamente a su casa.

—El *portier* estaba bien instruido—Fec hizo rechinar los dientes.

Bichette asintió moviendo la lengua de un lado a otro detrás de los labios abiertos.

—Pero tienes mis felicitaciones.

Fec se quedó de pie con las piernas separadas ardiendo de rabia porque pensaba que a eso seguiría otra humillación.

Bichette se tuvo que reír.

—Te felicito por haber sido capaz de abandonar Menton tan rápido. De hecho, eso es lo que más me ha impresionado de todo lo que has hecho. ¿Cómo lo hiciste? Viniste en coche, ¿verdad? Estabas lleno de polvo. Lo vi a través de la ranura.

—Sí—continuó Fec más calmado.

—Pero tú tenías solo unos… quizá trescientos francos.

—Ciento cincuenta.

—Precisamente. Toda una oportunidad.

—No. Le escribí a Laugier para que me enviara trescientos—Fec, que recién ahora se acordaba de no haber mencionado a Bichette nada de su último encuentro, se lo contó, ligeramente triunfante.

—¿Por qué no me habías dicho nada?—gritó Bichette.

—Me olvidé.

—¿Te olvidaste? ¡Tú no te olvidas de nada!—Bichette no se molestó en intentar ocultar su ira.

—Pues sí—Fec se sonó la nariz, deliberadamente fuerte, para indignar más aún a Bichette—. Lo que sí no olvidé, por ejemplo, fue asombrarme más tarde de que Flinsparker, al extenderme el cheque no se percatase de que estaba siendo estafado. Y sé, por cierto, que guarda su chequera en el *portefeuille*. *Eh ben*.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Eh?—Bichette ni siquiera se daba cuenta de lo absurdo de su enfado—. Y por otro lado, has mentido. Tú simplemente has jugado.

—¿Jugado?—Fec no entendió en el momento.

—¿No es más que obvio? Pero Laugier no es tan tonto.

—Ah..—Fec permaneció reflexivo un instante.

—¡Ja! ¡Lo tengo! ¡Está clarísimo! ¡Sí, así es, solo así!

—¿Se puede saber de qué hablas?

—De Flinsparker—Fec hizo el gesto de colocarse un dedo entre los dientes.

—Cuando viniste por primera vez a mi habitación, aquella noche en el hotel de Montecarlo, él estaba en el casino jugando. Esos quince mil francos él los había ganado y te los regaló, poco antes de que vinieras a mí la segunda vez. Por eso no utilizaste el jarrón del pasillo. Recuerdo que entonces me llamó levemente la atención que eludieras ese importantísimo detalle. Además, me lo contaste sin que te preguntara por el dinero. Y te lo sacaste de la media—Fec bajó la mirada, de lo seguro que estaba—¿Entonces? ¿Adiviné?

—En parte—Bichette estaba realmente admirada de su perspicacia y de lo mucho que se había acercado a la verdad. Por eso, extrañamente, no le mintió, si bien lo habría hecho con gusto.

—Flinsparker, desde luego, ansiaba mostrarse conmigo. Me dio veinte mil francos para jugar y me llevó al casino. Ya que yo nunca tengo suerte en el juego, me organicé de tal manera que no pudiera perder demasiado. Mientras que en un momento Flinsparker charlaba con unos conocidos, yo corrí al hotel, vi el número en la pizarra y fui corriendo a tu habitación. Cuando él, hacia las tres de la madrugada, había perdido cincuenta mil francos, estaba sin un céntimo en los bolsillos y completamente borracho, yo aún tenía de mis veinte mil alrededor de quince mil, con los que..—dijo mirando fijamente a Fec mordiéndose el labio inferior—…te quise dar una alegría. En la habitación él había caído en la cama como un tronco y yo…

Fec permanecía en pie y la observaba.

Bichette se sacudió.

—A ti nunca te acabo de entender.

Fec se calmó no sin dificultad.

—¿Me estás diciendo que tú… cuando viniste por segunda vez a verme a las tres de la mañana… en realidad no habías dormido con Flinsparker?

—¿Era esto?—Bichette meció las caderas con una desagradable risa ahogada.

—Esto sí que es *schlass*. El chico pierde los nervios porque casualmente yo no… ¡Oh, si ya lo entiendo! Te enfurece darte cuenta de que te portaste como un imbécil, cuando ni siquiera había pasado nada, ¿verdad?

—¿Al menos te besó?—el rostro de Fec se desfiguró de la impaciencia.

—¿Y por qué te importa tanto?

Fec se tomó el puño con la mano.

—¿Te besó, sí o no?

Bichette se volvió y le gritó:

—¿Qué te pasa? ¿Te has vuelto completamente arrebobado?—Bichette escupió frente a su pies.

Fec la alcanzó y la tomó del brazo mientras caminaban.

—*Eh ben*, no pasa nada.

Bichette se desasió de él.

—¿Se puede saber qué más quieres de mí?—dijo propinándole un doloroso puñetazo en las costillas.

—¿Es que aún no te has curado de mí?

—Toda la historia no deja de tener un halo misterioso—Fec, riendo, se acomodó el fular con firmeza.

—No me crees ¿verdad?

—No.

—¿Tampoco me crees que lo único que quería era hacer que te enamoraras de mí?

—No. Tú no eres de las que lo vomitan todo así de repente.

Bichette torció la boca.

—¿No te lo he demostrado claramente?

—No. Tus pruebas son, por un lado, parcialmente contradictorias, y por otro, ocultan intereses ulteriores.

—¿Eh…?—Bichette estaba molesta por no haber entendido esta palabra.

—¡Y dale con el jodido sabelotodo!

—Eres muy lista—dijo Fec arrugando la nariz—pero yo estoy muy lejos de ponerte fácil que me sigas mintiendo. Por eso prescindiré de remarcarte las abundantes pequeñas contradicciones, y me limitaré a las grandes… *Eh ben*, ¿cómo es posible que me tomaras por el único hombre que podría haber sido capaz de abandonarte, cuando ya tenías a un hombre al que le ibas detrás? ¿Quizá porque él una vez te abandonó?

Bichette se dio golpecitos en la barbilla con los dedos.

—Pimpi.

—Sin duda.

—Pero si él es como un perrito para mí—Bichette no tardó en lamentar no haber mentido.

—Eres una ingenua. ¿Quién sabe si también lo que tú piensas es erróneo?

Fec hizo como si se acordara de algo. Sin embargo no alcanzó a precisarlo. Además, estaba demasiado empecinado en doblegar el orgullo de Bichette.

—Entonces ¿quién te dio la paliza?

Bichette lo miró extrañada.

—¿Que quién me dio qué…? ¡Oh! Esa fue Loute.

—¿Loute? Lo dudo.

Bichette estalló esta vez en cólera.

—¿Y si te digo que ella, igual que tú e igual que Ralix, me busca desde hace semanas? Y que hace dos días se me tiró encima en plena calle. Por desgracia yo iba muy bien vestida. La chaqueta era muy estrecha. Y la falda también. Por eso ella tuvo ventaja. Que si no… *¡à la Saint Glinglin!* Pero haberte arrastrado al Liberty’s Bar fue muy astuto de su parte, oh, sí. Solo que mal calculado…

—A mí me pareció que fue una casualidad.

—¡Siempre tan seguro él!—Bichette lo estudió lentamente con la mirada.

—Pues no fue ninguna casualidad. Fue intencionado. Ella averiguó en qué hotel estaba, como la vez anterior, y me estuvo vigilando. Y te arrastró allí con la esperanza de que yo aceptara a toda costa, frente a ti, la revancha ofrecida. Ella solo esperaba que yo diera una señal. Entonces habríamos salido a la calle, habríamos buscado una callejuela desierta y nos habríamos… ¡Bah! Si hubiera hecho eso probablemente ella me habría apuñalado por la espalda. Para recuperar a su Ralix. ¡Su Ralix! *Riche*, ¿eh?

Fec que, sin ninguna razón en concreto, estaba convencido de la certeza de esta explicación, se regocijó, precisamente por eso, poniéndola en duda.

—Pero si ella hasta rehusó bailar conmigo. Un comportamiento de lo más recatado, sin duda.

Bichette miró al suelo con desprecio.

—Lo hizo para mostrarme lo segura que se encontraba a tu lado.

—Mmm—Fec se sonó la nariz.

—¿Y esto me lo has contado también para hacer que me enamore de ti?

—¡Burro!—Bichette torció la boca de un modo indescriptiblemente condescendiente, a la vez que devolvía una amplia sonrisa a un transeúnte que ofreció una mirada compasiva a su acompañante.

Fec vio cómo ella respondió a esa mirada y sonrió satisfecho.

—Quizá sencillamente me dejaste para que yo te fuera detrás. Para, con ello, hacer que me enamorase de ti… Para crear un efecto.

—Que entiendes de deducciones ingeniosas, siempre lo supe—Bichette se pasó la lengua lentamente por el labio superior.

—¿Pero por qué mejor no me haces que te explique algunas contradicciones más?

—Con gusto—Fec se acercó a ella hasta pegársele.

—*Eh ben*, ¿cómo es que te gusté tanto aquella vez que estaba borracho y articulaba este pacto tan ingenioso, excitante y maravilloso, si lo que decía no iba para nada contigo? ¿Y cómo es que tenías la dulce intención de hacer que me enamorase de ti para luego abandonarme, si lo que querías en realidad era que yo te dejara, para así demostrarte que te amaba?

—*¡Schlingue!*—Bichette le interceptó el paso clavando el paraguas en la arena.

—Si te crees que yo…

—Aún no he terminado. ¿Y cómo es que todo lo que hiciste para que me enamorase de ti, lo hiciste a pesar de que la razón por la que te gustaría haberlo hecho se tambalee de un modo tan alarmante?—Fec pasó la pierna por encima y se encendió un cigarrillo.

Bichette bajó súbitamente la mirada, sonrojada por completo.

Fec, que supo al instante que ella jamás se lo perdonaría, resolvió acudir en su ayuda, quizá también para no descartar del todo su partida sin retorno.

—Es que se trata de algo completamente distinto. Tú eres orgullosa hasta la médula. Te enfrentas a los hombres en una actitud defensiva, especialmente feroz ante aquellos que temes que algún día puedan dominarte. También de mí te has defendido. Bien desde el principio. Lo percibí ya entonces, cuando fuimos por primera vez aquella noche de Léon al Aëro. Aquella vez dijiste que todos los hombres te aburrían. Y lo dijiste sencillamente porque yo, por primera vez, había dicho algo ingenioso… ¡Ah! Ahora entiendo a qué te referías hace un momento… Fue frente a este ingenio o delicadeza, que te sentiste obligada a ponerte de inmediato a la defensiva para así mantenerme por debajo… Ya lo había sentido incluso cuando te probaste la gorra de lana frente al espejo de la tienda, y con la sonrisa que me dedicaste cuando seguimos caminando. Entonces me fue imposible deducir el porqué. Hoy sé que aquella sonrisa era de triunfo… Y también lo percibí cuando sostenías rotundamente lo de no andar más a la deriva y te quedaste mirando la farola. Esa mirada estaba, en efecto, dirigida a mí, pues tu particular sonrisa, justo después, me lo confirmó… También lo supe cuando tú, después de la pelea con el japonés, no quisiste repetir en el Hotel Puget aquello que habías dicho. Hoy sé lo que entonces dijiste. No literalmente, por supuesto. Pero sí el contenido.

—«¿Por qué sigues todavía ahí?». Algo así—y aplastó el cigarrillo que se le había caído de la boca.

Bichette levantó de repente la cabeza.

Fec comprendió por la expresión enajenada de sus ojos que no se había equivocado. Olvidó qué más había querido decir hacía poco, y si bien hasta entonces había titubeado con frecuencia, se expresó ahora con absoluta seguridad.

—*Eh ben*. Aquel «¿Por qué sigues todavía ahí?» fue, naturalmente, en parte, consecuencia de tu cansancio. Principalmente, sin embargo, no fue más que el efecto de mis triunfos, empezando por el ataque de celos de Gaby, pasando por lo del rey de los *ballots* de la avenue des Ternes, hasta la derrota del japonés. Y tú no soportaste esta virtud. Tuviste que enfrentarte a ella defendiéndote. Y cuando fuiste consciente de lo poco precavida que habías sido, te abstuviste de repetir lo dicho. Además, seguramente estabas furiosa conmigo respecto a Pimpi. Estabas preocupada por él y me echaste la culpa a mí de su desgracia. Por eso es que antes, también, en la calle de camino al Aëro te desprendiste de mí. Y al día siguiente, cuando me tiraste en la silla, estabas rabiosa porque temías que yo pudiera haber notado qué relación tenías con Pimpi. Aunque a mí, en realidad, en aquel entonces no me pareció mucho más que un perdedor. Y solo para cambiar de tema, empezaste justo después a hablar de nuestro pacto. Evidentemente porque también te convenía. Me querías atrapar de esa manera. Y yo te acusé de deshonesta porque nunca te tomaste en serio este pacto, como ya has reconocido. Pero recién desde hoy lo veo todo bien claro. La escena de las joyas la hiciste solo para mostrarme lo que tenías. Y así atraparme, retenerme y avasallarme con mayor facilidad. Y cuando después de eso nos peleamos, tú gritaste porque estuviste cerca de la derrota. Te tambaleaste porque habías perdido un tacón. Aún puedo ver tus ojos, clavados en mí, acechándome largamente hasta que me guardé la llave de la maleta. Creíste entonces haberlo conseguido. Cuando me mandaste a vender el brazalete, sonreíste triunfante. En parte, con razón. Pues entonces yo pensaba que tu ajuar te pertenecía. Hoy sé que solo podía ser tuya una parte o nada en absoluto. ¿Qué mujer, sobre todo de tu calaña, vive así teniendo una pequeña fortuna en una maleta? Sin duda tú también recibiste joyas. Pero una mujer como tú no las guarda, sino que las usa o las desbarata. Y tú, por precaución, no te las pones. En Niza te pusiste el broche de zafiro de tal manera que apenas se veía. Y solo porque no tuviste opción. Y eso que yo estaba más que a favor de troquelar el botín de Pimpi. Además para ti fue también un triunfo que yo estuviera dispuesto a partir. Sin embargo, yo lo hice solo por ebriedad. E indiferencia. Tú creíste rozar la victoria sobre mí. De ahí tu súbito entusiasmo en el taxi cuando íbamos a la estación de París. Quizá incluso no fuera en realidad ninguna farsa, sino una exaltación del estado de ánimo, como me pasó a mí. Un estado de ánimo similar al mío cuando di aquel discurso de borracho en Léon. Te apuesto que en ese momento te decías: «En realidad sigue hablando de amor, y va a realizar un último intento descabellado, es como un camello». Y apuesto, también, que aquella mañana tenías un *rendez-vous* con Pimpi en Léon. En cualquier caso, era seguro encontrarte allí a esa hora. Aquello que te dijo luego, por la tarde, en el Hotel Puget, te lo había querido decir desde la mañana… ¡Ah! ¡Ahora me acuerdo de algo! «Si no hubiera gente boba, el mundo no tendría nada de bonito». Eso iba para mí. Ya que Pimpi ya estaba mintiendo. No había obtenido tu dirección por Loute. El patrón del Aëro le dijo nuestra nueva dirección solo porque lo conocía. Y por cierto, ahí fue cuando vi por primera vez tu bolso de piel con las joyas. *Ça y est*…

—¡*Ta gueule*!—Bichette, que hasta entonces había escuchado inmóvil, dobló su paraguas entre las manos hasta quebrarlo y avanzó unos pasos—. Tienes buena memoria.

—Habría sido un placer para mí haber tenido que ayudar a la tuya, que tampoco está nada mal.

Fec apretó su brazo contra el de ella y dijo dulcemente, puesto que ella no se soltó:

—Yo creo, querida Bichette, que nosotros dos no tenemos remedio.

Bichette abrió los labios en círculo, con una vaga sonrisa.

—Pero mi ajuar, en verdad no fue robado. Ahí metiste la pata.

—¡Es que cuando miraste la maleta pusiste semejante cara de pavor! Como si hubiese pasado algo terrible… como si os hubiesen seguido la pista…

Bichette lo interrumpió suavemente:

—Pimpi quería que yo me esfumara. A causa de Ralix. Por eso me trajo el ajuar. Así como vivo yo, necesito a alguien que me lo guarde. Y sin dinero… Justamente por eso te mandé a venderlo.

—Ralix fue el móvil. La verdadera razón, sin embargo, fui yo. Si es que tú no puedes vivir sin París. Solo querías estar fuera el tiempo justo que le llevase a Pimpi arreglar el asunto de Ralix. Probablemente parece que va a arreglarlo… ahora. Y estas semanas de ausencia forzada (sin obviar la ocasión) querías aprovecharlas para hacerte conmigo. Fec presionó sus dedos, uno por uno, en su antebrazo, como para proporcionarle una cierta inocuidad a sus palabras.

—No, si no hubiera sido por Ralix de ningún modo habría ido a Niza —dijo Bichette muy decidida.

—Y sin embargo ahora estás aquí, a pesar de que él lleva tres semanas fuera. ¿Por qué te fuiste lejos de París si no fue por mí?

Bichette calló, encogiendo los hombros.

A Fec le sorprendió que ella le dejara el brazo. Y de algún modo le produjo satisfacción.

—Por cierto, aquella vez el Hotel Puget me di cuenta de cómo torciste la boca con regocijo cuando chasqueé los dedos en la oreja de Pimpi mientras me dirigía a la ventana. Solo que en ese momento aún no lo había visto. Ni tampoco oído lo de «arenque»…con la risa de negro… ja, ja, ja.

Bichette se puso a tararear.

—¿Y por lo menos Pimpi se ha vuelto a llevar el botín, ese avispado cachorrito tuyo? Escondida detrás de la puerta, tiene que haberte encantado ver cómo le tiraba cien francos. ¿O es que realmente le hacían falta? De ti no me sorprendería.

—Gracias—Bichette seguía tarareando.

—Mucho más divertido me pareció verte tan agitado. A todo esto, no era por Gaby, ¿verdad?

—No, era por ti—Fec se apretó tan fuerte contra su brazo que ella casi gritó.

—O por…—Bichette hizo con los dedos el gesto de contar billetes.

Fec se puso hasta de buen humor.

—Tú no tenías más de lo que mis otras mujeres han tenido.

—*Guips.*

—Aquella vez que aseveraste lo contrario, querías ocultar que te habías delatado. De todas formas yo lo interpreté diferente, ya que si no… ¿De verdad pasaste dos años en un internado?

Bichette se rio. Y le sopló los ojos.

—Pero eso también lo dije solamente porque me sentí… en el hotelito cerca de la estación de Niza, después de nuestra primera vez en la *Jetée*, me hablaste un poco de todo… tus historias con mujeres distinguidas y la infamia de antes, que, por cierto, creí solo por las confirmaciones indirectas de ese viejo gordinflón.

—Aún no me has dicho por qué afirmaste haber estado dos años en un internado—preguntó Fec de nuevo, a pesar de haber entendido perfectamente lo que ella le quiso dar a entender.

—*Couci-couça*, ¿y por qué no?

Bichette se volvió, pero solo un poco.

—Lo dije porque estaba molesta… porque tenía miedo de no estar a la altura en ciertos aspectos, o algo así. Yo, ¡en un internado!

El tono con el que pronunció este rechazo dejaba entrever que lamentaba su franqueza y empezaba a enfadarse nuevamente.

—Mi padre era carnicero, y antes de eso estuvo siete años preso. Y mi madre murió envenenada por una salchicha en St. Lazare. Creo que era.. —y de repente soltó una carcajada ronca… una *rombière*.

—No sabía que eras tan… susceptible.

—¿Susceptible? Me gustaría saber, de nosotros dos, quién es más susceptible—Bichette silbó.

—No soy muy diferente a ti. ¿Sabes qué es lo que más me ha molestado?

Fec se quedó pensando. Gracias a sus innumerables recapitulaciones, le fue fácil encontrar algo.

—¡Sí! Que aquella vez en la *promenade* en Niza te propusiera el asunto de Flinsparker de una manera tan fría y práctica… Por el modo en que te acariciaste el pecho… Esa fue la vez que más te enfadaste, ¿no es cierto?

—Ahí también. Pero la vez que más me molesté fue cuando… ¿Te acuerdas de cómo dijiste que yo había caído por completo en el hechizo? Eso me molestó terriblemente. Ni siquiera te puedes imaginar cuánto. Creo que si no hubieras dicho eso, quizá yo…

—Quizá no hubieses tenido intereses ulteriores y puede que hasta no me hubieras abandonado.

—¡Eres increíble! ¡Las cosas que se te ocurren!—Bichette liberó su brazo y empezó a caminar más rápido.

—Ahora entiendes a qué me refería con «intereses ulteriores».

—¡Bah!—Bichette palideció, porque sintió que no podía soportar la idea de estar de nuevo equivocada.

—*Eh ben*, entonces te lo voy a tener que explicar. Toda esta revelación de tus secretos, toda esta fantasía de querer hacer que me enamore de ti no ha sido más que un invento esclarecedor, no tan mal elaborado, de tu pequeña cabeza para dejarme por los suelos. Para alimentar a tu orgullo que no conoce de límites. Y este necesitaba ser alimentado, precisamente, porque tú llevabas una temporada enamorada de mí. Acuérdate tan solo de cómo en un arrebato me besaste en el pequeño *bouillon* de la rue Lepic y cómo después de eso en el Moulin de la Galette jugueteabas con mi pelo en uno de los últimos bailes… y cómo siempre jugabas con mi gorra en tu regazo.

—¡*Ta gueule*!—con la velocidad de un rayo, Bichette volvió hacia él el rostro tembloroso que ardía de odio.

—¿Quién fue que te estafó? ¿Quién te robó tu parte? ¿Quién te dejó tirado con tres… no, ciento cincuenta francos y una factura de hotel de seiscientos francos sin pagar? ¿Quién?

—Tú, tú, tú… *eh ben*, ¡tú!—Fec sonrió, embelesado—Y fue por una razón muy evidente: digamos que, ya que tu amor no fue correspondido, quisiste vengarte dirigiendo por lo menos mi rabia hacia ti. Mi rabia por la gran pérdida de dinero. Y de ahí ahora tu doble ira al ver que pude leer tus intenciones y no solo no estoy enfadado porque me hayas pisoteado, sino que hasta podríamos decir que con ello estoy sumamente… divertido.

Bichette dijo con una voz completamente cambiada:

—Supongo que tú no piensas que yo te… digamos… amé.

Fec quedó tan perplejo con esa diminuta voz cavernosa que casi sintió pena. Sin embargo no tardó en chasquear la lengua con indiferencia.

—Todas las veces, como has de reconocer ahora, en lo que respecta al dinero te has equivocado. Te has equivocado espantosamente. Evidentemente no has podido saber cuán irrelevante se ha vuelto para mí este artículo de uso.

—Eso, pues sí, no pude saberlo—dijo Bichette con una risa desagradable.

—¿Cuánto quieres? Porque ese era el fin de todo este circo…

—… se dice aventura—se le escapó a Fec.

—¿Eh? ¿Aventura? Tú estás *maboul*…

Fec estornudó.

Bichette se rio entre dientes.

—Y con el estornudo lo confirma, ¡lo confirma!

Fec se sintió de repente como liberado, como sacado de sí mismo, muy lejos de todo y con un cansancio demasiado profundo como para dejarse afectar por ello, por lo que se dejó llevar sin más. Cantó, claro y suave:

—*J’ai une femme qui aime les animaux, ça c’est rigolo, ça c’est rigolo*…

—*Ça c’est rigolo*…—Bichette le dirigió una patada.

—Pero si es que a ti te encantan los animales. De manera legítima.

—*¡Schnock*!

—¿Y qué hay del japonés? ¿Y de Pimpi? ¿Y de Ralix?

—¿Pimpi…? No.

—Un mono amarillo, un perrito y una cebra.

—¡Bobadas!—Bichette parecía debatirse en una lucha interna. Y de repente, soltó en un tono contundente:

—Pimpi es mi hermano.

A Fec le importaba tan poco si aquello era cierto o no, que hizo como si lo creyera.

—Por eso tenía derecho a visitarte tan seguido. Poco antes de nuestra partida hacia Niza, cuando yo volví al hotel con tus faldas y tus zapatos, él venía de estar contigo una vez más.

—¿Te cruzaste con él?

—No. Pero sentí su olor. Aunque casi imperceptiblemente. Por lo que creí haberme equivocado. También cuando nos hospedamos en el Aëro debe de haber pasado varias veces a verte.

—Sí. ¿Lo sabías?

—No. Pero cuando tuviste el ataque de llanto y saliste corriendo de la habitación me vino a la mente la idea de que lo habías hecho solo como excusa para encontrarte fuera con alguien. Aunque fue solo por un breve instante. Inmediatamente lo olvidé. Sin embargo ahora…

—¡Espera, Fec!—dijo Bichette lentamente tras una pausa.

—Te voy a explicar honestamente cómo fue eso del ataque de llanto: sí, lo fingí. Pero fue porque me dio rabia que no me encontraras guapa.

—Dejémoslo aquí, Bichón—Fec, que a estas alturas ya estaba convencido de no poder creerle una sola palabra, buscó una manera de acabar la conversación que le resultara favorecedora. Y por eso no percibió cómo Bichette se mordía el labio inferior enardecida.

—Escucha, Fec: cuando dormimos juntos por primera vez en el Aëro yo te pregunté si me encontrabas bonita. Y tú me contestaste un «sí» a secas. Y en el Hotel Puget, cuando te lo volví a preguntar, me lo confirmaste casi de mala gana. Sin embargo, de camino a la *Jetée* me dijiste que estaba hermosísima. Y lo volviste a decir el día que Flinsparker me llevó con él. Las dos veces lo dijiste simplemente para levantarme el ánimo. Antes nunca lo habías admitido. Y fue quizá para que no se me subieran los humos o incluso porque tal vez, de hecho, no me encontrabas bonita. Sea como fuere, en aquel entonces, con ello me sometías. Yo dudaba, realmente, de si me encontrabas bonita, y por eso en el taxi me sentí tan halagada, que casi no me di cuenta de lo tremendamente ofensivo que fue que no me dijeras lo que te proponías. Y me enfadé terriblemente por haberte seguido así sin más. Ya desde la primera noche en Niza supiste embaucarme. Supongo que entonces te habrás divertido mucho a mi costa. Y fue ya desde ahí que empecé a odiarte. ¿Y sabes cuándo se me ocurrió que no hacías más que burlarte de mí con todo eso? Cuando por la noche, en el hotelito al lado de la estación, me contaste tus aventuras. Ahí entendí lo mucho que te habían consentido, y temí no ser lo bastante guapa. Por eso al día siguiente estuve así de insoportable en el balcón. ¡*V’lan*, ahí lo tienes!

—De haber sido así—dijo Fec con indiferencia—eso habría sido lo que más te molestó. Y no todo eso del hechizo. ¿Por qué te acuerdas de todo tan tarde? Evidentemente es porque sigues buscando explicaciones. Así de simple.

Bichette tuvo la tentación de estallar en cólera, pero supo dominarse a tiempo.

—Uno no puede tener control sobre la memoria. Pero supongo que no es menos comprensible. Quería averiguar la magnitud de mi poder… ya que una mujer, en principio, no tiene otro… y me irritaba que solo me contestaras un simple «sí».

Fec, por alguna extraña razón, no fue capaz de percibir hasta qué punto Bichette se había rebajado, aunque sí reconoció que lo suficiente como para darse cuenta de que había llegado el momento de efectuar el retiro hacia él que ella había emprendido. No obstante, lo detuvo la más aguda y punzante sospecha de no haberse sabido explicar.

—Dejémoslo.

—Sí, dejémoslo—repitió Bichette con un entusiasmo deliberadamente exagerado.

—Dejémoslo…—tras un tiempo determinado, ella abrió su bolso de mano y se puso a hurgar en él las cajitas, lápices y estuchitos.

Fec, que ojeó instintivamente, vio su cuchillo.

—¡Ah! ¿Dónde lo…? ¿Cómo es que lo…?

De golpe, su desconfianza cobró sentido.

—¿Eh…?—Bichette se espolvoreaba la cara con toquecitos frenéticos.

—Tu cuchillo. Cuando te llevé de la *Jetée* al hotel lo tenías en la mano. Eso significa que ya previamente te lo había quitado. ¿Cuándo me lo volviste a sacar? Porque me lo sacaste dos veces…—a Fec le sorprendió cómo pudo haber olvidado eso tan íntegramente. Con ello, todo se fue ordenando en su mente.

—Dejémoslo—Bichette cerró enérgicamente su bolsito de mano.

—Y también… la llave de la maleta.

—¡Qué delicado cómo lo dice!

—El final es siempre una especie de aroma, mi querida maestra.

—Y hasta me cita.

—En realidad me cito a mí mismo… a través de ti.

—¿Vuelves a hacer literatura, camello?

—Idiota.

—*Merci*—Los dos se rieron. Sonó, sin serlo, afectuoso. Después, se tomaron de la mano. Sin saber, ninguno de los dos, quién había agarrado la mano del otro.

—*Eh ben*, así que finalmente te has decidido, por así decirlo, a recrearte jugando a la *demimondaine*

—Lo soy… por así decirlo.

—Si es que ahora estás casi más elegante que en Niza, así que…

—*Guips*. Eso lo hice solo para molestarte.

—Puede ser. Aunque no es muy probable. Sencillamente, le has tomado, como les pasa a todas, el gusto a… llamémoslo… vivir a lo grande. De una manera tan profunda como veloz.

—Bobadas, todo lo que dices.

—*Guips*, bobadas…—la cara de Fec se alargó. Sin aparentemente percatarse, soltó la mano de Bichette.

—Es realmente curioso… Ahora, de repente, me recuerdas a una mujer con la que viví en Roma durante varios meses. Largo tiempo atrás. Aquella historia acabó de un modo insólito. Se pasaba días enteros tirada en la alfombra y fumaba o comía o dormía sin desvestirse. Y cuando yo volvía a casa por las noches, a menudo ni siquiera era capaz de tener una conversación con ella. Y sin embargo, precisamente estas extrañas conversaciones eran lo que le atraían más en las últimas semanas, más que el tipo de vida que había conocido conmigo. Para ella era cada vez más como si lleváramos aquella vida solo para tener esas conversaciones dulces y alocadas, como ella las llamaba. Había caído en una especie de estado en el que todo, en definitiva, ya fuera un modo de vida salvaje o una conversación inquietante, lo sentía como un narcótico, y exigía cada vez uno más poderoso. Y ya que la vida aventurera ya no le funcionaba como narcótico, así como tampoco los excesos sexuales y ya por último ni siquiera nuestras conversaciones dulces y alocadas, que muchas veces se habían vuelto repetitivas, percibió, cada vez con más nitidez, que todo se acercaba a su fin. Todo le parecía ya vivido, explotado y terminado. Y en ese estado impreciso de aguardar un nuevo restablecimiento, asumió esta condena para la postración y el enclaustramiento. Junto a ella no veía más que un gran éxito prácticamente seguro, muchísimo dinero, puede que millones, con los que, en definitiva, no tenía ni idea de qué hacer. Y también veía con claridad que yo tampoco iba a saber qué hacer con toda esa fortuna, y que toda esa actividad frenética a la que desde hacía semanas me había consagrado, y que me aburría profundamente, no hacía más que alejarme de algo, quizá de aquel estado en el que, al verlo todo desde la pasividad y la distancia, ella misma se encontraba. Y se le venían una y otra vez a la memoria determinadas conversaciones que terminaban siempre en una mirada de espanto y medio velada al vacío, a la inminente lejanía. Parecía que tanto ella como yo nos habíamos apartado para no tener que poner distancia entre nosotros, o para ponerla entre nosotros y todo lo demás. Ante todo. Había momentos en que lo imposible, lo tajante, candente e insostenible de su propio ser, y de mí, y de nuestra vida en común, todo, penetraba tan afilada y profundamente en su conciencia, que se incorporaba de la alfombra, pálida y débil, y en que habría sido feliz si algo del todo absurdo o estúpido hubiera sucedido. Ella anhelaba, imploraba y suplicaba que un embriagado destino le deparase alguna confusión descabellada, una locura desorbitada. Habría sido su redención—sobre la cara de Fec, que nunca antes había hablado con tanta pasión, se hizo latente, por un instante, la espera impaciente del efecto que produciría este relato.

Pero Bichette ya estaba preguntando, casi sin aliento:

—¿Y cómo terminó? ¿Qué pasó después?

—Día a día me fui poniendo cada vez más taciturno y obcecado. Precisamente porque veía con claridad la catástrofe interna que atravesaba Marcelle. Yo habría…

—Marcelle…—susurró Bichette.

Fec parecía no oír ni ver nada.

—*Eh ben*… yo habría sido capaz de articular con gracia aquella atmósfera y con ello habríamos pasado a un diferente nivel, un nuevo respiro. Pero me asaltó la fantástica y voluptuosa idea de no hacerlo esta vez, si no de llevar el conjunto a la cima, hacer coincidir la última conversación con las espectaculares dimensiones de mi golpe, cuyo gran éxito nos aportaría millones, y así nos procuraría a ella y a mí una experiencia inaudita, la excitante sutileza de semejante deleite, del desconcierto y de una alegría… aún por conocer… inquietantes… que habrían de soldarnos para siempre como una innombrable, quizá insuperable unidad… Había momentos, por las noches, en los que pensaba que me desmayaría de tanta espera, tensión y hasta de dolor. Ya casi no lo podía soportar. Yo… Basta, ¡ya estoy divagando! Desde luego estoy…

—Oh, si eres dulce, eres bonito…—Bichette clavó un dedo en el hombro de Fec. Sus ojos chorreaban.

—Henri, tú eres…

—¿Henri… dijiste?—Fec se sacudió, deshaciéndose de la mano de Bichette. Era como si no supiera lo que hacía.

—Igual que en el Moulin de la Galette…

—Oh, tienes razón, es verdad…—Bichette se tragó las lágrimas.

—Pero dime de una vez qué pasó, cómo fue, ¿qué fue de Marcelle…?

—¿Conoces su nombre…?

—Tú me lo dijiste hace un rato… ¡Vamos! ¡Sigue!

Fec sonrió compasivo.

—*Eh ben*, pasó lo que pasó. Terminó de un modo muy poco usual. Es decir…—dijo con una risa bruta—terminó de un modo muy normal. El golpe fracasó. Por mero azar. Consecuencia de… un envío de tartas que asumí por error. Fue uno de esos errores que uno debería llamar rufianes de la providencia. Sin embargo con ello se desmoronó también todo lo demás. Todo el suspenso que yo había creado en nuestro interior se desvaneció en pocos minutos. Terminó como siempre. De un modo extraordinariamente ordinario: como no quedaba más dinero ni perspectivas de conseguirlo, me dejó por el dueño de una cuadra de carreras. *Ça y est*.

Bichette guardó un largo silencio. Le temblaban los brazos y sus pies se balanceaban sin parar. Finalmente, preguntó, insegura y curiosa:

—Lo que no entiendo es… ¿por qué yo te recuerdo a esa mujer?

Fec hizo como si estuviera desconcertado—¿Por qué? Porque entre nosotros era muy parecido… Ella decía a veces *cognac*, así como tú dices *guips*… Ah, no sé…

Todo el cuerpo de Bichette empezó a tambalearse—Fec… Fec…

Fec la miró fijamente a los ojos y dijo con frialdad:

—¿No has tenido ya suficiente? Creo que ya vendría siendo finalmente el momento de mostrar sensatez. De dejar de engañarnos a nosotros mismos. De no dejarse engañar por la atracción de nuestros excesos y nuestros estados de ánimo. Para que uno, mas tarde y con la mente clara, se avergüence de ello y pueda convencerse de que lo hizo por voluntad propia.

—No. En realidad no—protestó Bichette, pero con una voz tan débil que no pudo evitar enfadarse y acto seguido, sonrojarse.

Fec sonrió melancólico—De hecho uno puede autoconvencerse de todo.

—¿Y no te has convencido, quizá…—Bichette se estiró con dificultad—…de que también estos excesos y estados de ánimo, como tú dices, nos son engañosos? ¿Y por qué nos engañan? Simplemente están ahí. Aparecen así, de manera insospechada. Y por eso son importantes. Solo ellos. Nada más.

Puesto que Fec no dijo nada, agregó en voz baja—Y por ello uno renuncia a su orgullo y los recuerda…—y como Fec seguía callado, dijo entre dientes—Aunque quizá…

—Ah, basta solo con provocar tu orgullo con un breve silencio para que de inmediato acabes dudando de lo que acabas de decir. ¿No has tenido suficiente, de una vez?

—Oh, ¡qué atroz…! Eres atroz.

—Puede ser—se burló Fec.

—Por eso mismo te voy a decir también por qué te pregunté con tanta insistencia qué había pasado entre tú y Flinsparker en el hotel de Montecarlo. A todo esto, yo estaba profundamente convencido, sabrá el diablo por qué, de que habías dormido con él, y estaba encantado con la idea, porque esa seguridad me había elevado a un estado de excitación inimitable… Ah, eso fue… Y cuando viniste por segunda vez a mi habitación aquella noche, creíste que yo vacilaba respecto a tomarte, porque pensaba que tú y Flinsparker… Pero por el contrario, yo vacilaba porque estaba tan… tan excitado con la idea, que te acabé mordiendo… Ahora quiero hacerte saber por qué te mordí en aquel momento… Quiero decir, entonces no supe por qué te había mordido… Y de hecho ahora tampoco lo sé…—sus ojos se empequeñecieron de repente.

—Qué pestañas más largas tienes—Bichette habló como en sueños.

—No me había dado cuenta hasta ahora.

—Ah, ahora sí que lo sé… Lo sé, lo sé…—dijo Fec con voz ronca.

—Fue por rabia. Rabia debida a la ausencia de la misma. Donde quizá reside el máximo placer… aunque no deja de ser superficial. Pero es absurdo, Bichette, todo esto es puro verso…—dijo encasquetándose la gorra enérgicamente—*Eh ben*, y ahora tuve que enterarme (y sé que no has mentido) de que no pasó nada. De que, en efecto, aquel deseo omitido habría bastado para impulsarme a semejantes extremos. Yo mismo me convencí de ello. Puesto que originalmente no hay diferencia alguna entre cuando uno se deja sugestionar por un estado de ánimo o un exceso y cuando uno se convence a sí mismo de algo. Por eso uno no debería, bajo ningún concepto, involucrarse cuando las auténticas condiciones de estos no se den. Si bien uno de todas maneras lo hace… Y ahora te diré también que lo que te acabo de contar, cada vivencia con Marcelle, me la fui inventando a medida que hablaba, aunque no en su totalidad. En parte, para contarte indirectamente el resto de la verdad respecto a nosotros. Y por otro lado, para ver cómo te afectaba. *Eh ben*, tuvo un efecto magnífico en ti. Caíste… como sugestionada. Y eso que mi abstracción, y mis dulces y delicadas palabras fueron puro teatro. Tanto que hasta me pude permitir un final de lo más divertido: te dejaste arrastrar a tus más íntimos excesos amorosos porque yo creé el ambiente óptimo para ello. Lo creé. Porque cuando las condiciones vienen dadas de antemano, lo mismo sucede con el exceso. Realmente nos hemos hecho de todo. Un intercambio mutuo de excesos y sentimientos. Nos lo hemos hecho a nosotros mismos.

—¡Mentiroso! *¡Schlingue!*—Bichette le escupió la cara.

—Ahora eres tú quien tiene intereses ulteriores.

—¡Qué maravilla!—dijo Fec secándose lentamente la saliva de la cara—Pero te equivocas.

—Tú te equivocas. Cuando aquella noche en Montecarlo estuve por primera vez en tu habitación… cuando me despachaste tan rápido, sin retenerme, y sin intentar impedirme que durmiera con Flinsparker… ahí tenía tal rabia contra ti que me metí con el botones en su recámara al final del pasillo, aunque obviamente también fuera para pitorrearme del *ballot* del americano. Ahora eres tú quien tiene intereses ulteriores.

Bichette enseñó los dientes y agitó los puños bajo la barbilla. Y chilló:

—Oh, tú, tú.

Fec, que había levantado su paraguas, hizo un movimiento rápido con él.

—Ya está, se acabó. Hasta aquí llegamos. Además, todo se ha enmarañado de tal manera que sería del todo imposible aclarar las cosas con éxito y volver a un vacío impoluto.

—Un vacío roñoso—Bichette le agarró fuerte el brazo.

—¡Excelente! ¡Un vacío roñoso!

—¡Aguanta!—gimió Bichette, clavándole las uñas cada vez más fuerte en el brazo.

—¡Aguanta esto!

Fec se arrancó las manos de Bichette, no tanto por la intensidad del dolor, sino más bien por una cuestión de dominio y superioridad.

—Al final hiciste verdaderamente todo lo que estuvo en tus manos para vivir algo nuevo. ¿Porque qué no haría uno? Uno estaría dispuesto a todo. Eso dijiste bien al principio de esta agradable conversación. Pareces haberte olvidado de cómo siempre compartías mi opinión, apenas te la explicaba y argumentaba, ja, ja, ja… Pero al fin y al cabo eso no es nada. Como todo. Eso dijiste todavía antes: aquella vez que te quedaste mirando fijamente la farola… Ah, ¡el pasatiempo del amor! Siempre es la última de todas las causas. Pero no me ha ayudado. De hecho ya nada puede ayudarme. Y desde luego a ti tampoco. Y con ello…

—¡Basta!—Bichette, con un lánguido movimiento de cejas, se acomodó la pañoleta.

—¡Basta!—Fec le tendió la mano sin que ella la tomara y a causa de ello, incapaz de detener los pensamientos, susurró:

—De hecho no termino de asimilar que se me pudieran pasar por alto tantas cosas. Por ejemplo, mientras orinabas por la mañana en el hotel Ruhl, y dijiste de repente *schlingue* para tus adentros. Eso fue justo tras uno de esos arrebatos. Y cómo después de la discusión que tuvimos pasando Cannes, cuando corregí lo que dijiste, me contestaste que eso había sido un error. Y cómo te detuviste aterrorizada al final de aquella conversación en la que me dijiste que necesitaba toda esta parafernalia para sentirme a gusto. Horrorizada ante el hecho de que eso se te hubiera escapado tras el acuerdo. Ya entonces habías renunciado a la renuncia. ¿Era realmente tan grande el placer?

—Era… como todo.

—La tigresa.

—Quizá solo partí por mera precaución. Para no ser embaucada por ti. Yo bien sabía que tú al principio excitas a las personas y cuando estas, acto seguido, se atontan, uno las pilla atiborradas, y ahí es cuando te haces con ellas, ya que no esconden nada… Así, más o menos era la fórmula.

—Ah.

Bichette le quitó el paraguas y se agarró de la barandilla de la estación de metro Anvers.

—*V’lan*, yo me voy por aquí—dijo volviéndole la espalda a Fec.

—¡Bichette!

Ella ya había bajado varios escalones. No obstante, se detuvo en seco y se volvió rápidamente hacia él.

—¿Qué más quieres?

—Nada.

Bichette siguió bajando.

—¡Nada!—le gritó Fec.

Bichette se detuvo otra vez. Abrió la boca torcida, antes de reírse.

—¿O acaso quieres…?—dijo haciendo con los dedos el gesto de contar dinero—. Dime, entonces, cuánto quieres… ¡Esto es *louche*!… ¡Vamos, ven aquí!—ella abrió su bolsito—¡Vamos! ¡Acércate!

Fec, molesto con la idea de haber sido descubierto, se acercó reticente.

—¿Cuánto quieres?

—Dame cinco mil. *Crotte*, uno tiene que vivir.

—¿Nada más?

—Los quince mil te corresponden legítimamente, dado que los hiciste pasar por robados… Querías evitar la sospecha, como si no te hubieras atrevido a robarlos. Y luego culparme a mí… Cuando en realidad tengo solo la mitad del cheque…

—*¡Schnock!*

—*Eh ben*…

Bichette emitió una risotada abyecta—Conque la culminación del placer está en la renuncia, ¿eh?

—Chut, ¡y pásamelo ya!

En ese instante se oyó un disparo.

## Trece

Fec recibió una herida mortal en la frente y fue transportado al hospital Lariboisière.

Bichette, a quien originalmente iba dirigido el disparo, estaba sentada al borde de la cama. Sollozaba sin parar.

Ralix, para su desgracia, tropezó con una niña pequeña y cayó al suelo. Fue arrestado de inmediato.

Ni más ni menos que por el largo de Georges, o Flic, que como siempre estaba haciendo guardia en la esquina de la rue Blanche, y ya fuera por precaución o por encargo, había seguido a Bichette y a Fec.

Gaby, cuando la hermana Madelon le contó a quién habían ingresado, consiguió a través de un llanto desgarrador que esta le prometiera llevarla a escondidas con el malherido después de medianoche.

Cuando la hermana Madelon, lamentando todavía su precipitación, apareció por el umbral de la puerta con Gaby en los brazos, Fec murió, sin siquiera recobrar la conciencia por un breve instante.

Pimpi le cerró los ojos, que, extraviados, apuntaban horripilantes hacia el techo.

Cuando dejaron de estar a la vista, Bichette, que estaba de pie al lado de la cama, pálida y ya sin lágrimas, dijo:

—Su cara tiene todas las expresiones.

Pimpi, que conforme, quiso asentir, se percató en ese instante de la hermana Madelon. Sorprendido, se le quedó la cabeza en una extraña posición. Y finalmente reconoció a Gaby, que tenía la mirada clavada en el rostro de Fec con una indecible expresión compungida.

Al ver que Fec estaba muerto, empezó a injuriar a Bichette de la manera más vulgar imaginable.

La hermana Madelon le gritó a Pimpi que le tapara la boca con un pañuelo. Y que lo hiciera por las buenas o por las malas…

Mientras Bichette bajaba las anchas escaleras del hospital detrás de Pimpi, dijo en voz baja para sí: «¿Que si lo amé? ¿Que si él me amó a mí? ¡Dios mío! ¡Si al menos lo supiera! Creo que estoy perdiendo la razón».

### \*\*\*

Y no la perdió, si no que se hizo conocida. Todos los periódicos hablaron de ella. *El Matin* publicó incluso su foto en la portada junto a un extenso artículo titulado «Bichette, *la tigresse*», en que de una manera exageradamente pulida se podía leer su biografía. El *Journal* sacó un completo *feuilleton* con el llamativo titular «La amante del estafador asesinado Henri Rilcer». Otros periódicos la comparaban con La Goulue, aquella gran *cocotte*, o con Grille d’Egout, con la que, como la miraras, no guardaba la menor relación; o la llamaban, de un modo un poco más acertado, la Jeanne Avril del vertedero.

En resumidas cuentas, de la noche a la mañana se había convertido en toda una celebridad, y menos orgullosa pero todavía más sarcástica que nunca, no vaciló en aceptar la propuesta de un magnate de cereales del sur de Rusia. Literalmente.

Se convirtió en su amante y tres semanas después le dio un golpe en el cráneo con un paragüero de hierro. Consiguió, sin embargo, darse a la fuga con la ayuda de Pimpi.

### \*\*\*

Una vez aplacado el revuelo inicial en los cafés de Montmartre respecto a este nuevo sangriento suceso, comenzaron los debates pertinentes. Las hipótesis más intrépidas ya fluctuaban de una mesa a la otra: que Fec no se parecía en nada en absoluto a Henri Rilcer, que Bichette había sido contratada por unos competidores armenios, que Pimpi fue el impulsor de todo esto y además un espía para los japoneses, etc. Pero esta vez tampoco lograron ponerse de acuerdo. Solo en un aspecto reinaba la unanimidad: y era que, para todos, Fec no había sido más que un imbécil.